



MIGUEL LÓPEZ-MORA

UN RINCÓN
DE CATANIA

DOS CORAZONES Y UN ELEFANTE

Un **r**incón de **C**atania

Dos **C**orazones y un **E**lefante

Miguel López Mora

UN RINCÓN DE CATANIA

DOS **C**ORAZONES Y UN **E**LEFANTE

© Miguel López Mora

Primera edición 2019

Diseño de la cubierta: Miguel López Mora

ISBN: [número de ISBN]

Número de registro de la propiedad intelectual: CR-163-2019

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna y por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación, en internet o de fotocopia, sin permiso previo del editor o del autor. Todos los derechos reservados. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código penal).

... A mi verdadero y gran amor, M.

Contenido

PRÓLOGO

DESTINO

INTÉRPRETE

DULCE HELADO DE PISTACHO

DÍA PERFECTO

CUARTO DE BAÑO

AVISO

DOBLE VISITA SORPRESA

MIEDO

LIBRETA DE DIBUJO

NUEVO PROYECTO

MALAS NOTICIAS

MUSA

CAPITÁN PAOLO

CARTAS

¡AGÁRRATE!

GRACIAS AMIGOS

EPÍLOGO

SOBRE EL AUTOR

AGRADECIMIENTOS

Prólogo

Queridos lectores o lectoras, en este preciso instante escribo decidido a ser honesto conmigo y con ustedes. Esta es una historia que, sin engaño alguno, quiero decirles antes de que puedan leerla, no fue escrita con intención de publicarla, sino que más bien nació de la necesidad que yo mismo tenía de crearla y dejar salir todo de mí, después de haber tenido la fortuna de vivir el viaje más bello y emocionante que jamás podría haber imaginado.

Debido a mi círculo más cercano y mucho pensar, se hizo de este modo. Tras años de estar dormida profundamente, volvió a abrir los ojos y mirar adelante, hasta que decidí dejarla marchar y que, a otras personas como pueden ser ustedes, quizás les sea de disfrute o al menos un estímulo para la vida misma.

Les diré también que en ella les presento algunas de mis experiencias en las que está basada y que, aunque les digo se trata de una novela de ficción, tiene numerosos e importantes pedacitos de mí entre sus líneas. Espero además que a mi fuente de inspiración no se le quede corta, pues sin ella jamás podría haber sido creada.

Sin demorarme más en lo verdaderamente importante que es la aventura de leerla, pueden pasar a la siguiente página.

1

Destino

Llovía, era 14 de febrero de 2050. La temperatura en este mes es bastante baja. Estaba de pie, con mi paraguas verde que me protegía de la abundante lluvia que caía. Enfrente de mí, una lápida de mármol fría donde podía leer “*Pase, lo que pase, juntos*”. Tenía sobre ella una pequeña escultura negra tallada en piedra lávica muy enigmática, representando la figura de un elefante sonriendo.

Es en este mismo día del mes, desde hace cuatro años, que regreso a este lugar tan especial como si de un ritual se tratase. Visitaba a las personas que más había querido, los echaba realmente de menos, sobre todo la forma de contar historias tan particular que él tenía, fue capaz de hacerme soñar desde bien jovencita.

Cuando volví a casa un sentimiento de nostalgia me inundó. Decidí subir a su despacho y sentarme donde escribió infinidad de horas sus dos últimos años de vida.

Continuamente le preguntaba por qué hacía tal cosa, a lo que me respondía siempre con las mismas palabras: “*Gadea, lo hago, porque debo y necesito hacerlo*”.

Ya han pasado cuatro años desde que falleció. Fue entonces cuando pude comprender su respuesta rotunda al encontrar en uno de los cajones de su escritorio, un puñado de hojas descoloridas cogidas con una pinza de madera, mostrando en su primera cara, un dibujo lineal en negro con la forma de una cabeza de elefante. Se trataba del manuscrito que él escribió con tanto ahínco y ahora yo, cada año, cada 14 de febrero, lo releo con las mismas ganas y emoción... el cual, dice así:

Nuestra historia

Todo comenzó un 29 de septiembre de 2006. Observé que estaba anocheciendo. Apenas habían pasado treinta minutos desde que bajé del avión y ahí estaba, en una cultura diferente, en otro país.

Esperaba el autobús de color azul, blanco y amarillo, tan típico de esa ciudad, el cual, me llevaría a su calle principal siempre muy animada de gente. Lo primero que me llamó la atención al abandonar el aeropuerto, fue el ambiente que me rodeaba, una cierta sensación de dejadez del lugar, a pesar de ello, esta ciudad a la que me dirigía tendría un encanto extraordinario que contemplé al llegar, y se me quedaría grabada para siempre en la memoria.

En realidad, iba un poco asustado, no por el hecho de estar en otro país que no era el mío, ni la incertidumbre de desconocer qué me depararía mi nueva aventura, el idioma tampoco era el motivo. Ese temor se debía a que, apenas subí al autobús aceleró de una forma a la que no estaba para nada acostumbrado, el conductor que mostraba síntomas de ser ligero de pies, puso bruscamente en movimiento la máquina a una velocidad un tanto elevada, algo que la gente del lugar de donde yo procedía, entendería como excesiva para un vehículo público.

Pasados diez minutos esa sensación desapareció, de modo que ahora recordaba todo aquello de una forma jocosa. Me di cuenta que ese año me sorprendería en multitud de ocasiones y encontraría cosas que no esperaba para nada hallar.

Llegando a mi destino, por fin pude observar esa sublime y majestuosa calle principal de la ciudad a la que había llegado, Vía Etnea, en la antigua ciudad portuaria de Catania. Esta urbe se

encuentra en la costa oriental de Sicilia, casi pegada al extremo sur de la bota italiana, en una isla con forma triangular toda llena de vegetación, personas singulares, una gastronomía espectacular, y un gran número de pueblos y ciudades con encanto, rodeada toda ella del cálido mar Mediterráneo.

Sentado y mirando a través del cristal del vehículo, se presentaba ante mí una larga y ancha calle transitada por multitud de personas de diferentes edades. Ésta estaba construida por completo de enormes piedras negras clavadas en el suelo y sus aceras, con grandes y trabajados sillares cincelados a mano. Se hallaba toda ella flanqueada por grandes y robustos edificios cubiertos de un polvo oscuro, en sus plantas bajas, tiendas de todas las marcas y tipos hacían de la ciudad, un lugar que proporcionaba a sus habitantes todo aquello que necesitaran.

Mi sensación de suciedad continuaba, era algo extraño para mí, pero una vez me bajé del autobús me di cuenta del por qué de ese color apagado y descuidado. Alzando la mirada hacia el final de la larga y grandiosa Vía Etna, contemplé a lo lejos, perdido y mezclándose con el cielo intentando tocarlo, un soberbio y prominente volcán, el Etna, estaba activo y escupía grandes cantidades de lava, polvo y humo, dejando para su público una imagen poco común. Una lengua de un color brillante rojo bermellón, se deslizaba por su superficie dejando de nuevo una fotografía a modo de postal en mi cabeza.

Decidí entonces ponerme en marcha y encontrar un lugar donde poder alojarme la primera noche, estaba muy desorientado y cansado.

Antes de comenzar este viaje, había buscado información de un sitio idóneo para ello, se encontraba cerca de Vía Etna, un hostel llamado Ágora ubicado en la zona de la Pescheria de la ciudad. Pregunté a una persona que estaba junto a mí. Era un hombre anciano, con rostro renegrido y que, aunque era persona avanzada en edad, se le veía fuerte y enérgico.

—Disculpe, ¿podría preguntarle algo?, necesito un poco de ayuda.

El anciano hizo una mueca y puso cara de sorprendido, creo que se debió dar cuenta de que yo era extranjero, pues... aunque hablaba italiano, se me escapaba alguna palabra en español que no procedía, cuando sucedía esto, los cataneses lo llamaban: “Itañoło”. El anciano que sonrió, me contestó con mucha educación.

—Si, por supuesto, ¿qué es lo que usted necesita?. —Me respondió mientras inclinaba un poco su cuerpo hacia a mí, haciendo fuerza y apoyándose sobre un bastón de madera que sostenía con su mano izquierda, cuya punta del mango, tenía tallada la figura de un pequeño elefante.

—Muchas gracias, estoy buscando un hostel que está cerca de la Pescheria de la ciudad. Creo que se llama Hostel Ágora, ¿podría indicarme dónde puedo encontrarlo?, ¿está alejado de aquí?. —Le pregunté.

—No está lejos joven, creo saber a cuál se refiere. Debe usted continuar la calle en sentido contrario al Etna, dirección Piazza Duomo y una vez en esta plaza, encontrará un elefante.

Al escuchar lo del elefante le interrumpí sin darme cuenta de ello debido a mi reacción de extrañeza.

—¿Un elefante? —Pregunté sorprendido.

—¡Vaya!, ahora sí estoy convencido de que usted no es de aquí, no saber cuál es el símbolo principal de la ciudad, no es muy habitual que digamos. Hagamos una cosa, si a usted no le importa, podría acompañarle hasta dónde quiere llegar.

Ahora comprendía por qué esa talla delicada en el mango de su bastón tenía la forma de ese animal. Aceptando su oferta de acompañarme, me dispuse solo a agradecer su amabilidad.

—Es usted muy amable, gracias de nuevo.

Nos pusimos a caminar pendiente abajo, dirección a donde el anciano indicó antes, Piazza

Duomo. Me pude percatar que allí la gente o al menos las personas más ancianas, serían muy amables y educadas, ya que una anciana también me prestó su ayuda cuando llegué al aeropuerto.

Mientras caminábamos, analizaba con detenimiento todo lo que veía. Era una calle realmente hermosa a esa hora, las farolas empezaban a alumbrar una luz anaranjada con tendencia al carmín que, mezclándose con los últimos dorados rayos del sol, conseguía una saturación de la misma muy potente. Había una simbiosis de colores perfecta y me di cuenta de que el fin por el que había elegido este lugar de destino, comenzaba a producirme una gran satisfacción.

Prácticamente la mitad de mi vida he buscado la belleza en las cosas y situaciones y, siempre que he podido, lo he intentado plasmar en mis pinturas.

El murmullo que podía escuchar de la gente que transitaba por ahí, me estaba dando señales que más adelante confirmaría. Sería una ciudad viva, muy dinámica, con rincones y lugares secretos que con el tiempo descubriría y que harían que Catania, se quedase a través de recuerdos sensibles en mi mente y que, mediante sus olores, sus silencios, sus colores, pequeñas cosas con encanto, la harían única en el mundo.

El anciano, que en ocasiones me miraba de reojo, me preguntó mi nombre y cuál era el motivo de mi llegada. Supongo que estaba intentando sacar un tema de conversación, pues no es grato andar acompañado sin apenas dialogar.

—Mi nombre es Moisés —Le respondí sonriendo.

—Vine para trabajar de guía durante un año, en la galería de arte Castello Ursino.

—¿De modo que usted es una persona que se dedica al arte? Perdome mi mala educación — me dijo girando la cabeza hacia mí—. Yo me llamo Salvo, mucho gusto.

—El gusto es mío. Soy pintor e historiador del arte, me dedico a la pintura desde hace ya algunos años.

El anciano parecía satisfecho e interesado por aquello que le dije. Caminábamos y hacia nosotros llegaban tres bonitas catanesas, tenían más o menos mi edad, unos veintiocho años, morenas todas ellas, no eran muy altas, las tres tenían unas miradas profundas y unas sonrisas que fácilmente podrían derretir a cualquier hombre, no sé por qué... pero no dejaban de mirarme.

Yo no me consideraba un hombre de película, era más bien un chico normal, moreno, de piel oscura, algo fuerte por constitución natural, el pelo corto, barba de tres días y no muy alto. Soy como diría todo el mundo, del montón.

—Ya veo. —Me dijo el anciano mientras reía.

—De modo que usted es un hombre que busca la belleza, ¿verdad? Pues como acaba de comprobar aquí de eso sobra, además por lo que he oído, los españoles producen cierto y grato interés en las mujeres de este país, solo piense cómo no han dejado de mirarle esas muchachas mientras veníamos conversando. Seguro que han escuchado su acento.

Pensaba que Salvo estaba descuidado mientras caminábamos hacia el hostel, sin embargo me di cuenta de mi error al comprobar que había estado completamente atento a todo lo que pasaba, e incluso, le hacía mucha gracia. Me quedé un poco de piedra, ahora comprendía que mi belleza no era lo que observaban, me hizo gracia y sonriendo al anciano le dije.

—¡Vaya!, veo que es usted muy avisado, además de observador.

El anciano, al escuchar mi respuesta, comenzó a reírse produciendo unas carcajadas que bien se podrían escuchar al final de la calle.

Continuamos todo recto hasta que llegamos a un espacio mucho más abierto, rodeado de grandes y pesados edificios. Pensaba que se trataba de Piazza Duomo, pero entendí que no debía ser al no poder encontrar por ningún lado el famoso elefante al que se refirió Salvo.

—Se preguntará dónde está el elefante, ¿verdad? —Dijo el anciano al observar mi actitud

intentando encontrar al animal.

—Esta es Piazza Università, se puede decir que es la plaza antesala de Piazza Duomo, justo contigua a esta, está la que buscamos, no se preocupe.

Cruzamos la plaza y apenas veinte segundos después, la calle por la que avanzábamos se abrió, mostrándome un gran espacio diáfano y monumental. Se trataba ahora sí, de la plaza principal de la ciudad, Piazza Duomo, majestuosa, donde presidía a su izquierda una grandiosa y bonita catedral, la tercera más grande de Italia, con advocación a Santa Águeda.

Toda la plaza estaba rodeada de grandes edificios que mezclaban colores violetas, azules agrisados, negros y blancos. Esa continuidad de edificios que tenían un orden equitativo en sus vanos, se rompía a veces para dar vía de acceso a calles principales de la ciudad. El suelo de mármol y pequeños cantos rodados anclados en él, mostraba con mayor énfasis la importancia de la plaza. En el centro de ella, por fin tuve ante mis ojos un podio de escaleras que servía de base al pilar que sostenía la escultura negra del elefante, de aspecto alegre, miraba sonriendo en dirección a la catedral. Al observarla comprendí el sentido de la bonita talla del bastón del anciano.

—Bien, ahí lo tiene... o mejor dicho, la tiene, ya que se trata de una bonita fuente, se la conoce como la fuente del elefante, es el símbolo de Catania desde al menos el siglo XVIII.

—¿Existe alguna razón para ello? —Pregunté muy intrigado.

—Sí, sí que la hay. Según cuenta la leyenda, cuando Catania fue habitada por primera vez, los animales más feroces y peligrosos fueron ahuyentados perseguidos por un elefante, al cual los cataneses, para admirarlo y recordarlo, lo tomaron como símbolo de protección de la ciudad. Después se levantó esta estatua para evadir y hacerle frente al peligroso Etna.

—¿Al Etna?—. De nuevo pregunté, quería saber todo sobre mi nueva ciudad.

—Hace mucho tiempo ese viejo volcán sepultó bajo sus cenizas y lava a esta ciudad, pero esto es otra historia que le contaré en otro momento si a usted le parece bien y si le interesa por supuesto. —Me dijo con una pequeña sonrisa en la cara.

Este anciano me tenía muy sorprendido. Además de ser amable y educado, tenía unos conocimientos que me hacían pensar y aprender, algo que despertaba en mí un interés rotundo por saber más y más. Me encantaría tener en otra ocasión una bonita y entretenida charla mientras tomamos un buen café italiano.

—¡Genial! —Le dije entusiasmado.

—Bien. Sigamos, el hostel que busca se encuentra apenas a tres minutos de aquí.

Continuamos caminando. Cruzamos la plaza y giramos a la derecha cuando llegamos al final de ella, adentrándonos en una de las calles principales de Catania, Vía Garibaldi. Veinte metros después volvimos a girar esta vez a la izquierda, caminamos cuatro minutos más y nos encontramos en un lugar donde me llamó mucho la atención que estuviese lleno de grandes charcos, estaba todo el suelo mojado, como si unas personas se hubiesen dedicado durante todo el día a echar cubos de agua por todo el lugar. Notaba además un peculiar y extraño olor que sinceramente no me agradaba nada, comprendí el porqué de todo ello cuando escuché lo que me dijo el anciano.

—Joven, hemos llegado. Aquí, desde bien temprano hasta pasado el mediodía, los pescadores vienen cada jornada con el pescado más fresco que se pueda encontrar e intentan vender lo que pueden para sacarse un dinero. A este lugar se le conoce o se le llama la Pescheria. Catania, la isla entera, es una isla dedicada a la pesca, agricultura y a la ganadería. En esta otra dirección justo subiendo un poco más, se encuentra el hostel que busca. Espero haberle sido de ayuda y que nos volvamos a encontrar en otra ocasión, conversaremos mientras tomamos un rico

café, ¿le parece bien?

—Me parece una idea estupenda. De nuevo le doy mil gracias por todo, ha sido usted muy amable.

—Entonces... hasta pronto Moisés.

—Hasta la próxima Salvo. —Nos despedimos mientras agitábamos las manos en alto de un lado a otro.

Intérprete

Subí la calle siguiendo las indicaciones que me dijo el anciano y poco después encontré ante mí el hostel que buscaba. Me dispuse a entrar en él y dejar cuanto antes las maletas, estaba deseando darme una ducha después del largo y cansado viaje. Una vez hecho esto, me dejé caer en la cama para relajarme hasta que llegase la hora de la cena.

Pasados apenas diez minutos me quedé dormido, estaba realmente exhausto. Al despertar, miré mi reloj de pulsera, un Casio negro que tan famosos fueron en los ochenta y noventa, comprobé que eran las nueve y media de la noche, de modo que decidí ponerme en marcha y bajar a cenar a una preciosa terraza que tenía colocada el bar del hostel, pues mi estómago no dejaba de pedirme a gritos comida.

Una vez allí, vi esa imagen tan típica y conocida que es identidad de este país, unas mesas de madera cubiertas con manteles a cuadros rojos y blancos que se alternaban, esperaban la llegada de clientes para que se acomodasen en ellas. Tan solo tres estaban ya ocupadas, la primera por una joven pareja que conversaba mientras un pequeño hombrecito al lado suyo, les tocaba una bonita canción romántica y alegre con un organillo; había un ambiente de ensueño. Mientras escuchaban esa melodía, comían un succulento plato de pasta que a primera vista y desde lejos, tenía un aspecto delicioso y muy apetitoso.

En otra mesa cercana a la mía, dos niños jugueteaban alrededor mientras sus padres algo enojados, les pedían que se sentasen a cenar de forma insistente.

En la tercera mesa ocupada y algo más alejada, sola, se disponía a beber de una copa de vino tinto una joven muchacha mientras leía la carta; Se encontraba colocada justo en la esquina del lugar.

Mientras observaba todas estas escenas me di cuenta de cómo aquella chica menuda de pelo oscuro, levantaba la vista en un par de ocasiones y dirigiéndola hacia mí, parecía examinarme. Yo sin darle importancia, aunque algo confuso, me dispuse a sentarme en una de las mesas desocupadas. Solo pensaba en cenar, ya que en todo el día tan solo había comido un sándwich y una manzana. Mi cabeza no podía pensar con el estómago vacío, realmente estaba hambriento.

Sin siquiera abrir la carta para elegir que llevarme a la boca, le hice un gesto a la camarera, pues ya había pensado que quería de cena esa noche, decidí pedir el mismo plato de pasta que comían con gusto la feliz joven pareja. La camarera que no tardó medio minuto en llegar a donde estaba sentado, me dijo.

—Bienvenido. ¿Desea cenar?, ¿beber alguna cosa?

—Querría, si es usted tan amable, el mismo plato que pidieron aquellos jóvenes de aquella mesa (ya que pude ver al llegar, el aspecto tan genial y apetecible que tenía esa pasta). —Le dije, mientras hacía un gesto circular sobre mi estómago con la mano.

—Por supuesto, se trata de la famosa pasta a la Norma, macarrones con berenjena, ajo, ricotta semisecca rallada, tomate y albahaca fresca, seguro que le encantará—. Todo esto lo dijo con ese bonito idioma que, hablado por una mujer, como si de las sirenas de Ulises se tratasen, me resultaba aún más melódico y cautivador, era hipnótico.

Después de eso, alcé la mirada y vi como la chica de la esquina, de nuevo, me estaba

mirando. Aguantamos durante tres o cuatro segundos sin apartar la vista uno del otro analizándonos. Al poco, ella decidió bajar la cabeza y beber de nuevo de su copa.

—¿Y para beber?. —Me preguntó la camarera trayéndome de vuelta al presente y recordándome el motivo por el que me senté en la mesa.

—Para beber.... —Me quedé en silencio pensando.

—Una cerveza por favor.

—En cinco minutos todo estará listo. —Tomó nota de todo y se alejó dirección hacia la cocina.

En silencio recordé de lo que Salvo me dijo mientras caminábamos hacia el hostel, ¿se habrá percatado de mi acento aquella chica que no dejaba de mirarme? No sé si sería esto, pero me estaba empezando a poner nervioso. Decidí levantar la cabeza lentamente y mirar si aún me observaba, al hacerlo, me llevé una sorpresa mayor, la chica de la esquina estaba ahora justo enfrente de mí, de pie, y sonriendo me dijo.

—¿Moisés? ¿Eres Moisés? —Me quedé mudo, sin palabra alguna; la joven muchacha que se encontraba ahora apenas a un metro delante de mí y que no había dejado de mirarme, hablaba español y además sabía mi nombre.

—¿Puedo sentarme o esperas a alguien?

—Sí, sí claro, por supuesto, no por supuesto que espero a alguien, sino que, por supuesto se puede sentar, pero... ¿quién es usted y como sabe quién soy yo?

—No me hables de usted que somos de la misma edad y sí perdona, llevas razón, soy un poco maleducada. Me llamo Sara y sé tu nombre porque vamos a ser compañeros de trabajo. — Me dijo todo esto mientras me sonreía y acercaba la silla a la mesa.

Ahora sí que estaba confuso, sabía mi nombre, mi edad, incluso dónde iba a trabajar. Nada tenía sentido.

—En realidad dudé si eras tú desde que te vi aparecer, sabía que llegabas hoy, gracias al correo que enviaste a la galería y, gracias a la foto de tu currículum, pude reconocerte. No soy una bruja que adivino cosas. Como te dije antes me llamo Sara y trabajo de guía en la galería del Castillo Ursino, encantada de conocerte.

—¡Ah!, ahora sí que todo tiene sentido, encantada Sara, ¡vaya una sorpresa! Había pensado en ir mañana a la galería para comunicar mi llegada e informarme sobre todo lo necesario acerca del trabajo, cuándo empiezo, horarios, además claro está de conocer a mis nuevos compañeros, no me esperaba para nada encontrar a una colega aquí . —Le dije a la vez que le sonreía.

Era grato saber que tendría compañeros dispuestos a hablar e interesados en conocer gente, me gusta mucho la gente extrovertida y “echada para adelante”.

—Realmente yo tampoco esperaba encontrarte aquí, suelo acercarme a este lugar a cenar y despejarme un poco del trabajo mientras disfruto de un buen vino. Aunque ya que nos hemos encontrado por casualidad... yo iba a cenar sola y tu creo que también, ¿verdad? ¿Te apetece que cenemos juntos y nos conozcamos un poco?

—Me parece una idea estupenda, cenar acompañado con este buen ambiente y con esta agradable noche, es mucho mejor.

Cenamos y hablamos de nosotros durante un par de horas. Al terminar y haber disfrutado de esa maravillosa pasta, que ella también eligió para cenar, Sara me quiso invitar a una copa. Marchamos a un local cercano al teatro de la ciudad y continuamos hablando durante largo tiempo, realmente fue una compañía muy agradable. Ella llevaba cuatro años en Sicilia, tenía veintisiete años y era algo más bajita que yo, morena, muy simpática y habladora, no paraba de preguntarme cosas y yo de responderle, parecía muy interesada en saber más sobre su nuevo compañero de

trabajo.

El tiempo pasó muy rápido y cuando quisimos darnos cuenta eran las dos y media de la madrugada, por lo que decidimos irnos a descansar.

—¡Vaya!, como se nos ha pasado la noche. Creo que es hora de que vuelva a casa y descanse un poco, mañana tengo que levantarme pronto para ir a la galería. —Me dijo Sara mientras señalaba con su dedo las manecillas de su reloj.

—Ha sido todo un placer, si te apetece repetirlo en otra ocasión, yo encantada. —Mientras me decía todo esto sonreía a la vez que intentaba sacar un papel y un bolígrafo de su bolso.

—Ok, lo hablamos la próxima vez que nos veamos, si es para cenar, creo que volveré a pedir lo mismo, esos macarrones a la Norma me han cautivado . —Le dije mientras dejaba escapar una pequeña carcajada; la cerveza, la copa y el vino que también bebí en la cena, habían hecho efecto en mí y como me dijo Sara, ya iba con “Brillo”, iba con el puntillo, un poco alegre.

—Bien, aquí tienes mi número de teléfono por si necesitas cualquier cosa o ayuda, no dudes en llamarme si así es, ¿ok?

—Genial, gracias Sara. Cuando llegue a la habitación lo anotaré en la memoria del teléfono para tenerlo a mano. —Después de esto, nos dimos dos besos y acordamos vernos en la galería al día siguiente.

Mientras volvía para el hostel me percaté de que, a pesar de la hora, había bastante ambiente por las calles y terrazas de los locales. Enfrascado en mis pensamientos mientras observaba todo al mi alrededor, pensé para mí, analizando mi llegada, que el comienzo no podía haber sido mejor: la ciudad preciosa, se respiraba una atmósfera agradable y acogedora, era muy dinámica, viva y que además de todo ello, había conseguido en mi primer día en Catania, el número de teléfono de la primera chica que había conocido allí; creo, que no pude empezar mejor y con más ganas esta nueva odisea.

Una vez en el hostel y tumbado ya en la cama, caí en un profundo sueño.

Dulce helado de pistacho

La luz se abría paso a través de la ventana, decidí no correr la cortina ni bajar la persiana la noche anterior con el fin de no quedarme dormido, de modo que me puse en pie, y me preparé para tomar un café en Piazza Duomo antes de ir a la galería.

Me parecía todo un lujo estar disfrutando de un rico café italiano mientras veía a la gente pasar por esa fantástica y bonita plaza. La ciudad a esta hora de la mañana tenía otro aspecto, seguía teniendo esa sensación de suciedad, a pesar de llevar ahí ni siquiera un día ya me había cautivado y acostumbrado a ella, tenía la sensación de que Catania era diferente a cualquier otra ciudad, era muy hermosa y acogedora.

Un sol radiante ya iluminaba todo el espacio que me rodeaba, aclarando lo que por la noche se convertía en unas calles oscuras alumbradas tan solo por las luces intensamente saturadas del color naranja que producían las farolas.

Siete ancianos estaban sentados en los escalones de la fuente del elefante mientras conversaban entre ellos, algunos fumaban quizás su primer cigarrillo del día. Mientras entorno a las demás personas que transitaban por el lugar, palomas revoloteaban por todos sitios sin temor a ellas; para mi sorpresa, vi venir hacia mí como si del día anterior se tratase, a Sara.

—Hola Moisés, ¡buenos días! Parece que nos vamos a encontrar todos los días por casualidad, veo que estás desayunando.

—¡Buenos días Sara!, eso parece. Como ves, quería tomar algo para desayunar antes de ir al Castello Ursino, y probar mi primer café italiano.

—Yo me dirigía hacia allí en este mismo momento, si quieres puedo esperarte y vamos juntos, llego sobrada de tiempo. En cuanto al café, no probarás ningún café igual a estos, eso te lo garantizo.

—Está bien, me parece buena idea ir juntos, tengo miedo de no encontrarlo y llegar muy tarde, además estoy a punto de terminar de beberme esto.

Terminé de desayunar en un minuto, ese café me había espabilado nada más tomarlo. Pagué y nos pusimos en marcha. Ya, en la galería, me quedé fascinado de la colección que tenían prevista para esos dos años siguientes, una colección del mismísimo Sorolla, un genial pintor iluminista español que me apasionaba, había estado estudiando su obra desde hace tiempo, intentando dejarme influenciar por su pintura rebosante toda ella de luz, con cargadas pinceladas rápidas y largas, en sus cuadros el óleo parecía deslizarse, capturando en una imagen el fugaz movimiento.

Me presenté a mis compañeros y a la que sería mi jefa durante todo el año que estaría aquí, Valentina, la cual me puso al día de mis funciones, de cuándo empezaría y del horario que tendría.

Mi trabajo consistiría al igual que Sara en ser guía de sala, una labor que me ha fascinado desde siempre. El hecho de explicar a personas el sentido de esas obras ahí expuestas, su técnica, sus anécdotas, es realmente muy gratificante. Siempre explicaba los cuadros intentando que a los demás se les despertara eso que me había cautivado a mí desde hacía años, el amor hacia la pintura.

Todos mis compañeros, Sara, Valentina, que también la consideraba mi compañera y Antonello, me habían caído genial, sobre todo Antonello, que era un chico muy gracioso; tenía un

humor muy peculiar, una cosa que me gustó muchísimo de él, fue su risa, la cual podría contagiar a todas las personas cabizbajas y apenas que estuviesen en un funeral. Seguro viviría con ellos anécdotas y situaciones muy simpáticas de ahí en adelante.

Estuve en la galería toda la mañana, me enseñaron el exterior del Castello y su interior, los pasillos, todas las obras expuestas del artista y me aportaron el material con el que tendría que ponerme al día, estudiarlo para cuando empezase la semana siguiente. No estaba preocupado por ello ya que tenía seis días por delante, además, la obra de Sorolla la conocía muy bien, pero aún así, había decidido volver a mediados de semana para visitar la exposición por mi cuenta y organizarme mejor.

Después fuimos todos juntos a comer a un restaurante que estaba justo al lado de la galería. Aquí fue donde probé por primera vez carne de caballo, cosa que me parecía muy extraña, pero que para mis compañeros era algo normal. Sin darnos cuenta la comida se nos alargó bastante, nos reímos y hablamos mucho sobre nosotros para conocernos un poco mejor. Me preguntaron cosas sobre mí y yo sobre ellos. Mientras conversábamos, decidí irme a vivir a un piso compartido con Antonello, me dijo que buscaba a alguien, ya que tenía una habitación vacía, cosa que me vino “como anillo al dedo”, por lo que acepté a pesar de que me avisó que tenía un conserje un tanto especial y pícaro, con el que tendría que tener cuidado.

Cuando nos despedimos, regresé al hostel, me duché y decidí bajar antes de ir a dormir para tomar el helado de pistacho que me aconsejaron probar cuanto antes, ya que eran realmente buenos en Catania, además aprovecharía para dar un pequeño paseo y conocer mejor el entorno donde pasaría un largo periodo de tiempo.

Sin darme cuenta se me echó la hora encima, pensaba que no llegaría a tiempo a encontrar alguna heladería abierta, por la hora que era, creía que iban a cerrar pronto, ya que estaba anocheciendo. Para mi sorpresa vi una heladería en Vía Etnea que por su apariencia exterior parecía muy agradable, estaba decorada con pequeños detalles y con mucho gusto, toda ella llena de bonitas macetas con flores muy coloridas y sin darme cuenta sonreí, no podía creerme la suerte que estaba teniendo desde que llegué a la ciudad. Entré y, apenas había metido un pie en el local, me quedé mirando embobado a la chica que se encontraba detrás del mostrador —desapareciendo todo lo que me rodeaba— jamás había visto ser más perfecto, rebosaba una dulzura que me dejó paralizado y en estado de shock, apenas a metro y medio de mí, en la caja, se encontraba de pie una chica preciosa, de piel clara, ojos castaños, labios rosados y carnosos, con unos mofletes redondos y cálidos, una media melena castaña que tenía recogida en una coleta peculiar y un bonito flequillo que separado a la mitad, acariciaba su frente mientras se apoyaba en su delicado rostro.

—Bienvenido, ¿qué desea? —Me dijo mientras sonreía y me miraba, y... ¡Dios!, menuda mirada, definitivamente me había encantado como si del conjuro de un cuento se tratase.

—Hola, pues me... me... —Sin darme cuenta estaba muy “cortado”, tanto me alteraba que apenas podía pronunciar palabra alguna, pensé para mí “*Estás haciendo el tonto, tranquilízate y pide de una vez*”.

—Querría un helado de pistacho por favor, me han dicho que son famosos en esta ciudad.

No sé si se habría dado cuenta de lo que me pasaba, el caso es que sonrió mientras ladeaba un poco la cabeza.

—Sí que tienen buena fama, enseguida podrá comprobarlo por usted mismo, se lo pongo en un segundo. —Se dio la vuelta para ir a prepararlo y en apenas un minuto regresó con él.

—Aquí tiene, espero que le guste. Puede tomarlo en la terraza si lo desea, hace una noche espléndida.

—Tiene razón, me lo tomaré ahí. —A continuación, me fui directo a una de las mesas que estaban colocadas fuera, bajo el cielo estrellado.

Después de media hora, mientras disfrutaba del poco helado que me quedaba y también de la bonita imagen que proyectaba la chica, al observarla, llegaron a la heladería dos chicos de unos treinta años con un aspecto un extraño, ambos llevaban el pelo muy engominado, morenos, vistiendo los dos camisetas con colores un tanto exagerados y llamativos, y en los pantalones a la altura de los tobillos, tenían colocadas unas pequeñas cintas de pelo negras que hacían que ahí los vaqueros quedasen muy ceñidos. Su aspecto era un poco estrambótico y me sorprendió, pero supuse que era normal allí, pues ya había visto a varias personas vestir de ese modo. Uno de ellos tenía una larga cicatriz en su mejilla derecha, a pesar de ésta, me fijé con más detenimiento en el otro chico, que parecía estar muy enfadado o al menos lo pensé así, al ver su cara y su mirada observando fijamente a la dependienta a la vez que apretaba los dientes y los puños.

Este último entró en la heladería con prisa y muy nervioso, gritando a la chica que se encontraba al fondo mientras su compañero esperaba fuera.

—¿Se puede saber quién era el chico del mediodía?! ¿Crees que no te veo?! A partir de ahora en adelante, solamente saldrás de casa con Carlo para venir aquí o cuando quedes conmigo, ¿lo has entendido?!

—¡Pero Andrea!, era solo un compañero de clase de piano que me he encontrado en el mercado, no te pongas así estamos en la heladería. —Le decía la chica mientras escondía la cara entre las manos.

—¿Sólo un compañero? Ya hablaremos tú y yo. —Se dio la vuelta y salió del local como una flecha, dandouna fuerte patada a una de las mesas que había fuera, tirando todo lo que había sobre ella, mientras me miraba a los ojos con violencia y desafío. Después, ambos desaparecieron calle arriba.

En silencio, la chica con cara apenada y ojos llorosos, salió a recoger todo.

—Disculpe, siento que haya tenido que ver esta escena tan desagradable, si no es mucho pedir, le rogaría que terminase cuanto antes, vamos a cerrar en breve, lo siento mucho.

Yo, intentando comprender lo que había pasado, la observaba sin decir nada, me terminé el helado y saqué mi lápiz que siempre acostumbraba a llevar para dibujar en cualquier momento, cogí una servilleta blanca con la que hice una pajarita y escribí un par de frases debajo de una de las alas, la cual, dejé sobre el mostrador cuando me acerqué para pagar e irme al hostel.

La chica que esperó a que me marchase, recogió la pajarita que había dejado allí para ella y moviendo sus alas, se fijó en que algo estaba escrito, pudiendo leer el mensaje que le había dejado *“Ninguna mujer merece que la traten así y menos a una chica tan bonita como tú, la vida, el mundo, tienen muchos y diversos colores. M.”*. Se quedó pensativa, sonrió y rápidamente apagó las luces, cerró la puerta con llave y salió corriendo en mi dirección.

—¡Eyyy, eyyy, espera! —Gritó dirigiéndose a mí. Al escuchar las voces detrás de mí, a lo lejos, me quedé quieto y dándome la vuelta vi como la heladera corría hacia mí hasta que me alcanzó.

—Hola de nuevo, veo que tienes mejor cara.

—Quería darte las gracias por animarme y entregarme este bonito mensaje, no suelo recibir escritos como el que me dejaste, en realidad no estoy en mi mejor momento. —Después de decirme esto se quedó en silencio mientras miraba al suelo.

Observándola de nuevo noté una vez más ese hechizo que ya había lanzado sobre mí, la veía muy delicada y dulce, no podía creer la suerte que tenía ese tipo si resultaba ser su novio.

—No hay de qué, no tienes que darme las gracias, ¿te apetece que demos un paseo? Hace una

noche genial para desaprovecharla. —Al decir esto, ella levantó el rostro y mirándome me dijo.

—Me encantaría.

—Solo hay un problema que me impide dar un paseo contigo. —Le dije mientras levantaba una ceja y le sonreía.

—¿Ah sí?, ¿y cuál es?. —Dijo de nuevo con cara un tanto pesarosa.

—No suelo dar paseos con desconocidos, de modo que, ¿cuál es tu nombre?, ¿cómo te llamas?

—Cierto, no sabes cómo me llamo, mi nombre es Beatrice. —Me dijo con la sonrisa más fascinante que jamás había visto antes.

—Encantado Beatrice, yo soy Moisés. ¿Quieres acompañarme entonces?

—Bonito nombre Moisés, un verdadero placer. Sí, vamos.

Empezamos a andar en silencio por la larga y ancha Vía Etnea, de vez en cuando la miraba de reojo, llevaba un bonito vestido de flores, era un vestido alegre, con colores muy vivos, naranjas, verdes pistacho, rojos, amarillos limón, todos ellos le quedaban genial, andaba sobre unas preciosas sandalias que la hacían parecer una sacerdotisa griega, tenía unos pies pequeños y con una forma perfecta, parecían sacados del mismísimo mundo inteligible de Platón, en cuanto a su rostro, iba mirando hacia abajo, creo que aún le duraba la vergüenza que había pasado en la heladería.

—Dime, ¿vives aquí en Catania? —Le pregunté (dándome cuenta de la pregunta absurda por mi parte, era evidente que sí vivía aquí o al menos la probabilidad era muy grande ya que trabajaba en la ciudad. Sólo quería romper ese frío silencio que nos acompañaba).

—Trabajo aquí, pero en realidad vivo en un pueblo cercano que es precioso, se llama Taormina, ¿y tú?, ¿creo que eres español verdad?

—Veo que eres muy perspicaz, soy de la Mancha, ¿has oído hablar de ella?, la tierra de Don Quijote.

—Sí claro, por supuesto, ¿quién no conoce al famoso caballero don Quijote de la Mancha? —Me contestó mientras me miraba y sonreía.

—¿Eres tú también un caballero? —Esta pregunta me sorprendió y me hizo reír.

—Bueno..., no losé, pero... al menos intento serlo . —Le sonreí.

—Ya me parecía a mí. —Dijo mientras seguía andando y mirando ahora hacia adelante, con una mueca en su mejilla.

De nuevo volvió el silencio, la verdad que lo último que me dijo me había dejado bastante cortado. Sin darme cuenta no paraba de mirarla con cuidado observando cada centímetro de su cuerpo, llevaba puestos unos pendientes tan pequeños que pasaban desapercibidos, no iba maquillada, pero su color de mejillas sonrojadas y el color bermellón suave de sus labios, simulaba estarlo. Su perfume era fascinante, sabía que lo recordaría para siempre.

—Y dime, ¿quién era ese chico que te gritó?, perdona mi atrevimiento al preguntarlo, pero soy un chico muy curioso y sé que si no me lo aclaras, podría estar toda la noche sin dormir intentando comprender lo que ha pasado en la heladería, inventando mi imaginación historias inimaginables.

Me miró de nuevo y agachó su bello rostro.

—En realidad es mi pareja, se llama Andrea y no sé el porqué y el cómo he llegado a esta situación. Nos conocemos desde el colegio, él era digamos el más popular y ya sabes lo que pasa a esa edad, a todas las chicas nos gusta el chico más chulo por así decirlo del instituto; además Andrea era una persona muy agradable por aquel entonces, era muy bueno conmigo y con los demás, no era como le has visto hoy; comenzamos a salir y bueno... ha pasado mucho tiempo

desde entonces.

—Comprendo.... —Me quedé pensando en silencio mientras la miraba.

—En realidad no he conocido a nadie más y creo ya que es normal todo lo que me pasa. El caso es que me imaginaba esto del amor de otra manera diferente, no sé si me comprendes.

—Intento entenderte, pero en realidad nunca me he enamorado y no sé si yo sería buen consejero en este asunto del amor. —Le dije alzando mi vista hacia la sábana de estrellas de aquella noche.

—Pero te diré algo, creo que el amor tiene que ser lo más especial y grande del mundo, espero encontrarlo alguna vez, mi opinión sobre ello es verdaderamente simple, tan solo hay que intentar hacer a la persona que se ama, feliz y cuidarla, sólo conozco el amor a través de lo que he podido leer, como por ejemplo, creo en el amor incondicional y verdadero de don Quijote hacia su Dulcinea, en mi opinión es el más perfecto de todos.

—¿Sabes Moisés?, me gusta esa idea. —Dijo mientras me observaba y sonreía provocando que sus mofletes se alzaran, haciendo de ella una chica aún más bonita. Después miró de nuevo hacia el frente y me dijo.

—En mi caso está todo perdido, mi situación es algo más compleja y difícil. Aquí, en Italia, hay cosas que son arduas de tratar, mi novio pertenece a una familia arraigada en este lugar, muy importante y poderosa, la familia Gotti, no sé si habrás oído hablar de ella... digamos que tiene mucho poder en esta isla y en Italia entera.

—¿A qué te refieres? No te conozco, pero si no eres feliz y no se comporta bien contigo, quizás debas replantearte el continuar.

—Lo sé, pero como te dije antes, mi situación es diferente y muy difícil. —Se quedó callada un segundo muy pensativo, había algo que le preocupaba o eso me parecía, después de unos instantes decidió hablar y me preguntó. — ¿Has oído hablar de la mafia italiana?

Dejé de andar, me detuve al instante y me giré hacia ella.

—¿Quieres decir que...? bueno... tu novio es...

—No sé por qué te cuento todo esto, será mejor que nos despedamos. Ha sido un placer dar este paseo contigo, de verdad que necesitaba hablar con alguien, gracias por tu compañía y por escucharme.

—No tienes por qué agradecerme nada, me apetecía pasear y además, me apetecía hacerlo contigo. —Nos quedamos mirándonos en silencio y le dije:

—El caso es que voy a estar aquí un tiempo, voy a trabajar haciendo de guía en la galería de arte que está cerca de la Pescheria, en el Castello Ursino, empiezo el próximo lunes, pero había pensado en ir el jueves a ver la exposición, ¿quieres venir conmigo y te hago una pequeña guía para coger soltura? me harías un gran favor si me ayudases con esto, la verdad que soy nuevo aquí y no conozco a nadie.

No sé qué estaba haciendo, el caso es que, sin pensar, la estaba invitando de nuevo a que me acompañase otro día, realmente esta chica sin darme cuenta, hacía que me comportase de este modo, de forma espontánea, sin pensar, solo obedeciendo a impulsos incontrolables. Ella, al escuchar lo que dije, abrió los ojos más aún y se quedó pensando.

—Quizás no sea buena idea. —Me dijo mientras la cara le cambió a un estado cabizbajo, parecía apenada.

—¡Vamos! —La animé.

—No todos los días tiene uno la ocasión de ir a una Exposición de arte y menos aun cuando ni siquiera ha sido inaugurada.

—¿Sabes qué?, acepto. No entiendo mucho del mundo de la pintura, yo sólo toco el piano,

pero de cuadros apenas sé nada. Supongo que no hay nada de malo en ir a un museo a ver una exposición, el caso es que no quiero que tengas problemas por mi culpa, no sé si me comprendes, ya viste la incómoda escena en la heladería.

—Tranquila, eso lo decido yo, además creo que te vendrá bien y me ayudarás para perder un poco la vergüenza de hablar en público. ¿Entonces me acompañas el jueves? —Le dije mostrándole una amplia sonrisa.

—Ok, me has convencido, nos vemos el jueves entonces.

Nos dimos el número de teléfono, sonrió, nos despedimos dándonos dos besos en las mejillas y se alejó, mientras yo me quedaba mirando como desaparecía con cada paso que daba.

Me había parecido una chica absolutamente increíble. De repente, escuché un ruido que procedía de mi izquierda, mi corazón se quedó helado al observar una figura humana de gran tamaño y con unos ojos que me miraban fijamente sin pestañear a través de la reja que separaba el parque, de la calle. Yo, sin poder moverme, pude ver a pesar de la oscuridad de la noche, una larga cicatriz en una de sus mejillas, se dio la vuelta y empezó a caminar en sentido contrario, desapareciendo.

Día perfecto

Los días pasaron, no pude de dejar de recordar el motivo de aquella mirada y ese cejo fruncido de aquel bravucón que me penetraron con fuerza, aun así, llegó el día en que sin saber el motivo exacto estaba ansioso de que llegase, era el día en que había quedado con Beatrice para ir juntos al museo, e intentar organizarme mejor por las salas, memorizar la posición donde los cuadros estaban colocados y con ello, poder después dibujarme y aprenderme el recorrido que haría cuando trabajase en aquel sitio.

Aunque intentaba convencerme de que lo que quería era planificarme mejor, creo que el verdadero motivo de mi euforia, era el hecho de que iba a poder ver de nuevo a esa chica que me tenía tan inquieto y que me había quitado el sueño estos últimos días.

Tumbado y apenas desvelado en la cama, mi teléfono móvil sonó de repente avisándome de que tenía una nueva notificación, un mensaje que me alegraría el día. Cogí el teléfono y vi que se trataba de Beatrice, me había enviado tan solo una palabra:

—¿Museo? —Me quedé pensativo y sonriendo, me puse a escribir para comunicarle la hora y el lugar donde quedar, aunque tampoco quería mostrarme muy entusiasmado, no sé porqué hice tal cosa.

—Nos vemos en Piazza Duomo a las 17:00h si te viene bien, ¿ok?

A lo que rápidamente me respondió con un simple:

—Vale.

Llegó la hora a la que habíamos quedado y yo ya me encontraba esperando en el lugar citado. Pasados cinco minutos de la hora acordada, vi aparecer a lo lejos a Beatrice vestida con un pantalón fino y suelto de color verde olivo, parecía una bella mujer salida del desierto y como la última vez que nos vimos, llevaba el cabello como aquel día recogido en una coleta, recogida de forma peculiar: no caía libre por detrás suelta, sino que tenía una especie de doblez, lo cual me gustaría mucho de ella.

—Hola Moisés, ¿qué tal estás? Perdona el retraso, siempre creo que voy sobrada de tiempo y es en el último momento cuando empiezo a correr porque creo que no llego, lo siento.

—No te preocupes, apenas acababa de llegar. Estoy muy bien, gracias, ¿y tú cómo te encuentras hoy?

—Estoy mejor que como me viste aquella vez, gracias de nuevo por escucharme mientras paseábamos.

—No tienes que darme las gracias, fue todo un placer ya te dije. ¿Y bien? ¿Dispuesta a visitar el museo? Si ves que te aburres conmigo, porque a veces puedo ser muy pesado con el arte y sus historias, tienes permiso para marcharte cuando quieras. —Le sonreí, aunque en mi interior esperaba que no lo hiciese.

—Ok lo tomaré en cuenta, aunque ya te aviso que me chiflan las historias. —Me dijo mientras me sonreía.

Comenzamos a caminar hacia el Castello Ursino y mientras lo hacíamos, ella me iba explicando que calle era cada una por la que pasábamos y algunas tradiciones y cosas curiosas de Catania. Me habló incluso de comidas típicas que tenía que probar sin falta, como unas bolas de

arroz llamadas Arancini que por dentro, llevaban un relleno llamado Ragú, según ella estas bolas gustaban mucho y les parecían muy curiosas a los visitantes de la isla.

¡Dios! Cómo me gustaba oírla, escuchar su timbre de voz tan diferente: sereno y alegre a la vez, no dejaba de sonreír; era una chica alegre capaz de maravillarse por todo aquello que observaba, era estupenda.

—Dime Beatrice, ¿vives muy lejos de aquí?

—Vivo en las afueras. —Me dijo mientras poco a poco apagaba su voz y su cara cambió de expresión.

—Vivo en la Villa Gotti.

—¿Ese nombre no era el que me comentaste que pertenecía a la familia de tu novio?

—Así es. —De nuevo esa mirada triste que jamás querría volver a ver.

—Entiendo. —Le respondí calmado. Comprendí lo poderosa que era esta familia, entendí por qué Beatrice estaba tan apenada y creo que no era feliz. Decidí al momento alegrarle al menos ese día que en el fondo de mi corazón no querría que olvidase jamás.

—Está bien olvidemos los problemas por hoy, prometo hacerte pasar un día muy interesante y emocionante, ¿ok?

—Gracias. —Me respondió mirándome a los ojos y sonriendo.

Mientras íbamos andando, ella seguía contándome cosas y yo, asombrado por todo lo que me decía, simplemente, llegamos al Castello Ursino, el tiempo con ella tenía la cualidad de las aves, volar.

Sin darnos cuenta llegamos a ese imponente edificio de la baja edad media de principios del siglo XIII, construido tiempo atrás para defender la ciudad de los ataques de las cargas navales, presenta una fuerte muralla y cuatro torreones cilíndricos en sus esquinas que, llaman mucho la atención por sus tamaños, todos enormes y dos medias torres más pequeñas ocupaban dos de sus lados. Con el tiempo pude saber que, a causa de una erupción del Etna en 1669, se llenó el foso del Castello alejándolo del mar un centenar de metros.

Al llegar a su puerta toda ella formada de grandes sillares de piedra y coronada por un arco apuntado, entramos. Mi sorpresa fue que las galerías donde se encontraba toda la exposición de Sorolla estaban vacías, quizás esperaba encontrarme a algún compañero y no solo al guarda de la entrada que estaba sentado en su mesa vigilando todo.

Beatrice que no paraba de sonreír parecía entusiasmada, lo que ella no sabía es que yo lo estaba tanto o más que ella.

—Bien, ¿empezamos? —Le dije mientras tendía mi brazo y mano invitándola a empezar por la primera pintura. A lo que ella asintió con la cabeza y una maravillosa sonrisa.

El primer cuadro se trataba de “El pescador”, le expliqué el motivo, título, técnica, además de un poco la teoría del color para que comprendiese mejor el cuidado del pintor al realizarla, porqué usaba cada uno y cómo se comportaban al tener sus complementarios al lado, porqué chirriaban y vibraban al estar en el extremo de la pirámide tan alejado un naranja, de un azul. Iba, uno tras otro, explicándole y contándole anécdotas y secretos de cada cuadro, metiéndome sin darme cuenta en este campo que tanto me fascinaba. Ella estaba muy atenta e interesada, sonreía y me miraba de una forma que me encantaba. Habían pasado al menos dos horas desde que empezamos la guía, aunque a mí me parecía que solo habían pasado apenas unos minutos, de repente me cortó.

—...dime Moisés, ¿por qué te metiste a esto?, quiero decir, se te ve entusiasmado y animoso explicando todo, ¿por qué te metiste en este mundo?

—Verás, mi sueño es estar algún día en galerías como esta, no ser famoso, eso no me llama

la atención ni me importa, es sólo que me gustaría mostrar cómo percibo y siento yo la realidad que me rodea, que es una auténtica belleza.

—¿Pero eres pintor? ¿Tú también pintas?

—Así es. —Le sonreí achinando los ojos.

—He llevado a cabo varias exposiciones en diferentes lugares de España y poco a poco quiero ir mostrando por todo el mundo, más y más mis obras y nuevas pinturas que no dejaré de hacer en mi vida, es mi manera de entender la existencia misma.

Ella abrió los ojos, se quedó callada, aflojó los párpados y se quedó mirándome, parada. De repente escuchamos a los lejos una voz alta, se trataba del guarda de la galería que nos estaba diciendo que tenía que cerrar; me acerqué para hablar con él y decirle que ya cerraba yo, pues me habían entregado las llaves del museo la última vez que estuve con mis compañeros en el Castillo.

Después de que Vincitore que es como se llama el guarda, saliera por la puerta y la cerrase, me giré y me dispuse a ir con Beatrice, la cual al fondo de la sala, se encontraba quieta enfrente de una pintura que llegará a ser muy especial para mí. Mientras daba cada paso acercándome a ella de forma silenciosa y despacio, la observaba, se la veía serena y pensativa, pude ver un brillo en sus ojos y percibí que estaba llorando.

Me puse a su lado y le pregunté preocupado.

—¿Ocurre algo?, ¿te encuentras bien?

—Sí, tranquilo, estoy muy bien, es solo que esta pintura me produce nostalgia, no sé explicarme, me da paz, hace tiempo que no tenía un día como el de hoy, ¿no te imaginas siendo feliz en un sitio como éste?

La pintura que observaba con tristeza y alegría a la par, era “La alberca, Alcázar de Sevilla”.

—Gracias Moisés. —Me dijo con una voz dulce y calmada.

—Gracias a ti por ayudarme Beatrice. —Al verla ahí, de ese modo, me di cuenta de lo sensible que era y sentí que, en ese momento ella me había enamorado.

Salimos de la galería y nos quedamos en la puerta parados mirándonos y en silencio, como si no quisiéramos despedirnos.

—Parece que se ha acabado por hoy, lo he pasado muy bien, gracias. —Me dijo Beatrice mientras me miraba a los ojos.

—¿Te apetece ir al cine? —Le pregunté muy nervioso. Quería retenerla todo el tiempo que pudiese al menos por ese día, me encantaba estar y pasar tiempo con ella.

—Me gustaría mucho Moisés. —Me respondió sonriendo.

—Pero puede ser peligroso..., ya me entiendes. —Me dijo apenada.

—¿Existe alguno que sea pequeño o en malas condiciones al que tú creas que Andrea jamás iría?

—¡Ah, sí!, sí que hay uno pequeño y está muy escondido, pasa muy desapercibido y es al aire libre. Yo nunca he ido, Andrea jamás iría a uno así; de hecho, según tengo entendido, las entradas son más económicas.

—¡Estupendo! Pues vamos allá. —Le dije eufórico. Seguro que se tuvo que dar cuenta de mi emoción, sólo me faltaba un cartel en la cabeza que dijese “¡BIEEN!”.

Nos dirigimos hacia donde creía Beatrice que se encontraba, pero no tuvimos suerte, no éramos capaces de dar con él. El tiempo pasaba y seguíamos buscando sin fortuna alguna, estábamos preocupados de que al llegar no hubiese ninguna película para ver. De repente el destino nos sonrió y vaya casualidades de la vida, si me lo hubiera contado otra persona no me lo hubiese creído, vimos venir de frente, por la misma acera que andábamos nosotros, a un viejo

conocido que me ayudó tiempo atrás.

—Santo, buenas noches, ¿cómo está usted? —Le dije sonriéndole y llamando su atención ya que andaba con su bastón, mirando hacia el suelo y no había reparado en nosotros.

—¡Vaya sorpresa Moisés! ¿Cómo te ha ido todo este tiempo? ¿Veo que estás muy bien acompañado? —Me preguntó muy alegre mientras a Beatrice se le sonrojaban los mofletes.

—Pues por ahora genial, gracias. Pensaré que siempre ando perdido y no le falta razón, ¿sabe usted de un cine que hay por esta zona, es uno pequeñito y está un poco escondido? —Le dije riendo y mirando a Beatrice.

—Tranquilo, gracias a mi edad he recorrido ya muchas veces estas calles y me las conozco de memoria. Supongo que buscáis el Arena Argentino, está justo pasando esa calle, es un poco más adentro. Es cierto que pasa desapercibido de modo que estad atentos porque prácticamente parece una fachada al uso, excepto que tiene un par de carteles.

—Siempre me sorprenderán tus conocimientos, mil gracias Santo.

—De nada pareja, que os divirtáis mucho. —Me dijo mientras me estrechó la mano despidiéndose.

—Hasta la vista Santo.

Tal y como dijo el bueno de Santo, nos adentramos por una calle estrecha y poco iluminada. Continuamos recto un poco más y ahí estaba, una fachada blanca, sin apenas decoración ni luces llamativas, tenía colgada sobre su pared tan sólo un par de carteles que anunciaban la película que se proyectaría esa noche.

—Cinema Paradiso. —Leyó Beatrice en voz alta.

—¿La has visto? —Le pregunté.

—No, no la he visto.

—Genial entonces, yo tampoco. Vamos a entrar anda, no vaya a ser que empiece sin nosotros.

Pasamos por la puerta principal, era un lugar extraño, muy recogido y pequeño, tenía cortinas que caían en sus dos lados y enfrente la taquilla donde sacar la entrada.

—Buenas, ¿estamos a tiempo de ver la película? —Le pregunté a la voluminosa señora que se encontraba detrás del mostrador, la cual, estaba maquillada de manera desmedida.

—Por supuesto caballero, ¿dos entradas?

—Exacto dos, muchas gracias.

Me entregó las entradas y continuamos por uno de los laterales, cruzamos las cortinas y se abrió ante nosotros un espacio muy pequeño de un metro y medio cuadrado, muy oscuro y que además, tenía colocado en su lateral una especie de jaula llena toda ella de numerosos cojines.

—Qué cosa tan rara, ¿verdad?

—Sí, sí que lo es, cojamos uno, si están aquí debe de ser por algo. —Me respondió Beatrice.

Cogimos cada uno un cojín y levantamos de nuevo otra vieja cortina, al hacerlo, vimos ante nosotros un centenar de sillas de metal bien colocadas orientadas todas ellas hacia una pared dispuesta en alto, hecha toda ella de albañilería enlucida; no era una pantalla, como la de cualquier cine. Era una imagen encantadora, sobre nuestras cabezas millones de estrellas nos arropaban desde arriba. Hacía una noche perfecta y este cine al aire libre, era el lugar idóneo para pasarla.

Elegimos asientos ya que no estaban numerados, colocamos los cojines y nos sentamos a esperar a que empezase el largometraje.

—¡Me encanta Moisés! —Me dijo Beatrice entusiasmada.

—A mí también, es perfecto ¿verdad?

—Sí que lo es.

De repente apagaron las luces y comenzó la proyección. No tengo palabras para decirlos como me sentía. Cada momento, vivencia que pasaba con Beatrice me llenaba a más no poder, me hacía sentir bien, feliz. El tiempo pasaba mientras disfrutábamos de esa preciosa película y pude notar que Beatrice tenía algo de frío, me animé y alcé un poco mi brazo, apoyando sobre sus piernas mi mano intentando calentarla un poco, ella al ver este gesto, pasó su brazo por debajo del mío y lo abrazó, de este modo intentamos calentarnos y estar más a gusto hasta que acabase el film.

Después de terminar la película y de esta maravillosa experiencia con ella, salimos del teatro, le acompañé hasta que llegase el taxi que pidió y sin más, diciéndonos lo perfecto del día que habíamos pasado, se subió al vehículo y se alejó después de despedirnos.

Cuarto de baño

Pasados dos días desde que vi por última vez a Beatrice, recibí un mensaje de mi compañera Sara donde me preguntaba, si el comisario de la exposición me había enviado una notificación, invitándome a asistir a una fiesta para festejar la inauguración de la muestra de Sorolla. Como si del destino se tratase, al instante mi celular volvió a sonar y vibrar, se trataba del comisario que me había escrito.

—Buenos días Moisés, soy Muscolino, el comisario que se ha encargado de llevar a cabo la exposición en el Castello Ursino. Te escribo para invitarte hoy sábado por la noche, al evento para celebrar la inauguración de la exposición, espero que no faltes ya que la fiesta la ha organizado el promotor de ella misma con sus fondos. Es una familia muy importante en Italia y además, tendré la oportunidad de conocerte. Un saludo y gracias.

Me quedé pensativo y sorprendido al ver que no había sido el mismo Estado el que había organizado todo, la posibilidad de llevar a cabo tan importante exposición con tan impresionante muestra, tendría que haber sido muy costoso. Cogí de nuevo mi teléfono y le respondí con educación.

—Hola soy Moisés, no se preocupe, allí nos veremos a la hora indicada, no faltaré a la invitación. Un cordial saludo y gracias por todo señor comisario.

A continuación, me dispuse a escribir a Sara para confirmarle justo el escrito del comisario y para preguntarle las señas exactas dónde tendría que asistir, a lo que ella me respondió.

—No te preocupes Moisés, te recojo si quieres a las nueve en Piazza Duomo y vamos en mi coche. Por cierto, ven si puedes de etiqueta, es importante.

—¿De etiqueta? Perfecto. —Le respondí.

Por casualidad, me había traído un traje que me compré dos años atrás y solo me había puesto una vez para una ocasión especial, la boda de mi hermano; en esta ocasión de nuevo, me iba a resultar muy útil, “*menos mal*”, pensé para mí.

Conforme pasaba el día no paraba de preguntarme si ponerme chaqueta sin chaleco o chaleco sin chaqueta, a decir verdad, el traje era muy elegante, de color negro, camisa blanca y una corbata de un violeta oscuro fina, que en su parte central presentaba cuatro pequeñas florecitas moradas con un tono más elevado en su centro. Me decidí media hora antes de la acordada con Sara a ponerme el chaleco, aunque me preguntaba si no estaba pasándome, no quería hacer el ridículo en la fiesta. Más tarde, ya en la fiesta, comprobé que para nada me había pasado, la elegancia y suntuosidad en los demás estaba realmente presente.

Llegó la hora a la que había quedado con mi compañera y ahí me encontraba, justo sentado debajo del famoso elefante acompañado de tres ancianos muy graciosos, que no paraban de mirarme, sonreír y conversar en voz baja entre ellos.

De repente, escuché el claxon de un automóvil, era Sara que a través de la ventanilla de su coche, hacía gestos con su mano para que subiera. Una vez dentro y con el cinturón abrochado, arrancamos.

—¿Bueno qué, nervioso? —Dijo mientras miraba la carretera y sonreía.

—Pues si te digo la verdad, sí que lo estoy, llevo todo el día decidiendo que ponerme,

porque no sé qué tipo de fiesta es, y como me dijiste que viniese de etiqueta... no sé si he exagerado un poco. —Sara me miró y dijo:

—Vas espectacular Moisés, ya verás que no vas a pasar desapercibido; estás muy elegante y atractivo.

—Gracias Sara, tú vas muy guapa esta noche. ¿Tan importante es esta fiesta para ir así?

—Sí que lo es, vamos a la Villa más importante de Sicilia y solo te diré una cosa, hoy vas a ver allí a los peces gordos de la sociedad. Con eso te digo todo.

—Pues ahora sí que te confirmo que me has puesto realmente nervioso, Sara. —Resoplé y nos echamos a reír entre sonoras carcajadas.

Conforme íbamos avanzando y saliendo de la ciudad, me di aún más cuenta de lo bella que era Catania, por el momento, no había tenido la posibilidad de salir de esta y me parecía cada vez más encantadora. Íbamos bordeando la costa y se podía observar a pocos metros de nosotros el mar mediterráneo, unas playas maravillosas y que, a pesar de la entrada de la noche, se podía distinguir una arena muy blanca y un agua azul turquesa espectacular. No solo por esto era una imagen idílica, para mí, lo realmente asombroso, era poder contemplar junto al mar y al fondo, aquel volcán que parecía querer decir algo con esa torre de humo sobre él y que en el extremo más alto de la montaña, un color anaranjado rosáceo con amarillo cadmio y bermellón, lucía en la noche bajo las estrellas, era realmente extraordinario.

Más adelante vi un cartel donde pude leer Taormina, era el lugar a donde me dijo Sara que nos dirigíamos. Si Catania me había parecido bella, lo de este pueblo suyo era algo fuera de lugar. Situado en lo alto de la ladera de una montaña junto al mar, lucían cientos de casas que parecían pequeñas hadas reunidas a lo lejos.

—Es bonita, ¿verdad? —Me dijo Sara mirando hacia Taormina.

—Sí que lo es. —Le dije mientras aún estaba admirado con esa fantástica imagen—. ¿Y aquello otro que sobresale en lo alto de la montaña, es un teatro?

—Exacto, tienes buen ojo, es el teatro Antico de Taormina, construido en el periodo helénico griego, es famosísimo en todo el mundo. Si tienes oportunidad, has de ver alguna obra teatral o musical que se llevan a cabo ahí y si puede ser, que sea de noche, desde las cáveas, puedes distinguir al fondo de la escena el Etna, es una auténtica maravilla.

Madre mía cuántas cosas fascinantes iba a descubrir en esta isla.

Continuamos circulando por la carretera adentrándonos en el pueblo, después lo rodeamos y me pareció que estábamos en la zona privilegiada de Taormina, pues solo observaba grandes palacetes lujosos y Villas enormes a cada lado del camino.

Al fondo de todas estas viviendas, cuando íbamos llegando al final de la carretera pues ya no continuaba más, muy iluminada, observé una gran fachada construida toda ella en mármol blanco, con grandes columnas y capiteles de estilo jónico que flanqueaban una gran puerta con barrotes forjados y dorados; éstos, dejaban ver el interior que daba entrada a una Villa llena de jardines bien cuidados, fuentes entronadas por esculturas que eran copias de las originales griegas; pude distinguir el Discóbolo de Mirón, la famosa curva Praxiteliana que tanto había estudiado en mi carrera, presentada en la Venus de Cnido de Praxíteles, Perseo con la cabeza de Medusa, además de otras piezas importantes de la historia del arte.

Me asombró también la cantidad de automóviles lujosos que estaban aparcados en un lateral y los numerosos vigilantes que estaban custodiando la zona, todos ellos vestidos de negro y con un pinganillo en uno de sus oídos.

Llegamos a la puerta y nos detuvimos, al instante vino un muchacho bien vestido de pantalón negro, camisa blanca y chaleco rojo, que abrió la puerta donde se encontraba Sara.

—Buenas noches señorita, ¿me deja la llave para aparcar su automóvil? —Sara, sorprendida también, se bajó del coche y le dio la llave.

—Aquí tiene muchas gracias.

—A ustedes, que pasen una gran velada. Gracias señorita.

Vimos cómo se alejaba el muchacho con el coche, nos giramos y nos dispusimos simplemente a entrar. Me quedé atónito al ver que Sara me cogía del brazo y como si fuésemos pareja, nos dirigíamos a la entrada juntos, en ese momento no le di mayor importancia.

Conforme íbamos adentrándonos en la Villa, íbamos atravesando esos bonitos jardines, cada vez escuchábamos más y más una música suave y lenta, el murmullo de los invitados que allí se encontraban, iba subiendo de volumen poco a poco. A unos sesenta metros de nosotros, vimos cómo numerosas personas, todas ellas bien vestidas y muy elegantes, conversaban en grupos de cuatro, seis y hasta corrillos de diez personas; sonreían y dialogaban entre ellos mientras bebían champagne francés en copas altas y muy finas.

De repente, vimos a Antonello a lo lejos hablando con otras dos personas, Valentina, la cual era mi jefa en el museo y a un señor elegantemente vestido, de unos cincuenta años, de pelo canoso, algo metido en sobrepeso, fumaba con poderío un puro con gesto serio, supuse que se trataba de Muscolino, el comisario de la exposición. Nos dirigimos hacia ellos y una vez llegados donde se encontraban, nos saludó Antonello.

—Buenas noches chicos, ¿qué tal estáis?

—Muy bien. —Dijo Sara estrechándole la mano a Antonello.

—Yo muy bien también, aunque algo nervioso y asombrado con tanta pomposidad en esta fiesta, no sabía ni qué ponerme. —Le respondí mientras se adelantaba Antonello a darme dos besos en las mejillas. Aquí en Italia es todo lo contrario que en España, donde los besos se dan a las mujeres y el estrechar la mano les concierne a los hombres cuando se saludan. Esto fue algo que me sorprendió desde el inicio, pues era una costumbre muy diferente para mí.

—De modo que tú eres Moisés, el prodigio del que tanto me han hablado que se fascina cuando se trata de arte. Sara y Valentina solo han tenido elogios para ti. Es un verdadero honor conocerte en persona. Yo soy Muscolino, tanto gusto. —Me dijo el comisario, esta vez sólo nos dimos la mano, supongo que eso de los besos se hacía cuando era algo más cercano, entre colegas.

—El placer es mío, comisario. Seguro que han exagerado muchísimo. —Le di la mano sonriendo.

—Me gustaría comprobarlo en la galería. Espero que tengamos una gran amistad y podamos trabajar juntos en otras ocasiones importantes como esta.

—Sería un honor para mí comisario, muchas gracias por haber hecho posible esta magnífica exposición. De verdad le digo, tiene una calidad difícil de superar.

—Muchas gracias Moisés, pero el artífice de haberlo podido hacer no he sido yo, después cuando tengamos ocasión tendré la oportunidad de presentaros al verdadero artífice de ello, pues así lo quiere él. Hay que estarle muy agradecido pues el desembolso que ha tenido que hacer es exagerado, de modo que hagamos una buena labor y proporcionémosle una buena sensación de confianza.

—Así lo haremos comisario, gracias por confiar en nosotros. —Dijo Sara mirándole y sonriendo.

De repente, saliendo de una puerta gigantesca que daba acceso al salón principal del palacete, un hombre que supuse que era el mayordomo por su vestimenta, nos invitaba a todos los reunidos a pasar al comedor, ya que pronto daría comienzo la cena que estaba lista para esta ocasión tan especial.

—Me gustaría dar un pequeño paseo antes por el jardín, me he quedado maravillado con tanta escultura, enseguida voy no tardaré nada. —Les dije a todos.

Tenía interés por ver cada escultura que intuía a través de las rejas, justo cuando íbamos llegando con el coche.

—Está bien, pero no te demores mucho Moisés, no creo que tarden en sacar la cena, mientras te esperamos en el salón principal.

—Perfecto, gracias Sara. —Le respondí a Sara y sin más, me dirigí a lo que parecía un bosque en miniatura.

Me adentré a través del jardín, todo él estaba bien podado y colocado con decoro, había un gusto exquisito en cada rincón. Cada flor que estaba colocada estaba bien pensada. Caminos de piedrecitas redondeadas blancas marcaban un recorrido que llegaba a cada escultura, donde además debajo de ellas, había un cartel informativo de la misma y de su creador, en realidad era como dar un paseo por un museo.

Pensé para mí que era todo un lujo tener algo así en casa, un lugar como este donde poder pasear cada mañana mientras uno toma un buen café. Me imaginaba poder pintar horas y horas en él, era una auténtica maravilla.

De repente, vi al fondo algo que resaltaba del resto; una sencilla fuente de un solo pilar, estaba colocada sobre el césped en mitad del jardín, iluminada tan solo con una luz tenue que le llegaba desde dos farolas más alejadas. Decidí entonces o fue por intuición que, me adelanté hacia ella para beber agua. Tenía pegado bajo su pilar un interruptor como otras tantas, que, al pisarlo, la activaba y dejaba salir un chorro en su parte superior.

Bebí con cuidado de no salpicarme ni mojarme el traje y sin darme cuenta de pronto, como un trueno, pero sin sonido, con su inmediatez y sorpresa mientras yo bebía, algo suave y cálido contrastando con la frescura del agua, tocó mis labios. Abrí los ojos de par en par y la ví, apenas a cuatro centímetros de mí, estaba Beatrice besándome tiernamente con un beso diferente al resto de los besos, un beso fresco y cálido a la vez, estaba convencido de que ella era diferente a todas las demás. Nos besamos mientras el agua fría sin conseguirlo, parecía querer bajar de temperatura nuestros labios, después de unos pocos segundos Beatrice se puso en pie, dejándome prendado de la necesidad de sus labios para el resto de mi vida.

—¿Pero ¡¿qué...?! —Dije sorprendido.

—Tenía sed, lo siento. —Me dijo como si no hubiese pasado nada raro.

Me quedé completamente en silencio mirándola mientras ella me sonreía.

—¡Moisés, vamos! —Me gritó Antonello que se aproximaba hacia nosotros.

Al escucharle, Beatrice tranquila se adelantó, mientras yo me quedaba quieto sin poder articular palabra alguna, esperándolo.

—¡Dios mío Moisés!, ¿te has vuelto loco?, espero que nadie más os haya visto. —Me dijo con un tono muy bajito temiendo a que alguien le escuchara.

—¡Pero si yo no sé ni lo que ha pasado!, sólo estaba bebiendo agua y de repente... pues eso Antonello, que no tengo ni idea de qué ha ocurrido.

—Será mejor que regresemos, nos están esperando, anda. Escúchame, te diré algo como amigo: olvídate de ese asunto, joder Moisés. Es la novia de Andrea, ¿tú sabes lo que implica eso?, es tu jefe, te echaría sin pensar, con un solo chasquido de sus dedos. —Me aconsejó.

—“Madre mía, si Antonello supiese toda la información que yo tenía, le daría un infarto seguro”. —Pensé para mí.

—Está bien vamos al salón, pero créeme Antonello, que ni me lo he esperado, más sorprendido estoy yo que tú.

—Vámonos, y olvídate de lo que acaba de pasar. —Me dijo mientras me agarraba del brazo y comenzaba a andar en dirección a la entrada.

Cuando llegamos al gran salón nos encontramos al resto que seguían esperando y conversando entre ellos.

—¿Te gustó Moisés? —Me preguntó Sara interesándose por mi paseo.

—Le ha encantado, ¿no ves la cara de felicidad que tiene? —Le respondió Antonello de una forma irónica que solo yo entendí, a la vez que me daba con el codo.

—Damas y caballeros, pueden pasar al comedor e ir buscando sus asientos en las diferentes mesas, les serviremos la cena en cuanto estén acomodados, muchas gracias. —De nuevo el mayordomo o el que, creo yo, sería el mayordomo de la Villa, nos invitaba muy educadamente a pasar al comedor para cenar.

Entramos a la estancia donde se celebraba el banquete y me quedé de nuevo estupefacto al ver, una treintena de grandes mesas redondas colocadas con el mayor de los cuidados y decoradas con todo lujo de detalles, manteles completamente blancos, cada uno de ellos planchados con un cuidado especial, velas, flores, una cristalería finísima y mil detalles más.

Nos sentamos en la mesa donde un pequeño papel rectangular que tenía el borde dibujado como si de hojas de acanto se tratase y que parecía estar bañada en oro, nos indicaba los nombres a los que correspondía sentarse allí. Mi sorpresa fue al leer en la lista “*Familia Gotti*” entre los nuestros. ¿Correspondería a la familia del novio de Beatrice? ¿Estaría ella aquí? Me pregunté en silencio, a la vez que mi nivel de nerviosismo subía un nivel más del que ya tenía por culpa de la escena de la fuente... menuda noche estaba viviendo, si esto sigue así, seguro que me va a dar un patatús.

—Quiero que sepan, antes de sentarnos a la mesa que hoy tenemos el privilegio de cenar con los promotores de la exposición, se trata de la familia Gotti, así lo ha querido el señor Giorgio, quien nos quiere presentar a su mujer amante del arte Giusi y a su hijo Andrea, el cual es tan ambicioso o más que su padre. Es una familia trabajadora que posee numerosos negocios por todo el país, imagino que ya habréis oído hablar de ella. —Dijo el comisario mientras nos miraba, estando ya todos sentados.

—¿Andrea?! —Dije en voz alta sin darme cuenta y con cara de asombro.

—Sí, ¿ya lo conoces Moisés? —Me preguntó el comisario con cierta curiosidad.

—No, no, es sólo que me ha llamado la atención su nombre. En España suena más a nombre... digamos... de mujer, perdonadme por decir en voz alta tal cosa, pero de verdad que me ha sorprendido. —Intenté disimular y salir del apuro con esa absurda idea, pero fue lo primero que se me ocurrió. Lo que tanto me estaba temiendo, cada vez era más posible, creo que cenaríamos con aquel tipo que tan maltrató a Beatrice aquella noche en la heladería.

Observé que enfrente nuestra, no solo estaban colocadas tres sillas, sino que había una cuarta, ¿sería para Beatrice?, esa posibilidad me encantaba, pero también me provocaba una sensación de nerviosismo y pavor, el hecho de pensar en ella ahí enfrente, al lado de su novio, después de lo de la fuente y más aun sabiendo a qué organización pertenecía Andrea, vamos... una cena “perfecta”.

—¿Es eso?, verás Moisés aquí te van a sorprender muchas cosas que son diferentes a España, lo irás descubriendo conforme pases tu estancia en Catania te lo aseguro. —Me dijo mientras reía muy animoso.

Mientras conversábamos entre nosotros, vimos ponerse en pie al comisario Muscolino que miraba hacia el fondo, nos giramos todos, ¡y vaya si estaba en lo cierto! La familia Gotti al completo venía con paso firme y sereno, muy rectos, con las cabezas bien altas, se les notaba el

alto ego que se tenían sonriendo a todos los que les rodeaban, todos en pie y aplaudiendo. Sara, Antonello y yo, también hicimos lo mismo, imitando a los demás.

Yo no dejaba de mirar a Beatrice a los ojos, era la única entre ellos que parecía humilde. Iba vestida con una blusa larga a modo de vestido de color azul cobalto con una pizca de ultramar, su pelo castaño recogido en esa original coleta que acostumbraba a llevar, iba preciosa, su flequillo de nuevo caía a dos aguas sobre su rostro, y portaba unas elegantes sandalias que, como aquella vez en la heladería, imitaban el estilo griego, como si de una sacerdotisa se tratase. Apenas iba maquillada, solo unas suaves rayas oscuras en los ojos y sus labios rosados y carnosos, brillaban como si solo se hubiese echado un poco de cacao o vaselina.

De repente, veo que Beatrice mira hacia nosotros manteniendo la mirada en mis ojos y moviendo la cabeza de tal modo que, interpreté que estaba saludándome en secreto o quizás solo estaba jugando conmigo. La señora Giusi miraba a todo el personal, me di cuenta que en un momento dado la actitud de su rostro cambió, como si de repente estuviese mosqueada. Se quedó fija observando a una mujer que aplaudía a lo lejos, de unos cuarenta años, morena, alta, tez fina, muy bien maquillada y con un vestido que a la par de elegante, dejaba insinuar la forma y curvas de su cuerpo bien formado, era muy femenina y con clase.

Una vez llegaron a nuestra mesa se giró el señor Giorgio, haciendo un gesto con los brazos para que se sentasen el resto de invitados y disfrutasen de la cena.

—Muy buenas noches señor comisario, espero que sea todo de su agrado y también para todos sus acompañantes. —Dijo el señor Giorgio dirigiéndose a todos nosotros con una educación excepcional.

—Muchas gracias señor Giorgio, está siendo todo perfecto, tiene usted una vivienda impresionante. Enhorabuena por su gran carrera.

—No hay de qué. Le recuerdo comisario que, al terminar el evento, tendremos una conversación pendiente en mi despacho; no se vaya sin que hayamos hablado antes.

—Puede usted estar tranquilo, señor. Ya lo tenía en mente, no lo había olvidado. —Dijo el comisario esta vez con actitud de cachorro sumiso, algo que me perturbó un poco, ¿de qué tendrían que hablar que no pudiesen hacerlo en la cena?, ¿y por qué ese cambio tan repentino de la actitud del comisario?

—Veo que ha traído a su equipo como le dije, es un honor conocerlos. —A lo que todos al escucharlo, asentimos con la cabeza.

—Si señor Giorgio, este es Antonello, guía de la exposición, es un chico como podrá comprobar después alegre, divertido y responsable. Esta es Sara, una chica inteligente y que, a pesar de su pequeño tamaño, no sé cómo le pueden caber tantos conocimientos sobre arqueología, historia y arte. —Le sonrió a Sara.

—Ella es Valentina, la coordinadora y jefa de este equipo, capaz con creces de llevarlo a cabo. Él es Moisés, por su currículum, especializado en la obra de Cervantes “Don Quijote de la Mancha”, de la cual estoy enamorado y por su gran insistencia en participar en este proyecto, pude comprender lo implicado que podría estar en este asunto, de modo que me decidí a aceptarlo, además de que es un buen pintor colorista, con un gran futuro en este campo y un apasionado férreo del arte.

Mientras el comisario nos presentaba y en especial cuando hablaba sobre mí, Beatrice no paraba de mirarme y hacer una pequeña mueca en sus mofletes sonriendo.

—Es un gusto el poder conocerlos equipo, tendremos más ocasiones de hablar entre nosotros seguro, ahora sentémonos y disfrutemos de la cena, espero que sea todo de vuestro agrado. Antes de esto quiero presentaros a mi mujer Giusi y a mi hijo Andrea, quien es “mi ojito derecho”, éste

es tan tenaz y cabezón como yo, junto a él está su preciosa prometida Beatrice, que regenta una coqueta heladería en Vía Etnea. Y ahora sí, disfrutemos de la velada, sentémonos por favor.

Se sentaron al otro lado de la mesa, Beatrice que estaba al lado de Andrea, se sentó enfrente de mí, la tenía bien a la vista, pero no sé si por timidez o por evitar problemas, hizo como que no me conocía de nada. El señor Giorgio presidía, como buen anfitrión, a su lado y también al mío, la señora Giusi que seguía con la mirada a lo lejos con la esperanza de encontrar imagino, a aquella mujer que tanto le llamó la atención mientras entraban. A mi derecha se sentó Sara y más al fondo, Antonello, Valentina y el comisario.

Al momento, el señor Giorgio le hizo al mayordomo que nos invitó a entrar antes, un gesto con la cabeza para indicarle que ya podían servir la cena a todos los invitados. Al instante, como si de una cuadrilla de rigurosos soldados se tratase, empezaron a salir en fila numerosos camareros y camareras portando y sirviendo decenas de platos llenos de comida, era asombroso el orden que llevaban y la cantidad de bandejas y platos que iban dejando sobre las mesas.

Todos los invitados presentaban una educación exquisita, usaban los tenedores y cuchillos como si fuesen maestros de la alta gastronomía y se hubiesen educado en ricos palacios, sabían el protocolo a seguir a la perfección. Yo, en cambio, que vengo de familia humilde, pero no por ello menos educada, los usaba de una manera más normal y natural, imagino que como cualquier otra familia. Beatrice se dio cuenta de ello, me miró y se tapó la boca para disimular su sonrisa, ¡Dios! pero qué bonita estaba, no podía dejar de mirarla de reojo.

—¿Te encuentras bien Moisés? —Me dijo Sara que estaba sentada a mi lado preocupada al verme ensimismado y perdido.

—Sí, lo que pasa que no sé por qué tantísimos tenedores, cucharas y cuchillos, no sé cual es para cada cosa.

—¡Ah, es eso! tranquilo, tú mírame a mí y haz lo mismo.

—Gracias Sara. —Le dije sonriendo mientras Beatrice nos observaba.

De repente siento que alguien me estaba penetrando con su mirada, giré la cabeza y como en aquella ocasión, esos ojos violentos de Andrea, me miraban como diciendo “*Sé quién eres, te recuerdo de aquella noche en la heladería. No digas ni pizca de lo que ocurrió*”. Yo agaché la cabeza intentando disimular que no lo conocía, no por miedo, sino para evitar la posibilidad de que se montase una escena.

Mientras cenábamos Sara y yo no paramos de conversar, reírnos por mi problema peculiar de los cubiertos, Beatrice no paraba de observarnos y de estar atenta de nosotros dos.

—Decidme, ¿erais amigos antes de la exposición, u os conocéis solo del trabajo?, veo que os lleváis muy bien. —Le preguntó Beatrice a Sara.

—No, nos conocemos desde que él llegó a Catania, coincidimos en su primera noche aquí y cenamos juntos, después salimos a tomar algo, pude reconocerle por la foto de su currículum cuando lo vi cenando en el ágora de la Pescheria, donde yo estaba tomando por casualidad una copa de vino, me presenté a él y me autoinvité a cenar con él, se quedó muy sorprendido, imagínate. Desde entonces nos llevamos muy bien la verdad.

—Ya veo, menuda casualidad, ¿verdad? —Dijo Beatrice muy seria.

—Sí que lo fue, sí. —Le respondió Sara sonriéndole.

Llegó el momento del marisco, ahora sí que estaba en un problema; qué vergüenza; todos en su plato manejaban el cuchillo y tenedor como si fuesen unos maestros de la espada, verdaderos samuráis. Ni siquiera tocaban los carabineros ni los gambones con los dedos, y podían comérselos así, como si nada, tan fácil.

Pude escuchar a la señora Giusi reprochar con un tono muy bajito algo al señor Gotti, parecía

estar muy enfadada con él, apenas podía entender lo que le decía, pero, a pesar de su tono, sólo entendí una pequeña frase que en ese momento no tenía sentido para mí “¿cómo has sido capaz de traerte tu goomah aquí?”, no le dí mayor importancia, pues no tenía ni idea de lo que significaba goomah.

Andrea me miraba, imagino que disfrutaba viendo mi inutilidad con los cubiertos al abrir el marisco para poder llevármelo a la boca. Después de diez minutos desistí y actué de forma natural, cogí un gambón con los dedos y me lo llevé a la boca, todos, ahora sí, incluido el comisario, la familia Gotti y mis compañeros, me observaban con detenimiento, era realmente incómodo y embarazoso, tanto, que dejé el marisco en el plato y no insistí más a pesar de que me chiflaban.

De repente, ví un gesto precioso por parte de Beatrice, ella al igual que yo, hizo algo que provocó que me sintiese mucho mejor y cómodo, cogió un gambón con sus finos dedos, lo peló y de un solo bocado, se lo metió en la boca, después se chupó las yemas de sus dedos una por una. La miré mientras sonreíamos y yo imitándola continué haciendo lo mismo.

—Gracias. —Le dije en voz muy baja pero lo suficiente para que solo lo oyera ella. Los demás se echaron a reír y el comisario dijo en voz alta.

—No te preocupes Moisés, tú se natural, estamos entre compañeros. —Me dijo mientras soltó grandes carcajadas.

—Gracias comisario. —Le dije ya más tranquilo.

—¿De dónde dijiste que procedías? —Me preguntó Andrea de forma un tanto irónica, mirando a Beatrice con cara de prepotente.

—Nací en Castilla la Mancha. Es una comunidad humilde, pero con gente muy trabajadora, dedicada casi toda ella a aperos de labranza, agricultura y ganadería, aunque ahora el turismo está creciendo mucho.

—Entiendo. —Dijo Andrea sonriendo como intentando decir, que es normal que no supiera comer marisco con cuchillo y tenedor.

—Me gustan las tierras que mantienen su esencia. —Dijo Beatrice intentando quitar hierro al asunto y animándome a no hacerle caso a Andrea.

—Gracias. —Le dije de nuevo en voz baja mirándola y guiñándole un ojo, a lo que ella aflojó la mirada, agachó la cara y se puso un tanto sonrojada.

Mientras continuábamos cenando y a punto ya de acabar, Sara no paraba de hacerme bromas y preguntándome cosas, a las cuales yo le respondía y le gastaba alguna guasa también. Beatrice en todo momento no nos quitaba ojo, pero no me dirigió más la palabra durante la cena.

Llegó la hora en que sacaron el postre, bandejas tras bandejas llenas todas ellas de chupitos de limonchelo y de una especie de tubos rellenos de una especie de crema dulce, algunas blancas que después me dijeron estaban hechas de ricota dulce otras verdes que estaban hechas de pistacho, allí eran famosísimos, según escuché, se llamaban Cannoli; nunca los había probado, pero cuando lo hice me encantaron, estaban deliciosos.

—Bien. —Se levantó el señor Giorgio y dirigiéndose a todos nosotros nos dijo.

—Espero que les haya gustado y sido de su agrado la cena, ahora es el momento del baile y la barra libre, pueden beber y disfrutar todo lo que deseen. Muscolino, le espero en mi despacho en diez minutos, hay algo importante que debemos tratar.

—Tomaré algo para beber, e iré enseguida con usted señor. —Le dijo el comisario con gesto un poco preocupado, le temblaban un poco las manos, algo de lo que me percaté y no me dejé indiferente; esa actitud me extrañó un poco.

Nos levantamos todos de nuestros asientos y Sara me cogió del brazo mientras Beatrice la

miraba.

—¡Vamos Moisés!, ahora es cuando empieza lo divertido e interesante de verdad. —Miré a Beatrice, ella me miró y Sara tiró de mí en dirección a la barra del bar.

Antonello continuó sentado en la mesa terminando su café mientras observaba el resto de la sala. Por otro lado Andrea cogió del hombro a Beatrice, quería que le acompañase a pedir algo para beber.

Una vez en la barra yo pedí una cerveza, Sara una copa de ron con Cola y mientras pedíamos, ví que justo en lo alto de la escalera imperial que presidía el salón de baile, se encontraba una puerta enorme de madera con grandes pomos dorados por la que vi entrar al comisario y al señor Giorgio, cerrando tras de sí el portalón y custodiando la puerta, se quedó la señora Giusi Gotti.

Justo llegaron a nuestro lado Beatrice y Andrea, ella pidió una cerveza también y Andrea ordenó un Martini.

—Vaya, veo que usted es más de cerveza, como yo. —Le dije sonriendo a Beatrice.

—Así es Moisés, pero no es necesario que me trate de usted, creo que ya nos conocemos algo para tratarnos de usted. —Me dijo levantando un poco la cerveza.

—¡Bailemos Moisés! —Me dijo Sara sacándome a la pista del brazo, mientras yo iba viendo alejarse los ojos de Beatrice, que me miraban.

—¿Quieres bailar tú también? —Le dijo Andrea a Beatrice.

—¿Desde cuándo bailas tú?

—Desde ahora, ¡vamos! —Le dijo Andrea un poco enfadado.

Sobre la pista, al menos una veintena de parejas de baile se movían al son de la música yo, cada vez que tenía ocasión, miraba por encima del hombro de Sara para ver si podía alcanzar a ver a Beatrice. En más de una ocasión nuestras miradas coincidieron. Así continuamos un buen rato bailando, pidiendo más de beber y de nuevo a bailar, bastante más tarde de repente, sonó la música que cerraría el baile por esa noche, una balada lenta que habría que bailar más pegados y con movimientos suaves.

Con esta canción las parejas bailaban casi abrazados, cada cierto tiempo la pareja se rompía y se emparejaba de nuevo con otra persona cercana continuando el baile. Yo, aferrándome por que me tocara bailar con Beatrice, hacía todo lo posible con mis movimientos para acercarme a donde estaban ellos, hasta que, finalmente y estando cerca de la preciosa heladera, era el turno de cambiar de pareja. Sara comenzó a bailar con Andrea, yo me quedé enfrente de Beatrice y ella enfrente de mí, nos quedamos quietos por un minuto mirándonos, nos acercamos poco a poco, cogí su cintura, ella mis hombros y muy suavemente comenzamos a bailar al compás de la música.

—Estaba deseando bailar contigo, ¿sabes? —Le dije mientras ella alzaba la mirada sonriendo.

—¿Y eso? —Me preguntó con cara de pícaro sabionda.

—Porque eres la mujer más bonita de toda la Villa. —No sé si fué la bebida la que me desinhibió de la vergüenza, la que me dio el coraje para decirle tal cosa.

—Tú estás muy guapo y elegante Moisés. —Me dijo en voz baja mientras acercaba su cara y boca a mi oído. El olor de su perfume sería algo que jamás olvidaría en toda mi vida.

—¿Puedo preguntarte algo Beatrice?

—Sí claro, ¿de qué se trata?

—¿Qué es una goomah?

—¡Vaya! No me esperaba esa pregunta. ¿Por qué me preguntas eso en este momento y aquí? —Me preguntó Beatrice un poco incómoda.

—Escuché a la señora Giusi hablar con su marido algo sobre eso, le recriminó que por qué

había traído a su goomah a la fiesta.

—Moisés ya te comenté lo que pasa en esta familia, quienes son ¿verdad? —Me dijo al oído muy bajito.

—Sí, no se me quita de la cabeza, ¿y?

—Te lo diré, en realidad una goomah es una amante continua de... bueno ya sabes quién. Será mejor que cambiemos de tema, es peligroso hablar de este asunto aquí y ahora.

De repente llegó el momento de cambiar de pareja, cosa que yo no quería que ocurriese jamás y justo, cuando ella iba a volver con Andrea y yo con Sara, en direcciones opuestas, no pude soltar su mano quedándonos quietos mirando cada uno para un lado, espalda con espalda y con nuestras manos unidas. Finalmente, al ver Beatrice que llegaba Andrea, me soltó la mano y empezó a bailar con él y yo de nuevo con Sara.

—¿Quieres que te pida otra cerveza? yo tomaré otro Martini.

—Está bien, pídemela otra, gracias. —Andrea se alejó, mientras Beatrice se quedó mirándonos a Sara y a mí, desde unos diez metros.

Sara, en estado notable de embriaguez o al menos eso creía yo, me miró a los ojos y se acercó demasiado a mí; poco a poco, cuando casi parecía que iba a besarme, de repente, noto que alguien coge mi mano y tira con fuerza, haciendo que dejase a Sara sola, aunque creo que por su estado de borrachera ni lo notó. Empezamos a correr hacia el fondo de la sala en donde se abría un pasillo enorme yo estaba atolondrado y no sabía que estaba pasando, imagino que el alcohol también hizo mella en mí.

Cuando llegamos a aquel inmenso corredor solitario me di cuenta al ver por detrás esa coleta recogida tan peculiarmente, que se trataba de Beatrice, ¿qué estaba ocurriendo?, no tenía ni idea de lo que estaba pasando.

Pasamos por una puerta lisa de color blanco y pomo dorado, una vez dentro, me di cuenta de que se trataba de un cuarto de baño. Beatrice se puso enfrente de mí, me cogió fuerte del chaleco con sus manos en mi pecho y me empujó de manera brusca contra la pared, parecía tener la fuerza de una leona, se quedó quieta, miró hacia arriba buscando mi mirada y yo, que observaba sus redondos ojos tiernos y mágicos, me quedé simplemente hipnotizado. De repente Beatrice se lanzó hacia mí y juntando sus labios con los míos me besó apasionadamente, en ese momento me prometí a mí mismo, luchar por conseguirla.

6

Aviso

Beatrice siguió besándome mientras yo le cogía la cara de una forma leve y suave, al poco nos separamos y se echó en mi pecho durante unos minutos en silencio, dándome el más tierno abrazo que jamás me había dado nadie. De repente oímos que alguien llamaba a la puerta, nos separamos rápidamente nerviosos y decidimos que ella saldría primero. Mientras yo me lavaría las manos para disimular y saldría un poco más tarde.

Beatrice abrió la puerta y ahí estaba de nuevo, el amigo de Andrea con la cicatriz a lo largo de su cara y se le quedó mirando; Beatrice lo miró también muy asustada intentando contenerse y que no notase nada, se fue preocupada al salón de baile, el cual se encontraba ya casi vacío, debido a que la gente ya se estaba marchando para sus casas.

El amigo marcado de Andrea, pasó al baño y me encontró en el lavabo enjuagándome las manos.

—Espero que te lo hayas pasado bien en la fiesta. —Me dijo aquel tipo de una forma un tanto irónica mientras abría el grifo del lavabo de al lado.

—Sí, ha sido una cena y baile estupendo, muchas gracias por todo. Por cierto, me llamo Moisés, no hemos tenido la oportunidad de presentarnos antes.

—Ya sé quién eres. —Me respondió de una forma seca, directa y dura.

—Yo me llamo Carlo, seguro que nos volveremos a ver en otras ocasiones.

Cogí papel que había colgado en la pared y me dispuse a secar mis manos.

—Un placer Carlo, seguro que sí y ahora si me disculpas, me esperan en el salón.

Me dirigí a la puerta mientras sentía como Carlo no quitaba su mirada de mi nuca.

Llegando al salón, vi a todos mis compañeros reunidos y esperándome, con ellos la familia Gotti, el comisario y la fabulosa Beatrice que ya había llegado y de nuevo no dejaba de mirarme a los ojos. Mientras iba hacia ellos, cogí de nuevo una hoja de mi libreta y el lápiz que siempre llevaba guardado, incluso ahora con el traje, con el que escribí un mensaje que quería entregarle a Beatrice antes de marchar, tendría que encontrar la manera de hacerlo o no tendría oportunidad.

—¿Dónde te habías metido Moisés? —Me dijo Sara disgustada un poco conmigo.

—Lo siento mucho, tuve que ir un momento al baño, disculpa por haberte dejado en mitad del baile, lo siento de veras.

—Tranquilo, no pasa nada, habrá más ocasiones. ¿Y bien?, ¿te llevo a casa?

—Sí claro, muchas gracias, ¿pero estás bien para conducir?

—Sí, no te preocupes, puedo conducir a la perfección y además no creo que nos paren, tranquilo.

Nos despedimos del resto de compañeros y de la familia Gotti. Cuando llegó el momento de despedirme de Beatrice, le di la mano como era costumbre allí y le entregué de ese modo y con mucho cuidado, el pequeño recorte de hoja con el mensaje que había escrito minutos antes, ella al darse cuenta, cerró el puño y bajó el brazo a lo largo de su cuerpo.

Nos alejamos poco a poco de ellos. Beatrice viendo cómo me alejaba, abrió con mucha precaución el papel para que no la viese nadie y leyó lo que en él había escrito “*Quiero estar contigo, pase, lo que pase*”, después se lo guardó en el bolsillo para ocultarlo. Beatrice miró a

Andrea, me volvió a mirar a mí y con tristeza, sin querer, pude ver cómo dejó caer una lágrima en silencio.

—¿Te ocurre algo? —Le pregunto Giusi que sí se dio cuenta de ello.

—No, nada señora estoy bien, no se preocupe—. Le dijo mientras secaba la lágrima de su mejilla.

—Me subo para la habitación, estoy algo cansada, perdonadme. —Se dio la vuelta y subió las escaleras hacia sus aposentos, mientras Giusi con cara seria y pensativa, la veía alejarse.

Una vez que no quedaba nadie en la Villa y estando ya cada uno en sus respectivas habitaciones, en el jardín quedaron Andrea fumándose un pitillo y su mano derecha, Carlo.

—Andrea, quería comentarte algo desde hace tiempo, exactamente desde aquel día en la heladería. Creo que es importante que lo sepas. —Andrea con cara de sorprendido y posteriormente de mucho enfado, escuchaba cada detalle de lo que vio Carlo aquel día, el paseo que dimos Beatrice y yo, lo que pasó hoy en el baile, el hecho de vernos en el baño juntos, y la nota entregada que intuía haber entregado con disimulo, al despedirme de ella en el salón.

—¡Eres un incompetente! ¡Tendrías que habérmelo dicho mucho antes estúpido! —Le dijo Andrea a Carlo muy enfadado y como en aquella ocasión, con los puños cerrados apretándolos con fuerza.

...

Andrea a pasos agigantados y firmes, entró a través de la enorme puerta que daba acceso al palacete, cruzó el gran salón de entrada donde se llevó a cabo media hora antes el baile, subió las escaleras y cuando llegó al fondo del pasillo donde se encontraba la habitación de Beatrice, abrió y entró sin pedir permiso. Poco a poco, a modo de serpiente acercándose a su presa, iba Andrea acercándose hacia Beatrice observándola en silencio muy despacio hasta que, una vez enfrente de ella, le abrazó, dejándola muy confusa y extrañada; dos segundos después, Andrea, con disimulo y cuidado, bajó su mano hasta alcanzar el bolsillo derecho de la quieta Beatrice, descubriendo la nota escrita que le dejó Moisés.

Beatrice muy asustada y nerviosa, se separó de él dando un paso atrás.

—¡Vaya!, veamos que pone aquí “*Quiero estar contigo, pase, lo que pase*”, muy rápido dice pase, lo que pase, creo yo, ¿no parece? —Le dijo a Beatrice mientras sorprendida y con miedo, daba pasos lentos hacia atrás.

—¿De qué estás hablando Andrea?

—Carlo me ha contado lo de Moisés, vuestro romántico paseo aquel día de la heladería y lo que ha pasado hoy, os ha pillado saliendo del baño juntos, ¿qué tienes que decirme respecto a eso? —Andrea que cada vez se acercaba más y más a Beatrice, seguía con un enfado tremendo y un ataque de celos que parecía estar fuera de sí.

—No pasó nada, me confundí de baño y pasé, quizás fué debido al alcohol, créeme Andrea, ¡sólo fué eso!

Andrea que ya estaba justo delante de ella, abrió la mano, llevó el brazo hacia atrás y con un gran impulso abofeteó una sola vez a Beatrice en la cara, dejándole una buena marca y tirada en la cama llorando.

—Perdóname no quería hacerlo, sabes que yo te quiero mucho, ¿verdad?, en cuanto a Moisés, no volverás a verlo ya me encargaré yo de que reciba un bonito mensaje para dejarle las cosas claras, con mis pertenencias no se juega. —Se dio la vuelta y sin mirar atrás, salió de la habitación dando un sonoro portazo.

Beatrice continuó llorando tumbada en la cama, cogió su teléfono móvil y se dispuso a escribir a Moisés tan rápido como pudo.

...

Escuché el sonido peculiar de mi teléfono que me avisaba de una nueva notificación. Sara y yo estábamos llegando a Vía Garibaldi que era la calle más cercana a donde yo vivía, desbloqué el celular y vi que se trataba de un mensaje de Beatrice, "*Corres peligro, estate atento a todo a tu alrededor, Andrea sospecha... yo también quiero... "pase, lo que pase Moisés", pero es imposible. Tengo miedo de que puedan hacerte daño, regresa a España por favor, no te preocupes por mí, estoy sola en mi habitación, estate tranquilo yo estoy y estaré bien.*".

A pesar del mensaje de Beatrice, me quedé preocupado al leer esto, no por lo que me podría pasar a mí, sino por como estaría Beatrice ahora o si ese tipo le habría hecho daño.

—¿Te ocurre algo Moisés? —Me preguntó Sara al ver que me había quedado completamente en silencio mirando a través de la ventanilla del coche pensativo.

—No te preocupes, no es nada, gira ahora a tu izquierda, vivo al principio de Vía Santísima Trinità. Es ese portal que ves justo ahí.

Sara aparcó justo al lado, me quité el cinturón de seguridad y bajé del vehículo.

—Muchas gracias por todo Sara, con compañeras como tú, da gusto. Ya nos vemos mañana, que descanses.

—De nada Moisés, si necesitas algo tienes mi número de teléfono, hasta mañana. —Mientras cerraba la puerta, pude escuchar a Sara decir en voz baja con cara apenada... "sólo compañeros".

Subí a mi habitación, me quité los zapatos, chaleco, pantalón y me dejé caer en la cama. Cogí mi teléfono móvil y le mandé una respuesta contundente a Beatrice, "*No me voy a marchar de aquí, pase, lo que pase, te lo prometo*". Me quedé unos minutos esperando para ver si recibía una nueva respuesta por parte de Beatrice.

El tiempo que pasaba se me hacía eterno esperando una nueva notificación por parte de ella y poco a poco, entre el alcohol que llevaba encima y el cansancio acumulado de todo el día, mirando hacia el techo de mi habitación, mi imaginación empezó a volar, cerré los ojos sonriendo mientras recordaba aquellos labios dulces que me besaban con ternura, esos ojos cálidos y tiernos, ese olor embriagador que me daba paz, su piel fina tan suave y sin darme la menor cuenta, caí en un profundo sueño pensando en ella.

Doble visita sorpresa

Miré el pequeño calendario que tenía colgado en la puerta de la nevera y llegó el día tan esperado de la inauguración, sería mi primera jornada de trabajo en el que la noche anterior Valentina ya me había adjudicado tres visitas guiadas para hoy. Me levanté y me puse el uniforme que ya me habían entregado días atrás, el cual se componía de unos pantalones de pinza negros, zapatos del mismo color, un polo azul y debajo, una camisa blanca.

Solo había pasado un día desde la fiesta y última vez que vi a Beatrice, no dejaba de pensar en ella y en el mensaje que me mandó. Me preguntaba a cada momento que tal estaría.

Como de costumbre bajé a Piazza Duomo a tomar mi primer café con leche del día, que tan bueno lo saben hacer en el Ristorante Caffè del Duomo, con una terraza que se encuentra al principio de Vía Garibaldi y hace esquina entrando ya a esta plaza del famoso elefante.

De nuevo y, como siempre que bajaba allí, las palomas revoloteaban todas alrededor de los vecinos y extranjeros que circulaban por ella. Mientras y como creo que era costumbre, sentados en la fuente del elefante, en sus escalones, un grupo de amigos de avanzada edad conversaban, observando a su alrededor, mientras uno de ellos daba fuego a otro encendiéndole un cigarrillo y gastándole una pequeña broma, pues empezaron a reírse todos a la par.

Degustando poco a poco el café, me prestaba siempre acompañarlo con la lectura de las noticias de actualidad, en este caso se trataba de “Il Giornale”, un periódico a la antigua usanza que informaba sobre toda Sicilia en especial y también de las más importante y destacadas de la bota italiana.

Mi corazón se quedó de piedra cuando leí el titular en la primera página, “*Las familias mafiosas más poderosas del país, siguen extorsionando a través de la violencia extrema*”, no pude evitar acordarme de lo que me dijo Beatrice sobre Andrea y su familia; me preguntaba si de verdad es tan evidente esto de la mafia en este país y si la familia Gotti, actuaría del mismo modo. Se trataba de un artículo donde explicaba los grandes problemas que estaban teniendo los pequeños negocios familiares en la provincia de Palermo, esta ciudad después de Nápoles, tenía entendido que es la segunda más peligrosa de Italia debido a la presencia de organizaciones criminales clandestinas, quedándose Catania en el puesto número tres de la lista.

Después de leer ese artículo y algunos más, terminé mi café, el cual “me supo a gloria”, y pedí la cuenta para pagar.

Decidí ponerme en marcha hacia la galería, el camino más corto para llegar, ya había tenido ocasión de aprenderlo a la perfección.

Cuando tenía ya la entrada a la vista pude ver una fila de visitantes esperando a que se abriesen las puertas para el público. No había caído que era la inauguración, al menos unas sesenta personas en fila de dos, con sus entradas en mano, que imagino, la habrían comprado con antelación a través de internet o serían entradas vips, que son las primeras que se entregan a conocidos muy allegados y gente importante, de hecho, creo recordar que Sara me comentó el día del baile algo sobre este asunto, que hoy encontraríamos mucha gente que asistió a la fiesta e imagino que sería precisamente por esto. La familia Gotti aprovechó para regalar entradas a los que ellos estimasen oportuno, ya estaba empezando a comprender el significado de cómo se

mueven algunas cosas en este país y bueno... en tantos otros.

Acercándome a la puerta cada vez más, iban saludándome y dándome los buenos días las personas que estaban esperando, dejándome pasar entre ellas, de modo que pude llegar a la puerta, la cual abrí con la llave y cerré tras de mí.

Dentro encontré a todos ya preparados, Antonello con una sonrisa que no parecía estar nada preocupado. Sara con su uniforme igual que el nuestro pero con un pañuelo rosa en el cuello, estaba sentada en una silla leyendo lo que creo que sería información de las obras, parecía muy segura de sí misma. Valentina con el mismo uniforme que Sara, pero con un distintivo acuñado al polo identificando quién era la organizadora, estaba detrás del mostrador y sería quien vendería las entradas, organizaría todo el tema de visitas, ventas, teléfono, etc. El comisario Muscolino con las manos cruzadas detrás de su espalda, moviéndose de un lado a otro sin parar, vestido de traje gris, corbata naranja y camisa blanca, parecía ser el que estaba más nervioso de todos nosotros.

Detrás de todos ellos más al fondo donde daba comienzo la exposición, estaba de pie el vigilante del Castello con los brazos cruzados en el pecho, Vincitore, un tipo rudo, grande, fuerte, bien afeitado y cara de serio que, con ese uniforme azul puesto, daba respeto y algo de miedo, aunque en realidad después de conocerle un poco más a fondo, uno se daba cuenta de lo buena y graciosa persona que era.

—¡Moisés! —Gritó Sara dando un brinco hacia mí y abrazándome. —Estábamos esperándote, apenas quedan diez minutos para que empecemos, ¿te has fijado, en la cantidad de gente que hay fuera?

—¡Vaya si me he dado cuenta, menuda fila tenemos ahí! —Le dije mientras dejaba de abrazarme.

—Hoy te veré en acción Moisés, espero que mis expectativas contigo se queden cortas. —Me dijo Muscolino sonriendo.

—Tranquilo, esto se me da bien. —Le contesté con cara serena y haciendo un gesto de “¡OK!” con los dedos de la mano.

—Bien Chicos ya sabéis como funciona esto, pasamos por grupos de veinte, empiezas tú Antonello con el primer grupo. Sara, tú serás quien lleve el segundo grupo, acuérdate de esperar al menos diez minutos para no pisarte con Antonello, después vas tú con el último grupo Moisés, respeta lo dicho, el tiempo, esta vez con Sara. Además de estas tres guías hoy tenemos otras nueve más, espero que salga todo perfecto, recordad que ya sabéis todo lo que se necesita, estar tranquilos y hacedlo lo mejor que podáis, confío en vosotros. —Nos dijo Valentina dándonos las órdenes y confianza como una verdadera líder implicada, cuya palabra, me gusta más que la de simplemente jefa.

—Abra las puertas por favor Vincitore. ¡Empezamos! —Se dirigió Valentina al vigilante atento.

Vincitore, obediente, abrió las puertas del Castello de par en par, se retiró a un lado y la gente empezó a pasar en orden. Antonello se encargó de recoger las entradas de las primeras veinte personas y comenzó su guía explicativa, desde el segundo uno, la gente ya se reía con él, Antonello tenía esa habilidad de enseñar con pequeñas bromas, un plus muy recomendado para este tipo de trabajos.

Ya en el primer grupo me di cuenta que había personas que estuvieron en la fiesta que organizó la familia Gotti, en esta ocasión también iban muy elegantes, se notaba que era gente de un nivel económico elevado.

Sara preparaba mientras, a su segundo grupo, que entrarían con ella en breve. Yo que estaba de pie observando, pude divisar al resto de personas que esperaban junto a la puerta a que

invitase a entrar; de repente, una voz conocida que procedía de entre ellos impactó como si de un cañonazo fuese contra mis oídos, ¿era la voz de Beatrice?, intenté asomarme con disimulo, pero no pude verla, imagino que fue simplemente una confusión o más bien, un deseo.

Sara ya había metido a su grupo en la galería y ahora era yo el que estaba organizando al mío, dándoles las pautas adecuadas de colocación en todo el recorrido, para así disfrutar de una mejor contemplación de las obras por parte de todos.

Es en este momento, cuando justo estaba recogiendo las entradas, me di cuenta que no fue una confusión, gracias al caprichoso destino que me dejó ver a Beatrice de nuevo frente a mí.

—Muy buenas Moisés, aquí tienes las nuestras. —Me dijo Beatrice mientras me entregaba dos entradas.

—Espero que seas un gran guía. —Se dirigió a mí la señora Giusi Gotti.

—Buenos días Beatrice. Lo haré lo mejor que pueda señora Giusi. —Le respondí inclinando un poco la cabeza en señal de respeto y educación, mientras me ponía un poco rojo recordando aquel beso tan especial.

—¡Cuánta formalidad Moisés! —Se rio Beatrice mientras nos miraba a ambos, de modo que alcé mi mirada y sonreí.

—¡Bien grupo! mi nombre es Moisés y seré vuestro guía en este recorrido, síganme por favor y si desean alguna aclaración, no duden en preguntar, ¿de acuerdo? —Les dije en voz alta a las veinte personas que me acompañarían.

Beatrice y la señora Giusi se colocaron en primer lugar, muy cerca de mí y cuando justo estábamos entrando a la primera sala, pude leer en los maravillosos labios rosados de Beatrice, con intención de que no la escuchase nadie:

—Me alegro de verte. —Pude descifrar observando el movimiento de sus labios con atención desde metro y medio de distancia más o menos. A lo cual yo le respondí con una sonrisa de reciprocidad.

Comencé mi guía con las explicaciones para todo mi grupo, de vez en cuando miraba el reloj para calcular el tiempo del recorrido y organizarme mejor, no quería acercarme demasiado a Sara para no molestarles, ni que ellos nos molestasen a nosotros.

En cada obra que nos deteníamos intentaba explicarles todos los detalles interesantes de la misma, función, objetivo del artista, intención, técnica, importancia de los colores, y alguna que otra curiosidad y anécdotas, que en realidad, era con lo que la gente se animaba a preguntar más acerca de ello y de este modo, se hacía una visita mucho más amena y didáctica, pues las anécdotas siempre se retienen mejor en la mente, que la mera información formalista metódica pura y dura.

Intentaba hablar para todos en general, pero sin darme cuenta, no dejaba de volver mi mirada hacia los ojos de la bella Beatrice cada vez que tenía oportunidad, creo que Giusi se daba cuenta de ello pues, en muchas ocasiones, miraba a donde mis ojos se dirigían y creo además que, pude ver en el rostro de Giusi una pequeña mueca de sonrisa, cosa que me dio que pensar.

Acabamos con la última pintura de Sorolla después de que pasase al menos una hora y media de recorrido, todo mi grupo en señal de que les gustó, empezaron a aplaudirme y a darme las gracias por todo, pude escuchar decir entre el murmullo de ellos a más de alguna abuelita decir:

—¡Hay que ver cuánto sabe este chico!

—Ha estado genial, me ha encantado. —Le comentaba una señora de avanzada edad, a su joven acompañante que bien podría ser su sobrina.

—¡Qué bien que nos haya tocado este guía! —Decía un señor mayor con jersey violeta ajustado.

Yo, al escuchar esto entre los aplausos y viendo que el comisario no me había quitado ojo en toda la visita, no podía más que agradecerles el haber asistido y su atención mientras les sonreía, sabiendo, además, quién estaba en todo momento observándome.

De repente desde donde estaba el comisario, avanzando por la espalda de él, venía hacia nosotros Andrea.

—¡Bravísimo!, ¡Bravísimo! —Gritaba y aplaudía de forma muy sonora, tanto, que mi grupo se quedó callado en un par de segundos mirando para atrás, hacía donde venía el primogénito de la familia Gotti.

Andrea se acercó a nosotros hasta que llegó a mi lado, mientras el grupo le dejaba paso.

—Dejadme bellas damas y caballeros felicitar a nuestro valiente guía, ha sido todo un descubrimiento para nosotros, seguro contaremos de nuevo con él para próximas exposiciones. —Se dirigía a los visitantes, mientras me estrechaba la mano de una forma que yo no la notaba para nada amistosa, apretaba cada vez más y más con fuerza, hasta llegar el punto de hacerme daño. Mi grupo, que observaba toda la escena, empezó a aplaudir sin darse cuenta de ello.

—¿Seguro que te lo has pasado bien verdad? Te lo diré solo una vez más, no quiero que te acerques a Beatrice ni a medio metro, haz tu trabajo y punto, ¿estamos de acuerdo? —Me dijo muy cerca de mi cara, inaudible para el resto de personas, mostrando una sonrisa falsa que intentaba disimular.

No sabía que estaba pasando, le miré a los ojos, estaba un poco parado y en silencio, dirigí mi mirada ahora a los ojos de Beatrice y como si del ave fénix se tratase, algo dentro de mí resurgió con fuerza dándome valor, fruncí el ceño y apreté con fuerza su mano.

—Me lo he pasado de maravilla. —Le dije mientras él soltaba mi mano asombrado. Nos quedamos un segundo mirándonos, cosa que me pareció que habían pasado al menos dos minutos.

—Bien, espero que hayáis disfrutado de la exposición y que, si os ha parecido buena la guía de Moisés, comentéis con familiares y amigos para que así se animen más personas a disfrutar de ella, gracias por haber asistido, gracias. —Cogió de la mano a Beatrice sin que a esta le diese tiempo a reaccionar y se la llevó andando, tirando de ella como si nada, hacia fuera de la galería.

El comisario no se percató de nada de lo que había pasado, pues estaba muy lejos para haberlo notado, pero Giusi, que estaba muy cerca y era observadora, creo que pudo percibir los gestos e intencionalidad de Andrea. Me extrañó la reacción de ella. Cuando vi desaparecer a Andrea con Beatrice de la mano y mirando a Giusi, observé que tenía una cara apenada y seria, mientras ella los veía alejarse.

—¿Tienes unos minutos Moisés?, me gustaría hablar contigo un momento. —Me dijo Giusi con la mirada perdida hacia la puerta de la galería.

—Sí por supuesto señora Gotti, los que necesite. —Me quedé un poco pensativo, ¿de qué querría hablar conmigo Giusi?, ¿sería algo sobre este asunto?

Salimos al patio interior del Castello, hacía un buen día de sol, por fortuna había algo de sombra gracias a dos grandes olmos plantados bastante tiempo atrás y que resguardaban de los calurosos rayos del sol a un bonito banco tallado en madera en la parte norte del espacio. Por intuición nos dirigimos hacia él y nos sentamos.

—Dígame señora, ¿de qué se trata, hay algo que le preocupe, necesita alguna cosa? —Me dirigí hacia ella con atención, estaba deseando escucharla, la verdad es que me tenía muy intrigado.

—Verás Moisés, puede que pienses de mí lo mismo que piensa ya mucha gente, que soy simplemente una mujer de decoro, una mujer que sirve sólo para adornar a su marido, a la altura a la que está él por su estatus en este momento y, que me casé por su fortuna, todo esto está mucho

más allá de la realidad. He llevado una vida muy difícil, créeme, sé de lo que hablo y cuando decidí casarme hace ya cerca de veinte años, fue porque estaba enamorada hasta los huesos; después todo cambió, Giorgio cambió y... —Hizo una pausa en silencio y agachó un poco la cabeza mirando hacia el suelo yo que la escuchaba con atención no quería interrumpirle, no sé el motivo del por qué Giusi se estaba sincerando de forma tan íntima y personal conmigo.

—Al final, me he resignado, no he sido feliz, ni lo soy; sin más, vivo, vivo asustada. Lo que quiero decirte sin aburrirte con mi vida que imagino no es de tu interés. —Continuó hablando ahora mirándome a los ojos.

—Creo saber lo que está pasando, lo sé porque una vez yo también tuve la mirada que tiene Beatrice nada más aparecer tú. Quiero advertirte Moisés, sé que llevas poco tiempo aquí, pero este asunto puede ponerse muy feo, hazme caso, sé desde dentro como funciona todo este asunto, no sé ni por qué te cuento todo esto... quizás, quizás me haya gustado ver de nuevo algo como lo que sentí, en vosotros, en ti y en Beatrice. —Me quedé con los ojos como platos, la señora Gotti era una mujer muy observadora, me quedé mudo mirándola por todo lo que me había dicho.

—Sólo quería decirte esto, decidas lo que decidas hacer, ten mucho cuidado hijo. Gracias por tu tiempo, nos vemos Moisés. —Se levantó y mientras se alejaba, se colocó unas gafas de sol que había sacado de su bolso violeta. Me quedé pensativo unos segundos, me levanté con rotundidad y decisión y le dije en alto.

—¡Señora! —Se dio la vuelta y nos quedamos mirándonos durante unos segundos en silencio.

—Ya estaba decidido. —Aflojó su mirada y mientras se giraba para continuar, vi como sus labios se curvaban dibujando una suave sonrisa.

8

Miedo

A pesar de los murmullos y sonidos que se escuchaban fuera del Castello Ursino, uno más potente tomó protagonismo, el motor de un lujoso Mercedes negro se puso en marcha y en su interior un silencio que asustaba, de copiloto iba Beatrice callada y apenada de nuevo por la difícil situación en la que se encontraba, miraba con cuidado por el retrovisor la entrada de la galería mientras se alejaban, quizás con la esperanza de que saliese Moisés y se la llevase lejos de allí, donde no hubiese nadie más, solos los dos.

—Parece que no entendiste lo que te dije, ¿verdad?, ¿pensabas que no estaría al tanto de a donde irías estos días?, no paras de defraudarme—. Beatrice continuó en silencio, cabizbaja durante todo el recorrido hasta llegar de nuevo a la lujosa Villa Gotti. Una vez que Andrea había aparcado al lado de un Sauce llorón que había en el jardín, apagó el motor del coche y se bajaron de él.

—¡Espera, tengo que decirte algo antes de que subas a tu habitación!

—Dime Andrea. —Le respondió Beatrice seria.

—Sabes que te amo con locura, no perdamos tantos años que hemos estado juntos, yo tengo que ser así por los dos. No me obligues a hacer algo que me de la seguridad total de que jamás verás a Moisés.

—¿A qué te estás refiriendo? —Beatrice muy asustada se le acercó a Andrea con genio y desafío.

—Si no me dejas otra elección, será lo que tenga que ser, eliminaré cualquier obstáculo de mi camino para tenerte conmigo, ya me conoces. —Le dijo a Beatrice muy sereno, mientras ella, al escuchar esto, se desinflaba como un globo.

—Está bien Andrea, será como tú quieras, pero por favor no le hagas daño, te prometo que jamás lo veré de nuevo. —Se dio la vuelta con lágrimas en los ojos y se dirigió a su habitación, donde se dejó caer en la cama llorando.

Después de tanto llorar hasta agotarse, decidió sacrificar la oportunidad de seguir su instinto, cogió el teléfono móvil que tenía junto a ella y escribió a Moisés tan solo unas pocas palabras.

...

Eran las ocho de la tarde y estábamos a punto de marchar para casa después de nuestra gran inauguración, estábamos recogiendo en la galería, rematando los últimos detalles y dejando todo listo para el día siguiente.

—Menudo día el de hoy, pero que bien lo habéis hecho los cuatro os doy mi más sincera enhorabuena. Moisés, estupendo trabajo, algo me decía que no ibas a defraudarme. Hasta mañana a todos. —Les dijo Muscolino a sus trabajadores de la exposición mientras sacaba del bolsillo de la chaqueta, una caja de puros y un mechero, a continuación, salió justo a la entrada de la galería y se encendió uno de ellos con la puerta abierta desde fuera, como si estuviese festejando la tan buena acogida de la obra de Sorolla.

—Gracias chicos ha sido un día estupendo, Antonello, ¿nos vamos a casa? —Les dije con una sonrisa a todos mis compañeros, mientras me dirigía a la taquilla para recoger mis cosas.

—Sí, vamos Moisés, te espero fuera —Me respondió Antonello, mientras yo no paraba de

buscar y buscar, por arriba, por abajo, al fondo...

—Pero, ¿qué te pasa? ¿Qué buscas con tanto ahínco en la taquilla?

—Pues que ya no sé si dejé olvidado mi teléfono en casa o lo habré perdido en algún lugar, lo mejor será que vayamos y lo compruebe cuanto antes.

—Está bien, vamos para casa. Sara, ¿quedamos mañana para desayunar antes de venir a la galería? —Si dirigió esta vez a Sara, que ya tenía todo listo, la cual quieta, me prestaba mucha atención.

—Sí, por supuesto Antonello, mañana en el elefante a las ocho y media.

Salieron todos por la puerta a la vez que Vincitore se disponía a sentarse en la mesa desde donde podía vigilar todo, aún tenía que trabajar unas cinco horas más, hasta que llegase su suplente.

—Gracias chicos, que descanséis. Vincitore, tómatelo con calma, aún te queda un poquito, te he dejado café recién hecho en nuestra sala, hasta mañana.

—Muchas gracias Valentina, no se preocupe, me quedan energías para dos días enteros. —Le dijo sonriendo.

Antonello y yo nos despedimos y nos dirigimos conversando dirección Santísima Trinità, la calle donde teníamos alquilado el piso. Las casas en Catania estaban distribuidas de una forma extraña, eran muy antiguas, con una distribución de su espacio un poco caótico, con techos altos y con muy pocas ventanas en ella, nuestro piso era un claro ejemplo de cómo eran las viviendas más clásicas de la ciudad, estaba situado arriba del todo en el tercer piso, en el salón principal al igual que toda la casa, los techos tendrían una altura que bien podría haber un gigante de al menos tres metros y medio, decorados en su parte alta con florecitas que podría imitar a la perfección un retablo del rococó, tan solo tenía una pequeña ventana que daba al patio de luces, por el cual cada poco tiempo escuchábamos a nuestro simpático vecino de avanzada edad gritar, “¡Chiaraaaa!” llamando a su esposa, pensábamos que debería ser un poco “teniente”, pues necesitaba más de un llamamiento, hasta que nuestro amigo dejaba de gritar, esto era algo que nos producía unas abundantes risas. Para poder llegar al cuarto de baño de metro y medio cuadrado sin ventana, necesitábamos antes pasar por la cocina, en cambio yo, tenía que pasar por la habitación de Antonello si quería alcanzar mi alcoba, la única de todo el piso con un pequeño balcón que daba a la calle.

Íbamos conversando y comentando el día. Antonello me gastaba alguna que otra broma y nos reíamos mucho observando las situaciones graciosas que se nos presentaban por la calle, cuando de repente.

—¡Dios! —Gritó de repente Antonello mientras intentaba tocarse su espalda con cara de extremo dolor.

Justo antes de eso pudimos escuchar un sonido seco y fuerte, vimos pasar una motocicleta donde iban subidos tres jóvenes que no sé si llegarían a la mayoría de edad y sí, digo tres jóvenes pues allí era común ver esto en sus carreteras, algo que me sorprendió también desde el primer día.

—¡Serán cabrones! —Dijo Antonello mientras miraba el suelo y ver que había una manzana destrozada hecha añicos en el suelo.

—Pero, ¿qué?, ¿qué ha sido eso Antonello?

—Los chavales de la moto que me han tirado la manzana con fuerza a la espalda, ya ves que gracia tiene, duele a rabiar.

—¡Serán desgraciados!, ¿estás bien? —Le pregunté preocupado.

Antonello se reincorporó, me miró y se echó a reír cuando observó mi cara de asombrado y

preocupación.

—¿Te ríes?

—Es que me ha encantado tu cara, vas a ver que en Catania acciones como estas, así de alocadas y extrañas, se presentan a diario. —Me dijo mientras continuaba riendo contagiándomela a mí y es que, su carcajada es de esas que hacen que los demás la sigan, me encantaba pasar tiempo con él.

Por fin llegamos a nuestro portal, una entrada medio abandonada daba acceso a unas pequeñas escaleras pegadas al patio de luces y en cada altura una vivienda, abajo y el que se encargaba del edificio, no muy bien debo decir, vivía en un pequeño compartimento Abdel, de origen árabe, que intentaba siempre con picardía engañar a cualquiera para sacar un beneficio, sobre todo a nosotros. En la primera planta vivía nuestro amable y gracioso vecino Sebastián y su mujer Chiara. En el segundo piso una pareja joven con problemas cada dos por tres con los Carabinieri y digo esto, porque en más de una ocasión, venían a buscar a Fabio para llevárselo, que era el esposo de Fiorella, los cuales tenían al menos nueve niños o eso creía yo, porque siempre que subía la escalera veía uno diferente. Por último, en la tercera planta estábamos nosotros que, a pesar de no tener el mejor piso de Catania, me encantaba vivir en un edificio tan particular con vecinos tan diferentes y peculiares.

Una vez dentro, me puse a buscar mi teléfono, estaba nervioso al no saber si lo había perdido o lo había dejado olvidado aquí. Me dirigí a mi habitación y al fondo, donde tenía mi escritorio vi sobre él mi teléfono blanco, con una luz verde que me indicaba que había llegado alguna notificación; lo cogí y vi que era un mensaje de Beatrice; mi corazón empezó a bombear sangre de manera exagerada, casi podía escuchar mis propios latidos y nervioso leí.

—Moisés, no volveremos a vernos ni hablar más, no intentes contactar conmigo por favor te lo pido, hazlo por mí.

Ese subidón que me dio el hecho de saber que se trataba de Beatrice desapareció de repente, inundándome un sentimiento de tristeza y preocupación a la vez que hacía que me preguntase millones de cosas, ¿qué habría pasado después de que Andrea se la llevase de esa forma?, ¿estaría bien ella?, ¿por qué este mensaje tan duro?

Mi cabeza y más mi corazón se negaban a aceptar tal cosa, de modo que me dispuse a responderle de manera inmediata.

—Me niego a aceptar eso, necesito verte y hablar contigo, por favor, respóndeme Beatrice.

Después de ese mensaje y otros muchos más que le envié ese día, apareció el silencio total.

Los días pasaban y yo hacía una vida normal, me levantaba, desayunaba, iba a trabajar, comía, más trabajo y de nuevo, a casa. Entretanto, seguía insistiendo a Beatrice con mensajes, todos ellos sin respuesta alguna, la llamaba sin que ella descolgase nunca, hasta que un día, quien se puso al teléfono fue una voz robotizada que informaba que ese número había dejado de existir, de modo que decidí después de tres semanas sin saber de ella, coger la bicicleta amarilla que me había comprado de segunda mano y ese mismo día, sábado que descansaba, iría a Taormina a buscarla.

Tardé algo más de tres horas en recorrer en torno a cincuenta y cinco kilómetros que me separaban de Taormina, cansado pero animado, solo quería ver a Beatrice.

Llegué a la Villa Gotti sin problema alguno, recordaba el recorrido hecho con Sara a la perfección. Cerca ya de la entrada de la lujosa Villa Gotti, tuve que tener cuidado para que no me viesen los guardas que custodiaban la gran entrada. Decidí dejar aparcada la bicicleta en una farola algo alejada de la zona y acercarme con cuidado para rodear la Villa y encontrar el modo de entrar.

Después de un buen rato buscando el modo, salté a través del muro sur, pude hacerlo gracias a que pegado a él en el suelo una gran roca volcánica me haría de banqueta que me dio la posibilidad de alcanzar la parte alta del muro de un buen salto. Una vez dentro, con mucho cuidado y movimientos lentos, iba acercándome más y más al palacete, observando cada ventana con la esperanza de localizarla.

De repente, empecé a escuchar una bonita música melódica que producía un piano, siguiendo su dirección, pude localizar el punto exacto de donde provenía. Me escondí detrás de unos setos podados en forma de cubo que había enfrente, me agaché tras ellos y pude ver a través de uno de los ventanales que tenía un balcón lleno de flores muy coloridas, a Beatrice, estaba bellísima.

—¡Vaya, vaya! Mira a quién tenemos aquí. —Escuché decir mientras alguien por detrás agarraba mi hombro y me levantaba con fuerza. Me giré y vi que se trataba de tres personas, dos vigilantes de la Villa y Carlo, los tres tipos eran grandes y fuertes y para nada tenían caras de buenos humos.

—Avisa por walkie al jefe, dile que ha venido. —Le ordenó Carlo a uno de los vigilantes, el cual obedeció “en menos de lo que canta un gallo”.

No pasaron ni tres minutos, hasta que vimos aparecer a Andrea; su cara reflejaba entre satisfacción y alegría, era el tipo de persona a la que le gusta conseguir todo, sin importar los medios empleados para ello, eso sí, siempre parecía sentirse por encima de los demás.

—¡Pero mira a quién tenemos aquí, pero si es mi gran amigo Moisés! Seguro que venías a buscarme, ¿verdad? —Dijo de forma sarcástica sonriendo.

—¡Encargaos de él! Dejadle claro que no es bienvenido. Ciao Moisés, ha sido un verdadero placer volver a verte, he de reconocer que eres muy valiente. —Me dijo mientras se alejaba dándonos la espalda.

—¡Desgraciado!, ¿dónde está Beatrice?, ¡no te saldrás con la tuya, me oyes! —Le grité furioso, forcejeando con los vigilantes que me tenían bien inmovilizado; al instante veo que Carlo se pone enfrente de mí y golpeándome varias veces con fuerza en la cara, acabé desplomándome en el suelo después de un duro golpe que me propició en el estómago.

Al abrir los ojos de nuevo y doliéndome todo el cuerpo, miré hacia abajo y me vi vestido con un camisón azul de tono claro, tumbado en lo que parecía ser la cama de un hospital.

—Buenos días, veo que por fin ha despertado, lleva tres días durmiendo. —Me dijo una muchacha vestida de enfermera que justo pasaba a la habitación.

—¿Dónde estoy?, ¿cómo he llegado aquí? —Le pregunté a la enfermera intentando levantarme de la cama sin lograrlo debido al gran dolor que sentía por todo el cuerpo.

—No se mueva, no intente levantarse, para eso aún necesitará varios días. Una mujer que le encontró tirado en el suelo, inconsciente, cerca del Monasterio de los Benedictinos, le trajo en su coche. ¿Se puede saber qué le ha pasado?, hemos tenido que tratarle de varios traumas por todo el cuerpo, además de dos costillas rotas.

Me acordé de la Villa Gotti, de lo que ocurrió, y decidí no explicarle nada.

—En realidad... no lo recuerdo bien.... —Me quedé en silencio y me percaté que me miraba de manera desconfiada, quizás podía intuir algo, creo que debió darse cuenta de que estaba mintiendo.

—Está bien, no se preocupe, lo importante es que se tranquilice y se recupere pronto. Sería bueno que llamase a algún familiar o conocido, para que no se preocupen por usted, como le he dicho antes, lleva ya tres días hospitalizado.

—Gracias enfermera.

Por suerte, mis cosas estaban ahí al lado, entre ellas, mi teléfono con el que pude llamar a

Sara y Antonello, los cuales no tardaron ni veinte minutos en presentarse allí.

Libreta de dibujo

Reprimida y afligida Beatrice de no poder responder a Moisés porque sabía del riesgo que ello originaba, se arreglaba cada día para dar su pequeño paseo por los jardines de la Villa, donde después, en un banquito que estaba colocado a los pies de un gran Eucalipto, se sentaba a leer un poco.

Desde hacía algo más de tres semanas su heladería había permanecido cerrada, pues Andrea le había ordenado que durante un tiempo fuera así. Los días se le hacían eternos allí encerrada, entreteniéndose tan solo con los trabajadores de la Villa, con la señora Gotti, con su amado piano que tanto la reconfortaba y con una buena lectura después de dar su paseo admirando las flores que tanto le gustaban del jardín.

Es uno de estos días en que el caprichoso destino quiso ser un personaje más, dándole la oportunidad a Beatrice, que hizo que, conforme esta andaba con pequeños y lentos pasos mientras leía un libro de bolsillo cuyo título era “*La sonrisa de las mujeres*”, dar una patada a un objeto que estaba tirado en el suelo.

—¿Qué es esto? —Se preguntó a sí misma mientras se agachaba para recogerlo.

—Es una libreta, tiene ilustraciones y dibujos, ¿de quién podrá ser? —De repente empezó a correr hacia la salida, había podido leer en la primera hoja el nombre de Moisés y todos sus miedos aparecieron de nuevo en ella, la posibilidad de que esa libreta fuese de Moisés, hizo que no analizase la situación y marchase a toda velocidad en su búsqueda para cerciorarse que se encontraba a salvo.

Se subió como un rayo a su Renault Modus que acostumbraba a aparcar cerca de la entrada y salió de la Villa dirección Castello Ursino a toda velocidad.

Debido a su nerviosismo y su preocupación, no paraba de preguntarse una y mil veces, si Moisés estaría bien, si este habría sido capaz de ir a la Villa o si algo malo le había ocurrido por su culpa. Todos estos pensamientos y cientos otros, se le venían a la cabeza mientras conducía tan rápido como podía hacia la galería, con la esperanza de encontrarlo allí. Pero ella bien sentía muy dentro de sí que algo iba mal.

Cuando llegó a la entrada de la galería abrió la puerta del vehículo, sin apagar el motor y sin cerrar la puerta, salió como una flecha hacia la entrada principal del edificio. Una vez dentro y sorprendiendo a Vincitore que justo se encontraba ahí, le preguntó angustiada y fatigada.

—¿Dónde está Moisés, Vincitore?!

—Hola Beatrice, cálmate, él está bien, no te preocupes, Sara y Antonello están con él ahora mismo, me acaban de llamar. —Vincitore le respondió al ver el estado tan alterado de Beatrice.

—Pero, ¿dónde está, dime?! —De nuevo le preguntó sin tranquilizarse.

—Se encuentra ingresado en el Hospital Garibaldi Nesima, pero tranquilízate, en serio, él está bien, de verdad. —Se quedó atónito Vincitore, cuando ni siquiera pudo terminar su frase y Beatrice salió de nuevo lanzada corriendo hacia su coche, para intentar llegar cuanto antes al hospital.

...

—Dime Moisés, ¿qué es lo que te ha ocurrido? La enfermera nos ha dicho que no recuerdas

nada, imagino que es normal, mira cómo estás... todo un desastre.

—De verdad que no recuerdo bien Sara, solo tengo imágenes borrosas, supongo que cuando salga de aquí recuperado, tendré todo más claro. —Le mentí a Sara para no complicar más las cosas.

—¡Esto hay que denunciarlo a la policía hoy mismo Moisés! ¡Si alguien te hizo eso hay que denunciar ya!

—No te precipites Antonello tranquilo, déjalo estar, supongo que estaba en el momento y lugar menos indicado. Gracias por venir a ambos, no tengo a nadie aquí. —Le dije a Antonello intentando que se apaciguase.

—¡Moisés! —Miramos los tres hacia la puerta que era de donde procedía esa voz y que yo, sabía de quien se trataba perfectamente, pues había memorizado desde el primer día que la conocí, el matiz de su voz tan peculiar y distinto.

—Por favor chicos, ¿podéis dejarnos solos unos minutos a Beatrice y a mí?

—Sí claro, sin problema Moisés. —Me respondió Antonello asombrado al ver a Beatrice tan sofocada y alterada.

—Vamos Sara.

—Sí ya voy. —Sara se quedó pensativa mientras acompañaba por detrás a Antonello para salir de la habitación.

Tras unos segundos de estar mirándonos en silencio tras escuchar cómo se cerraba la puerta, a Beatrice le empezaron a caer por sus mejillas, lágrimas que mostraban lo asustada que estaba.

—No llores anda, estoy bien. Ya ves que estoy bien, tranquila, ¿ok?

Sin decir palabra alguna, Beatrice se lanzó hacia mí dándome un tierno y fuerte abrazo mientras lloraba incontroladamente.

—Lo siento, lo siento de veras Moisés, perdóname.

—No tengo nada que perdonarte, no pasa nada, tranquila. Me encanta que me abrases, pero es que ahora estoy algo dolorido. Ven siéntate ahí y hablemos despacio. —Le dije intentando que se calmara, ya que me destrozaba verla llorar.

—Ha sido Andrea y su pandilla de matones, ¿no me equivoco verdad? —Dudé en si sería mejor contarle la verdad o no preocuparla más, contándole lo mismo que a los demás.

—En realidad no sé quién ha sido, ni el cómo, ni en qué momento pasó, según me ha dicho la doctora quizás tenga esos momentos borrados debido a un mecanismo de defensa del cerebro y que, con el paso de tiempo, cuando el shock haya pasado y esté tranquilo, pueda recuperarlos.

—¿Es cierto eso que me dices?

—Por supuesto. —Intenté de nuevo disimular con una sonrisa ocultando mis verdaderas ganas de salir del hospital, e ir en busca de ese mal nacido para darle su merecido.

—¿Por qué no has respondido a ninguno de mis mensajes?, ¿por qué me mandaste aquel mensaje?, ¿qué pasó cuando saliste de la galería con Andrea? He estado todo este tiempo intentando hablar contigo, localizarte, verte, estaba muy preocupado.

—Verás Moisés, la cosa se complicó un poco y no quiero que puedan hacerte dañ...

Justo en ese momento llamaron a la puerta.

—Buenas, tiene que salir de la habitación, vamos a hacerle las curas al paciente y nos va a llevar bastante tiempo el hacerlo, discúlpenos.

—Está bien, muchas gracias. —Me miró Beatrice ya más tranquila y creo que, hasta me sonrió cuando salía.

Justo cuando salió Beatrice y cerró la puerta, estaban además de Sara y Antonello que se quedaron observándola, Carlo, se dispuso a ordenarle inmediatamente, después de que esta

saliese al pasillo, que la acompañase.

—Sígame señorita, Andrea le espera en el Ristorante Forno di Pietra.

—¿Me has seguido Carlo?

—Órdenes del jefe ya sabe usted.

Beatrice sabía que tenía que acompañarle sí o sí, si no podrían tener de nuevo problemas y no quería que Moisés tuviese algún percance más.

—Está bien. Toma Sara entrégale esta libreta a Moisés por mí, le pertenece.

—Ok, se la daré no te preocupes. —Le dijo Sara sin entender por qué Beatrice tenía esa libreta.

Esperaron durante al menos cuarenta minutos hasta que la enfermera salió de la habitación, Beatrice se había marchado ya con Carlo, y Sara deseaba saber cuánto antes porqué Beatrice tenía la libreta de apuntes tan importante para Moisés. Entraron de nuevo los dos y vieron a Moisés de nuevo tumbado en la cama con una sonrisa en su rostro.

—¿Y Beatrice?

—Ha tenido que marcharse, antes de hacerlo me ha dicho que te entregase esto.

—Mi libreta... ¿cómo es que la tenía Beatrice? —Sin darme cuenta de su ausencia, cuando miré mis pertenencias, comprendí que debí perderla en la Villa cuando esos tipos me agredieron. Pensé en la posibilidad de que Beatrice la habría encontrado y con ello, deducir lo sucedido en el jardín. ¿Se habrá dado cuenta de que le he mentado?

—No sé por qué la tenía solo me ha dicho que te la entregase, eso es algo que deberías preguntarle a ella. Ahora tengo que marcharme Moisés vendré a visitarte mañana, no hagas ningún esfuerzo extra, ¿ok? Tienes que recuperarte pronto, te esperamos todos en la galería. —Se dirigió Sara hacia mí de una forma un poco extraña, estaba seria y parecía estar un poco enfadada.

—Gracias Sara de nuevo por haber venido. Estate tranquila, haré todo lo que esté en mi mano por recuperarme cuanto antes.

...

A la par que Antonello y Moisés continuaron conversando de diversos temas durante buena parte del día, Beatrice y Carlo habían llegado ya donde les esperaba Andrea para hablar con ella. Entraron al Restaurante Forno di Pietra que era propiedad de la familia Gotti y que, a pesar de aparentar ser tan sólo un bonito restaurante de éxito, al fondo de éste, existía una zona privada donde Andrea y su padre Giorgio, aprovechaban para ocuparse de asuntos de negocios con una mayor intimidad y descuido.

—Has sido tú ¿verdad?

—¿A qué te refieres Beatrice?

—Has sido tú el responsable de lo que le ha pasado a Moisés, no intentes negarlo.

—Ok, no lo negaré, tienes razón he sido yo, sí. Ya te avisé de las consecuencias de tus actos. Es más, te lo diré de nuevo por si no lo has entendido bien, haré lo que sea necesario por no perderte, no sé si comprendes lo que quiero decir. Haré cualquier cosa, eliminando cualquier obstáculo de mi camino.

—¡No te atreverás!

—Bien sabes que no me tiembla el pulso, Beatrice. Si de verdad quieres evitarlo, ya sabes lo que tienes que hacer. —Le dijo Andrea muy calmado mirando a Beatrice sentado sobre su gran sillón de cuero negro, bebiendo de vez en cuando pequeños sorbos de un caro whisky escocés que sostenía con su mano derecha.

Beatrice al escucharlo sabía que no había solución alguna, tenía un miedo atroz de lo que le pudiese pasar a Moisés.

—Está bien Andrea. Carlo, llévame a casa por favor.

—Acompáñala Carlo, nos vemos en casa para cenar Beatrice. —Le dijo a la vez que colocaba los pies sobre la mesa inclinándose un poco hacia atrás, mostrándose muy satisfecho.

...

Pasaron los días y mi recuperación estaba concluida; me dieron el alta y me dirigí directo a casa. Los días pasaron y continué con mi rutina. Volví al trabajo, a hacer mis guías que me preparaba a diario Valentina, todo parecía volver a la normalidad hasta que, de nuevo y por sorpresa, recibí una malísima noticia en forma de escrito en mi teléfono, un mensaje de Beatrice que hizo que pusiese los pies en el suelo.

—Hola Moisés, te escribo para decirte que debo marchar a América, es un proyecto académico que tenía pensado hacer desde hace bastante tiempo, estaré un largo tiempo allí, por favor no me escribas, hazlo por mí, pues lo pasaría realmente mal y tengo que emplearme a fondo en ello, un abrazo con cariño, cuídate Moisés.

No sé por qué motivo me sonaba a una despedida. Algo me había comentado cuando estuvimos solos en la galería, sobre su intención de estudiar fuera del país algo sobre marketing, tenía interés en expandir más su negocio de una forma eficaz y llegar a buena parte de Europa. Si era cierto eso que me había escrito, solo deseaba lo mejor para ella, de modo que cogí mi teléfono y le escribí.

—Espero que consigas lograr todos tus objetivos, sé que eres capaz de eso y más. Estaré aquí para lo que necesites. Evitaré no escribirte, aunque pensaré constantemente en ti, sabes que te voy a echar de menos, suerte y cuídate mucho.

No tuve más remedio que aceptar y respetar su decisión, me entristeció mucho el hecho de saber que no podría verla más durante un largo periodo, me deprimió enormemente.

Nuevo proyecto

Intenté evitar cada impulso que tenía por querer contactar con Beatrice. Pasaron un par de meses desde que la vi por última vez y como le dije en el mensaje que le envié, no le escribí pues ese era su deseo, aunque eso no significara que pensase en ella cada día. Mi ritmo de vida continuaba como anteriormente, cada día de lunes a viernes, iba a la galería a trabajar y aprovechaba los fines de semana para salir al natural a pintar alguna que otra obra.

Hoy me levanté algo más temprano, ya que tenía que asistir antes al Castello. La semana anterior, el comisario Muscolino había dejado en mi taquilla de la galería, un papel con una nota escrita en azul, citándome para hoy a las nueve de la mañana, supongo que querría tratar algún asunto respecto a la exposición.

Bajé las escaleras y cuando estaba en el primer piso, mi vecino Sebastián casi me deja sordo, para no perder buenas costumbres, empezó a gritar como cada día “¡Chiaraaaa!”... a pesar de ser tan repetitivo, a mí me resultaba muy gracioso. Continué bajando las escaleras sonriendo por la forma de llamar a su mujer, y estando casi a la salida del edificio, me tropecé con Abdel.

—Hola señor, me he enterado que no tienen televisión en el piso, resulta que justo tengo dos aquí mismo, pase y se los enseñe, están nuevos y si a usted le interesa alguno, puedo hacerle un buen precio.

—Verás Abdel, llevo algo de prisa, no puedo entretenerme mucho.

—Será solo un segundo, seguro que le gustará alguno señor. —Ante ésta insistencia de Abdel, que me tenía agarrado del codo y tirando de mí hacia la puerta de su casa, no tuve más remedio que entrar.

Ya en el interior de su vivienda, la luz que pude percibir era apenas un rayo de sol entrando a través de la persiana casi echada; imagino que le gustaba vivir con una luz muy tenue, me sorprendió un poco el olor a cerrado que invadía el lugar, la sensación de soledad se notaba por todo el espacio. Es cierto que no había visto a nadie más entrar ahí, deduje que Abdel no estaría casado ni tendría pareja. En general tenía todo bien ordenado, pero se notaba algo descuidado el decoro de la casa. Me llevó a una habitación donde no solo estaban los dos televisores que me enseñó, había además por todos lados diferentes aparatos electrónicos; la sensación que sentía, era tan abrumadora por la cantidad de objetos apilados que tenía ahí, que no quise preguntar el lugar de procedencia de ellos.

—¿Pero... funcionan Abdel?

—Por supuesto, mire señor, si quiere podemos probarlo aquí mismo. —Abdel que era un tipo bajito y poco metido en carnes, levantó como si nada él solo el televisor, que no era nada pequeño, lo puso sobre una mesa que apenas tenía espacio para que cupiese todo el televisor y se dispuso a enchufar el cable a la pared.

—¿Ve señor? funciona a la perfección.

—Ya veo, pero, ¿cuánto pides por ella Abdel?

—Solo cincuenta euros si le parece bien. —Me dijo mientras me sonreía. La verdad que me parecía un precio estupendo, la televisión no era antigua y aparentemente funcionaba a la

perfección, quizás a Antonello le haría ilusión ver alguna película juntos en alguna ocasión queuviésemos.

—Ok Abdel, me la llevo, pero la recojo luego ahora no tengo tiempo de verdad. —Mientras le decía esto, sacaba mi billetera y me dispuse a pagarle.

—Gracias señor, no se preocupe, en el momento que vea subir a su compañero, yo mismo se la subiré.

—Estupendo Abdel, muchas gracias, ahora tengo que irme, hasta luego.

—Gracias a usted, hasta luego señor.

Menuda suerte pensé para mí, una televisión como esa, por ese dinero, me parecía una ganga.

Salí del edificio y crucé la calle a la otra acera, abrí el candado y quité la cadena que unía la bicicleta de Antonello a una farola que teníamos enfrente de casa, era nuestro aparcamiento ideal, no me quedó más remedio que coger su bicicleta pues la mía se había quedado cerca de la Villa Gotti aquel maldito día. Me subí a ella con la mochila en mi espalda y continué hacia la galería con la intriga de saber que querría decirme el comisario.

Tenía que ir con cuidado ya que la gente en Catania iba sin miedo conduciendo, más de una vez, he tenido que hacer alguna maniobra extraña para no tener un percance con algún vehículo.

Llegando ya casi a la entrada del Castello de nuevo encadené mi bicicleta, esta vez a una papelera que justo estaba en la entrada y me dispuse a entrar.

—Buenas Vincitore, ¿qué tal estás?

—Muy buenas Moisés, el comisario me ha dicho que te espera en el patio.

—Gracias, así es, justo había quedado conmigo ahora. —Le dije a Vincitore mientras me dirigía hacia el patio.

Me encantaba el olor de la galería, me producía la misma sensación que me producía oler las páginas de un libro nuevo o también, cuando entraba a mi estudio que tenía en España y podía percibir ese olor a óleo, aceite de linaza, de trementina, me sentía como en casa y me daba paz.

—¡Buenos días Moisés! —Me gritó el comisario cuando me vio aparecer.

—Buenos días Comisario, perdone si le he hecho esperar un poco.

—No ha sido nada, llegas a tiempo, justo te había citado para esta hora, ven sentémonos en ese banco.

Lo notaba extraño, me hablaba intentando disimular que había algo que le perturbaba o al menos esa era mi sensación, me tenía preocupado.

—Dígame comisario, ¿cuál es el motivo de citarme a mí solo hoy? La verdad que me ha extrañado un poco.

—Veamos por dónde empiezo. Estás haciendo un trabajo excelente, yo no tengo ninguna queja contigo, el caso es que...

—¿Que está intentando decirme? —Le interrumpí agitado debido a que me estaba oliendo el desenlace final de esta conversación.

—Lo que quiero comunicarte Moisés es que, esta exposición se ha llevado toda ella gracias a la familia Gotti y resulta que uno de ellos, ha ordenado tu salida cuanto antes del proyecto. Yo he intentado que no ocurriese y te he apoyado pues estoy muy contento contigo, pero ya sabes Moisés “donde hay capitán, no manda marinero”.

—Uno de ellos... se trata de Andrea ¿verdad? —Le dije mientras me miraba con asombro.

—Verás hijo yo no sé lo que ha pasado entre vosotros, ni quiero saberlo, el caso es que se trata de una orden directa de arriba, lo siento mucho de verdad.

—Ya veo cómo funciona todo aquí. —Me levanté con cara de enfado, me giré hacia él y le extendí la mano.

—Tenga cuidado con esa familia comisario. Espero que tengan mucho éxito con la exposición, es maravillosa. Gracias por haber contado conmigo, hasta otra ocasión.

Muscolino se levantó para estrecharme la mano y sin más, me fui.

Subí de nuevo a mi bicicleta y me dirigí a la Fiera para comprar algo de fruta; ésto era una especie de mercado que se ponía todas las mañanas en la calle donde la gente podía comprar víveres, ropa, productos de limpieza, cualquier cosa que necesitara, digamos que, podríamos compararlos a los mercadillos de cualquier localidad española, con la diferencia que en estos me llamaba muchísimo más la atención, que no hubiera un orden en las casetas, el puesto del carnicero se podía colocar perfectamente al lado de uno de ropa, el que vendía calzados, podría estar colocado al lado de la caseta que vendía pescado fresco. Estas cosas tan variopintas, sucedían a diario en este mercado.

Después de haber llenado mi mochila de fruta, me dirigí a la playa de Catania para pasear un poco por la orilla del mar. Quería tener un día tranquilo y pensar que iba a hacer ahora en adelante, ya que el hecho del despido había trastocado mis planes allí.

—¡Maldito Andrea!, si cree que voy a regresar poniéndome las cosas difíciles lo lleva claro, me quedaré y esperaré a Beatrice. Quizás sea buena idea intentar aquí lo que hacía en España.
—Habla conmigo mismo intentando buscar una solución a mis problemas, mientras el agua fría del mar mojaba mis pies al andar por su orilla.

—Con lo que tengo ahorrado, creo ser capaz de mantenerme unos meses, lo mejor será alquilar un local y abrir mi taller de pintura, quizás pueda servirme de academia para dar clases, debe ser bastante grande para llevar a cabo ambas cosas, y que tenga también lo necesario donde pueda vivir. Sí, está decidido, mañana mismo empiezo a buscar. Espero que a Antonello no le sienta mal el que me vaya. Tengo que llamar a Andrés, para pedirle el favor que me envíe mis pinturas cuanto antes y mover aquí alguna exposición mía.

Todas estas ideas y planes que me vinieron a la cabeza, me dieron mucha confianza y me animaron a seguir adelante; ese desgraciado no se iba a salir con la suya y menos con lo “cabezón” que soy.

A medio camino, cuando regresaba a casa entorno a las siete de la tarde, decidí parar y meterme en un locutorio que había cerca del lugar donde comían los estudiantes de la ciudad debido a lo barato que era, la Mensa. Busqué entre mis contactos a mi amigo Andrés y le llamé; el teléfono sonaba y sonaba y no descolgaba. Andrés era un desastre en este aspecto, después de intentarlo varias veces, por fin, a la cuarta vez, descolgó.

—¿Diga?

—¡Ey, Andrés! soy yo, Moisés, ¿qué tal te va?, ¿todos bien por allí?

—¡Moisés que sorpresa! Sí, por aquí todo y todos bien.

—Me alegro oír eso. Andrés, necesito que me hagas un favor.

—Lo que necesites amigo, dime.

—¿Podrías ir a mi estudio, empaquetar todos mis cuadros y mandármelos aquí?

—Sí claro, sin problema. ¿Tienes alguna exposición que hacer allí?

—Bueno... digamos que mis planes han cambiado un poco. Intentaré ganarme la vida como hacía allí, quiero abrir un taller donde trabajar, además de dar clases en él.

—Estupendo entonces. —Me dijo con entusiasmo.

Hablé con Andrés largo y tendido, contándonos y poniéndonos al día de todo, le di mi dirección para que pudiese hacerme el envío y le agradecí ese gran favor. Era mi mejor amigo desde la infancia; sabía que Andrés jamás me fallaría, es una persona muy tranquila y muy desenfadada, creo no recordar verlo enojado jamás.

Regresé a casa después de comprar el periódico con la intención de buscar en el apartado de alquileres, algún estudio o piso grande que me sirviese de vivienda y taller.

—Moisés ya estás aquí, ¿se puede saber qué ha pasado? Todos nos hemos quedado de piedra por lo que nos ha comunicado el comisario, nos ha dicho que, debido a algún problema burocrático de papeleos, han tenido que prescindir de ti.

Pensé para mí que quizás sería mejor no contarle la verdad a Antonello.

—Sí, eso parece, ya te contaré.

—¿Y qué vas a hacer ahora?

Le conté el proyecto que quería intentar llevar a cabo, el cual le pareció una idea estupenda y me animó a hacerlo.

—¡Ah! otra cosa, ¿esta televisión?

—Es genial, ¿verdad? Me la ha vendido Abdel que me pilló en el portal, se la he comprado por apenas nada de dinero, una ganga vaya.

—A mí no me lo parece. —Me dijo mientras no paraba de reír.

—¿Por qué te ríes ahora?

—Porque creo que te ha metido el perro, pero bien metido. —Seguía riendo sin parar.

—¿Cómo? —Le pregunté sin saber porqué me dijo eso.

—Porque al parecer tiene una autonomía de apenas cuarenta minutos, se conoce que se calienta y se apaga sola.

—¿En serio? Este Abdel me la ha jugado... a ver si lo veo, eso me pasa por novato y mira que me avisaste ya no vuelvo a caer más. —Le dije, a la par que comencé a reírme a carcajadas, menudo pícaro y tramposo este Abdel, pensé para mí.

Me llevó varios días encontrar el lugar y espacio idóneo para montar mi taller, finalmente encontré el perfecto y me llevé allí las obras que me mandó Andrés. Se trataba de un piso de grandes dimensiones abuhardillado, me gustó por su funcionalidad en sus espacios y porque se adecuaba a la perfección a mis necesidades, me servía de vivienda, taller y academia. El acabado de sus paredes era de ladrillo rojo visto, tenía un gran espacio principal muy diáfano, era enorme. Tenía dos columnas de hierro forjado que me encantaban en el centro, con grandes ventanales que dejaban pasar a todas horas una gran luz natural, tan necesaria para pintar.

Continuaba sin tener noticias de Beatrice a pesar de que los días pasaban, después se convirtieron en meses. Mi proyecto de montar la academia funcionó, gracias a que coloqué carteles por toda la ciudad y anuncié por todas las redes sociales que se daban clases de pintura al óleo, me encuentro hoy con los suficientes alumnos para poder vivir de ello, trabajar cada mañana enseñando a pintar y por la tarde dedicarme a crear mi propia obra en el estudio para exposiciones que ya tenía concertadas.

El tiempo se me pasaba volando al estar tan entretenido, además de mi trabajo me gustaba quedar con mis antiguos compañeros y amigos, Sara y Antonello para charlar, salir y tomarnos unas cervezas. Tenía tiempo para ir mucho al teatro, cine y bueno, estas cosas que imagino que le gustan hacer a la mayoría de personas.

De hecho, justo ahora iba hacia el Teatro Massimo Bellini, me enteré de una ópera que tenía muchísimas ganas de ver, Don Giovanni, de Mozart. Cuando llegué, me encontré con una gran fila de gente esperando para entrar.

Pasaron al menos treinta minutos y la fila apenas avanzaba. De repente, mi corazón se quedó parado al escuchar un matiz de voz que jamás podría olvidar.

—Espero que valga la pena este tiempo perdido en la fila.

—Ya verás que si Andrea, es una obra maravillosa.

No podía creer lo que escuchaban mis oídos y ahora veían mis ojos: Beatrice y Andrea se encontraban casi al principio de la fila, ¿me mintió Beatrice todo este tiempo?

—Gracias por traerme a verla.

—No hay de qué mujer, llevabas ya mucho tiempo sin salir de la Villa y sabía que esta obra te gustaría, pensé que conforme se ha tranquilizado todo, ya era hora de llevarte a algún lado que te gustase.

—La verdad que me estaba volviendo un poco loca sin salir de allí.

—Lo siento de veras, pero ya sabes que lo hice por nuestro bien.

Estaba alucinando de lo que estaba viendo y escuchando, todo había sido por culpa de Andrea pero, ¿cómo es posible que Beatrice me haya mentido de ese modo?

El teléfono de Andrea sonó y salió de la fila para responder, mientras le observaba vi que poco a poco, iba enfureciéndose.

—¡Está bien inútil, voy para allá! —Colgó su teléfono y se acercó enfadado a Beatrice.

—Perdóname, pero tengo que ir a arreglar unos asuntos de negocios en persona, quédate tú y disfruta de la obra, luego en casa me cuentas que tal ha sido, pásalo bien. —Y sin más se giró y se fue como si nada.

MALAS NOTICIAS

Al desaparecer Andrea de allí me quedé en silencio, no sabía qué hacer. Pensé en acercarme a Beatrice y hablar con ella, preguntarle el porqué de su ausencia. ¿Por qué me engañaría diciéndome que se había marchado a América?

—Disculpe, ¿me deja pasar?, por favor, disculpe, perdonen, ¿me dejan pasar? —Una señora de avanzada edad vestida de uniforme con chaqueta negra, iba abriéndose paso a través de las personas, las cuales con agrado y sin rechistar, la dejaban que se adelantase en la fila.

Aprovechando el camino abierto que iba dejando la anciana, me hice el remolón y la seguí por detrás adelantándome con ella en la fila hasta llegar a donde estaba Beatrice. De repente, vi cómo una especie de tarjeta identificativa se le caía del bolsillo de atrás al suelo.

—Perdón señora. —Le dije mientras la anciana con prisa seguía avanzando, la cual, al escucharme, se detuvo y giró para ver qué quería.

—¿Moisés?! —Me dijo Beatrice sorprendida al verme a su lado mientras me agachaba para recoger la tarjeta de la señora.

—Dígame caballero.

—Se le ha caído esto, quizás sea importante.

—¡Vaya! qué torpeza la mía, sí que lo es, muchas gracias, joven pareja—. La señora que parecía continuar con prisa, cogió la tarjeta que le ofrecí y salió como un cohete hacia delante desapareciendo entrando por la puerta principal del Teatro.

—¿Qué haces aquí?

—Eso mismo iba a preguntarte yo. No te has ido a América en todo este tiempo, ¿verdad? —Le dije con cara de no entender nada, a la vez que Beatrice agachaba su mirada.

—Verás Mois...

—Disculpen ¿pueden avanzar? —Le interrumpió un muchacho que estaba justo detrás nuestro esperando que nos pusiésemos en movimiento ya que la fila empezó a moverse a un ritmo normal.

—Sí, disculpe. —Le dije mientras Beatrice y yo comenzamos a avanzar en silencio, hasta llegar a la taquilla para entregar las entradas de la función.

—La entrada, por favor.

—Sí, aquí la tiene. —Le entregué mi entrada a una mano algo arrugada que sobresalía por el borde de la ventanilla.

—Beatrice dame la tuya para dársela también.

Le entregué ahora la de ella, la mano de la persona desconocida les retiró su parte izquierda a ambas para sellarlas y poder entrar.

—Veo que tienen asientos diferentes y ambas son en anfiteatro, no se preocupen, esto lo arreglo yo en un segundo. —Nos dijo mientras Beatrice y yo nos miramos y sin decir nada, nos estábamos preguntando que estaba ocurriendo, podía leerlo en sus ojos.

—Aquí tienen, les he cambiado los asientos que tenían por dos asientos juntos que nos quedaban libres en Platea, seguro que desde ahí disfrutarán mejor de la obra. Por cierto, gracias de nuevo por lo de antes, iba con mucha prisa y casi pierdo mi acreditación, quizás les haya parecido una mal educada, era la tarjeta para poder fichar y entrar, espero disfruten del

espectáculo pareja.

Beatrice se puso colorada y yo con una sonrisa en la cara, no pude más que agradecerle a la señora su amabilidad por tan bonito detalle. ¡Menuda suerte habíamos tenido!

—Muchas gracias señora.

—Gracias. —Le dijo también Beatrice recogiendo las entradas.

Continuábamos en silencio mientras buscábamos encima de las puertas que daban acceso al escenario, la disposición del número de butacas para poder así encontrarlas cuanto antes y dirigirnos a ellas para acomodarnos, quería evitar el gran aglomerado de gente que se produciría después. Por fin, sentados ya en nuestras butacas, solo teníamos que esperar a que toda la gente se sentase y a que empezase la función.

—¿Te encuentras bien? —Le pregunté a Beatrice, la notaba un poco extraña conmigo, intentando siempre evitar mi mirada, creo saber por qué estaba así.

—Sí Moisés, es sólo que me preocupa que nos vean juntos.

—No te preocupes por eso ahora, disfrutemos de Don Giovanni. Lo que no entiendo es por qué me dijiste que te fuiste a América, sé que tu situación es difícil, pero quizás entre los dos podamos encontrar alguna solución.

—Es difícil créeme, es mejor que seamos simplemente desconocidos.

Las luces se apagaron y sonó para todos una voz que nos daba la bienvenida, además de rogarnos con amabilidad que apagásemos los teléfonos ya que la función iba a comenzar. Escuchábamos también afinar los diferentes instrumentos que componían la orquesta, cada uno de ellos con sus tonos y matices particulares, el chelo junto con el piano, eran los instrumentos que desde siempre me han gustado más.

La ópera comenzó con el primer acto y su obertura. No paraba de observar a Beatrice durante toda la obra, su rostro medio iluminado con esa luz tenue y sutil que daban pequeños farolillos colgados en la pared, la hacían aún más misteriosa y muy atractiva; estaba realmente preciosa esa noche. Pude darme cuenta cada vez más de lo sensible que era, mostrando sus ojos cristalinos, lo emotiva que le parecía alguna de las escenas y cómo se conmovía su interior. Quería coger su mano y demostrarle lo mucho que quería estar con ella, pero me faltó valor para hacerlo, acabando la función y perdiendo esa oportunidad.

Cuando terminó, todos los espectadores aplaudíamos en pie a todo el elenco de actores y músicos, demostrándoles que había sido una obra preciosa y conmovedora.

Nos dispusimos a salir en orden y despacio hacía la puerta que daba a la calle. Beatrice al salir no dejaba de mirar de un lado a otro separándose de mí con disimulo, yo no quería perder esta ocasión de decirle lo que sentía, la cogí de la mano y me la llevé corriendo hacia un callejón que justo estaba cerca de allí, ocultándonos en un viejo portalón.

—No te separes de mí, no permitas que ese malnacido se salga con la suya. —Le dije a Beatrice cogiéndola de los hombros.

—No podemos Moisés.

—Sí que podemos, vayámonos donde sea... Beatrice yo... yo... te quie...

Mi teléfono sonó como si el destino se presentara siempre en el momento menos idóneo para ello. Colgué sin responder para seguir diciéndole a Beatrice lo importante que era para mí, pero de nuevo volvió a sonar requiriéndome.

—Responde Moisés, puede ser algo importante.

—Siempre igual, ¡maldito móvil! —Descolgué y la voz de Antonello sonaba atormentada, estaba por su tono muy triste.

—Malas noticias Moisés, ven tan rápido como puedas a la galería. Algo terrible ha

sucedido. —Me quedé de piedra callado.

—¿Pasa algo? —Me preguntó Beatrice asustada al ver como mi cara cambió de repente.

Le dije a Beatrice lo que me había dicho Antonello y rápidamente fuimos corriendo a toda velocidad hacia el Castello.

Cuando nos quedaban unos cien metros para llegar, poco a poco y cada vez más fuerte, pudimos escuchar sonidos de sirenas que no presagiaban nada bueno. Al menos seis coches de carabinieri estaban aparcados con sus luces dadas muy cerca de la entrada de la galería, además, había un gran número de agentes que vigilaban y cercaban el lugar con esas franjas de plástico amarillo que solo he podido ver en las películas.

Una ambulancia con las puertas abiertas de par en par dejaba ver en su interior, lo que creo que sería una enfermera intentando consolar a una mujer y un niño de unos catorce años de edad que desconsolados, no dejaban de lamentarse y llorar mientras se abrazaban.

A lo lejos Sara también lloraba abrazada a Antonello, Valentina retirada de ellos, estaba hablando con un agente que por su uniforme deduje que sería de mayor rango. A la vez y un poco más apartados, el comisario Muscolino conversaba con el señor Giorgio y con la persona que yo más odiaba en ese momento, Andrea.

—¿Qué ha pasado?! —Le pregunté a Antonello conforme me acercaba.

—¡Moisés, es horrible! —Me dijo Sara lanzándose hacia mí abrazándome con lágrimas en los ojos que no dejaban de caer.

—Pero decidme, ¿qué ha ocurrido?!

—¿Está muerto Moisés, está muerto! —Me respondió Sara sollozando.

—Pero, ¿qué?, ¿qué estás diciendo?, ¿quién está muerto?

—Han asesinado a Vincitore, lo ha encontrado el comisario Muscolino justo ahí encima de su mesa todo lleno de sangre. —Me dijo Antonello con cara despavorida.

—También se han llevado varias obras de la exposición.

—Serán desgraciados, quiénes habrán podido hacer tal cosa. —Dije enfurecido.

Parecía que este era el motivo del asesinato de Vincitore. Giré la cabeza hacia donde estaba Muscolino y los Gotti y vi que Andrea nos observaba con atención. Beatrice también se había dado cuenta de ello, miraba a Andrea callada y de repente, empezó a andar hacia ellos, no sé con qué propósito decidió hacer eso.

—Antonello cuida de Sara, voy a hablar con Muscolino.

—No te preocupes, cuidaré de ella.

—Gracias. Sara quédate con él e intenta tranquilizarte, dejemos que trabaje la policía. Antonello llévate a Sara de aquí y que tome una tila o algo que pueda ayudar a calmarla.

—Está bien, vamos Sara. —Le dijo Antonello mientras le pasaba el brazo por encima de los hombros.

Me dirigí hacia ellos, siguiendo a Beatrice. Quería saber de boca de Muscolino como encontró esa terrible escena, no sé por qué, pero algo me estaba oliendo a chamusquina.

Alcancé a Beatrice y continuamos hasta llegar donde seguían hablando Giorgio y Muscolino.

—Muy buenas Moisés, imagino que te habrá llamado algún compañero.

—Así es, vine todo lo rápido que pude. —Le dije al comisario al cual no veía desde hacía tiempo.

—Buenas noches, ¿qué le ha pasado en la cara? —Se dirigió a mí Andrea de forma sarcástica, haciendo referencia al moratón que aún tenía en el pómulo izquierdo por la culpa de su matón.

—Esto son males menores no se preocupe señorito Gotti, muchas gracias por interesarse por

mi salud. —Le respondí con su misma papeleta muy sereno.

Beatrice no paraba de observarnos sin decir nada.

—Dígame comisario, ¿se sabe algo sobre el asunto?, ¿alguna información importante que haya averiguado la policía?

—Hasta ahora no han aportado nada más que lo que les dije yo.

—¿Y qué les dijo usted?

—Les dije que olvidé unos papeles en mi despacho, decidí entonces venir para recogerlos antes de cenar y que al abrir la galería, noté algo extraño en el ambiente, había mucho silencio. La radio que acostumbraba escuchar siempre Vincitore no sonaba y los plomos de la luz estaban bajados. Llamé a Vincitore sin escuchar respuesta alguna. Al dar el primer paso, noté que estaba pisando algo extraño, miré abajo y vi una mancha oscura en el suelo, me agaché para comprobar que podía ser y decidí tocarla con un dedo olí esa sustancia y un olor extraño a hierro se me metió en la cabeza. Rápidamente decidí ir donde están los plomos al lado de la puerta y subirlos para comprender mejor lo que estaba pasando.

—¿Notó si la puerta estaba forzada comisario?

—No, no lo estaba. Después de encender las luces, pude ver a Vincitore sentado en su asiento y tumbado con medio cuerpo en la mesa. En principio pensé se había quedado dormido, pero casi al instante entendí lo que había pasado, vi debajo de él un periódico teñido de rojo carmín y el suelo encharcado, le habían cortado el cuello, además presentaba un agujero en su espalda, imagino le dispararían después de eso, no estoy seguro solo es una conjetura.

—Ya veo... pobre Vincitore. —Dije para mí mientras cerraba con fuerza mi mano derecha mirando hacia la entrada de la galería.

—También han robado seis obras de la exposición. —Continué diciéndome el comisario.

—¿Y las cámaras?, ¿pudieron grabar algo? Esas cámaras tienen su fuente de alimentación aislada aparte de la general, ¿algo han tenido que grabar!

—Por desgracia Moisés, hubo un error en su funcionamiento y no han logrado grabar nada.

—Pero siguen conectadas ¿verdad?

—Sí, ahora mismo están funcionando, pero desde las nueve y cuarenta y dos de la noche, dejaron de hacerlo.

Después de estar unos segundos pensando, razoné que no era normal ese fallo en el sistema justo a esa hora, qué casualidad y qué fortuna para los que cometieron semejante fechoría. Deduje que tenía que haber sido alguien que conociese la segunda fuente de energía, era eso o el que lo hizo tenía información privilegiada, también podría ser que esa persona o personas, fuesen los más afortunados del mundo, porque esas fuentes de energía no fallaban jamás, nunca he oído algo semejante.

—¿Dónde has ido cuando te has marchado del teatro? —Le preguntó de repente Beatrice a Andrea. Creo que Beatrice estaba pensando lo mismo que yo, algo no encajaba.

—Asuntos de negocios, ya te dije, tuve que ir a mi restaurante. Por lo que veo, creo que has estado bien acompañada. Será mejor que nos vayamos para casa y dejemos trabajar a los agentes—. Le respondió Andrea embistiendo con palabras la mala intención e indirecta de Beatrice, a la vez que me penetraba con su mirada.

—Está bien. —Respondió afligida. Se despidió de todos nosotros y se dirigieron hacia el coche de Andrea.

Ví alejarse a Beatrice, no me gustaba para nada esa sensación que me provocaba cada vez que se separaba de mí, me preguntaba si la volvería a ver de nuevo... espero que sí.

—Pobres.... —Dijo el señor Giorgio mirando hacia la ambulancia.

—Así es, es una verdadera lástima señor. —Dijo el comisario muy serio, dirigiendo la mirada a esa mujer que continuaba abrazando al adolescente mientras seguían llorando.

—¿Quiénes son comisario?

—Es la mujer e hijo de Vincitore. —Me dijo con cara apenada mientras se fijaba en ellos.

—La familia es lo más importante en la vida de cualquier persona, Moisés. —Se dirigió esta vez a mí el señor Gotti.

—¿Verdad Muscolino?

—Así es.

Nos quedamos en silencio mirándolos, la verdad era que yo aún no había formado ninguna familia, pero creo saber a qué se referían.

—Cualquier cosa que necesite comisario, hágamela saber por favor ya tiene mi teléfono.

—Gracias Moisés. Espero que se solucione esto pronto, por ahora la galería permanecerá cerrada por orden del capitán Paolo hasta que todo se aclare. Esperemos que encuentren a los culpables pronto.

—Eso espero yo también comisario, nos vemos. Un placer Señor Gotti. —Me despedí de ellos y fui a hablar con Valentina, se encontraba sentada sola en un banco que estaba cerca de allí.

Mientras me alejaba pude escuchar un murmullo detrás de mí, en el que entendí al señor Giorgio decir.

—Estate tranquilo.

Me pregunté qué demonios quiso decir con eso. Continué hasta donde estaba Valentina sentada con las piernas cruzadas y el teléfono móvil en la mano.

—Hola Valentina.

—Hola Moisés ya viste que tragedia.

—Sí, vine en cuanto me llamó Antonello.

—Pobre Vincitore, no se merecía esto, pobre familia—. Dijo con los ojos humedecidos y rojos. Valentina no era sólo la jefa de Vincitore, era además muy amiga de él; lo conocía desde hacía varios años, habiendo tenido la oportunidad de trabajar juntos en multitud de ocasiones.

—He hablado con el comisario y me ha explicado un poco cómo fue, cómo lo encontró. ¿Te han dicho algo nuevo los agentes a tí?

—Por ahora, sólo me han dicho lo que ya sabemos, que lo degollaron y que han encontrado un casquillo de bala de nueve milímetros. No pueden decirnos nada más hasta que no investiguen el asunto a fondo.

—¿A qué hora salisteis del Museo Valentina?

—Pues estábamos saliendo de allí más tarde de lo habitual, serían las diez o diez y poco.

—¿Quiénes estábais? ¿No notaste nada inusual, algo extraño que no era común como cada día? Intenta recordar, es importante.

—La verdad es que no, las guías se habían dado muy bien, los grupos contentos con nuestras explicaciones y al acabar recogimos como siempre, lo más extraño de ayer quizás, fue escuchar una voz muy alta en un momento dado antes de salir, pero era el comisario que estaba en la entrada de la galería hablando por teléfono, con lo sereno y tranquilo que es él, fue lo que más me sorprendió de la jornada. Un día como otro, nada extraño, ni fuera de lugar.

Me quedé callado pensando, a esa hora a la que salieron del Castello y el comisario hablaba por teléfono, justo a esa hora, estaba yo esperando a entrar al teatro. De repente me vino la imagen a la cabeza de Andrea enfadado al teléfono apartado de la fila. ¡Dios!, no puede ser, ¿será posible que el que llamase a Andrea fuese Muscolino? No puedo creer que el comisario haya tenido algo que ver en este asunto. No había sido una llamada para comunicarle lo que había ocurrido en la

galería, porque tal y como dijo Muscolino, encontró a Vincitore a las doce menos cuarto, es eso o simplemente estaba mintiéndome.

—¿Te ocurre algo Moisés? —Me preguntó Valentina al verme ensimismado.

—No, tranquila, no te preocupes. ¿Necesitas que te acompañe a casa?, ¿estás bien?

—Tranquilo, no es necesario, estaba pidiendo un taxi ahora mismo, no creo que tarde en llegar.

—Está bien, me quedaré aquí acompañándote hasta que llegue.

—Gracias Moisés.

—Faltaría más.

Hablamos durante un buen rato, intentaba consolarla en la medida que pude. Ella no paraba de recordar anécdotas que le había pasado con el bueno de Vincitore, me di cuenta de la grandísima amistad que había tenido con él y la estima que le tenía. Pasaron unos treinta minutos y el sonido de un claxon nos avisó de que el taxi ya estaba aparcado a unos veinte metros detrás de nosotros, con la conversación ni nos dimos cuenta de cuando apareció, la acompañé hasta él y nos despedimos con un abrazo.

—Gracias de nuevo Moisés.

—Tranquila intenta descansar, ha sido un día horrible.

—Sí que lo ha sido. Nos vemos Moisés, ciao.

Subió al coche y pude ver cómo Valentina se tapaba la cara con sus manos a la vez que lloraba y se alejaba de allí, girando a la izquierda en la primera curva y desapareciendo.

12

Musa

Los días pasaron y, poco a poco, todo iba volviendo a la normalidad a pesar del terrible suceso en la galería. Los agentes, bajo órdenes del capitán Paolo, siguieron investigando el caso sin averiguar nada nuevo. La galería se cerró por orden judicial y nosotros intentamos seguir con nuestras vidas.

Antonello empezó a buscar trabajo como loco, el hecho de estar más de un mes sin trabajar y sin recibir una nómina, le provocaba un nerviosismo tremendo. Le preocupaba mucho el hecho de acarrear con unos gastos sin poder sufragarlos, a pesar de tener, seguro estoy, un buen colchoncito con el que podría vivir una temporada larga, era bastante previsor y ahorrativo.

Muchas veces quedábamos para tomar una cerveza, bromear y ponernos al día. Cada vez que tenía la ocasión o “me lo ponía a huevo”, como decimos en mi tierra, le llamaba conde o marqués, haciendo referencia a que estaba forrado, lo que provocaba que nos riésemos durante largos minutos hasta que nos dolían los abdominales.

Sara tuvo mucha suerte, se le presentó una gran oportunidad, casi inmediatamente después de aquel suceso; consiguió un puesto de guía en la preciosa Siracusa, explicando los famosos restos griegos que se encuentran en esta ciudad. Apenas tenía cincuenta minutos de recorrido cada vez que iba a trabajar allí.

Valentina que fue la que peor lo pasó sintiendo mucho la pérdida de su amigo, decidió empezar un máster sobre tasación de obras de arte, lo cual, la tendría ocupada y entretenida durante al menos un año.

Yo continué con mis clases de pintura en mi taller. Tenía ya un total de treinta y dos alumnos, a los cuales, los repartía en dos sesiones a la semana. La verdad que estaba muy contento con la gran acogida que tuvo mi academia. Además de mis clases, la mayor parte de la jornada la pasaba pintando en mi estudio, aumentando el catálogo de mi obra, ya que tenía una importante exposición pasados dos meses en el monasterio Benedictino, sin dejar de lado los encargos extras, casi todos, retratos.

A pesar de tener muy bien ocupado mi tiempo, no dejaba de pensar ni un solo instante en Beatrice. Intentaba contactar con ella cada día a través de mensajes, pero desgraciadamente, siempre sin respuesta. Me estaba desesperando, necesitaba verla cuanto antes.

...

—Las diez y media de la noche otro día más. ¿Qué estará haciendo Moisés? Han pasado dos meses desde que fuimos al teatro—. Hablaba Beatrice consigo misma delante del espejo mientras con un pintalabios de color rosa, dibujaba sobre su rostro reflejado, una sonrisa que no tenía.

—No quiero... no puedo... Le echo tanto de menos. —Se decía a sí misma.

De repente, el sonido de las grandes puertas forjadas de la Villa Gotti, parecían chillar mientras se abrían, debido al fuerte engranaje que tenía que mover lateralmente el enorme peso de estas.

Beatrice se acercó a la ventana y asomándose, pudo ver un Audi blanco impecable entrando muy despacio, tan lento que, si no hubiese sido por el chirrido de las puertas, ni se hubiese dado cuenta de que alguien había llegado, incluso le extrañó que tuviese apagadas las luces a pesar de

que ya era de noche.

—¿El comisario? ¿Qué estará haciendo aquí? —Se preguntó curiosa al reconocer el vehículo de Muscolino.

Con calma y con mucho cuidado, esperó unos minutos a ver qué sucedía. Al ver entrar en la casa a Muscolino en solitario, Beatrice que acostumbraba a andar descalza, salió por la puerta en silencio y se dirigió al fondo del pasillo, hacia el despacho de Andrea.

—Dígame comisario, ¿por qué ha venido hasta aquí?, creo que ya habíamos concluido todo.

—Verá señorito Andrea, el capitán Paolo es muy cabezón y persistente, ha venido a casa ya en varias ocasiones y me ha interrogado otras tantas; creo que está con “la mosca detrás de la oreja” o eso me da a mí. Mi mujer se está empezando a poner muy nerviosa.

—¿Y? ¿Está bien su familia? —Le dijo Andrea sereno con aires de grandeza medio recostado en su sillón de cuero negro, muy tranquilo.

—Están bien gracias. —Le respondió cabizbajo.

Detrás de la puerta como un leopardo al cazar, inmóvil y en silencio, con la oreja pegada a la puerta, Beatrice escuchaba claramente toda la conversación que estaban teniendo.

—Y dígame, al grano Muscolino, ¿cuál es el problema? —Le dijo esta vez enderezándose sobre la mesa.

—Pues...el problema es que yo no he sido el culpable del asesinato de Vincitore, señorito Andrea. Yo no quería que pasase de ese modo, en realidad le tenía gran aprecio. Si pudiera usted hacer algo con este asunto del capitán, alguna cosa para que deje de acosarme, le estaría muy agradecido.

—Vaya, vaya, con que no has sido culpable. ¿Me está pidiendo otro favor? —Dijo muy despacio mientras se levantó del sillón y comenzó a andar por el despacho.

—¿Qué tal se encuentra su hija comisario?

—Se encuentra muy bien. —Le dijo tragando saliva.

—¿Y cree que se encuentra bien por fortuna, por alguna obra milagrosa de alguna divinidad superior?

—No, por ninguna de ellas. —Le respondió Muscolino mirando al suelo.

—Ha sido todo posible gracias a su padre y a usted que ella se encuentre bien. Se lo tengo que agradecer a ustedes dos.

Rápidamente Andrea furioso fue a por Muscolino cogiéndolo y levantándolo con fuerza, y amenazándolo le dijo.

—¡Pues haz el favor de mantener la boca cerrada o el corazón que le regalamos a tu hija, servirá de comida para mis perros!, ¿me has entendido?! —Le gritó Andrea tan cerca de su cara que, Muscolino podía sentir sobre ella parte de la saliva que salía lanzada mientras le cogía con fuerza del pecho, intimidándolo.

—Lo siento, señorito Gotti. —Le dijo el comisario muerto de miedo mientras, le temblaban las piernas y la voz.

—Está bien comisario, creo que necesita calmarse y no pensar en el tema. Pero haga el favor de no faltarnos el respeto y menos en nuestro propio hogar. Cuando vino a nuestra casa hace un año, pidiendo ayuda a mi familia porque tenía un grave problema, ¿no se la dimos? —Le dijo soltándole ya más calmado mientras se volvía a sentar en su asiento y se encendía un cigarrillo.

—Sí.

—¿Y bien?, ¿no nos merecíamos que nos ayudase usted en esta ocasión? Recuerde que la familia comisario, es lo más importante, ¿o no es así?

—Lleva usted razón señorito, perdone mi insensatez al haber venido. —Le dijo sumiso como

perro aterrado por un maltratador.

—Está bien, no se preocupe. No quiero volver a verlo, a no ser que yo le requiera, ¿estamos de acuerdo? Hágame caso, esté usted tranquilo, su familia está bien y seguirá estándolo si sus acciones son las correctas, eso comisario... eso, es lo más importante, ¿no cree?

—Está bien señorito Andrea, tendré cuidado con ese capitán; no habrá problema alguno se lo prometo.

—Bien, eso espero. Piense en el bienestar siempre de su hija comisario, su retoño, ante todo.

Beatrice que había permanecido todo ese rato escuchando tras la puerta, estaba en estado de shock después de haberse enterado de todo el asunto. Al oír al comisario despedirse, salió corriendo sin hacer ruido alguno a su habitación, y se asomó por la ventana.

Mientras observaba como Muscolino arrancaba de nuevo su coche, decidió sin dudarle un segundo, coger lo básico que necesitaría en una mochila y salir todo lo rápido que pudiese de allí.

A pesar de querer haber salido de la Villa como un cohete, analizó todo con cuidado y decidió que mejor sería esperar hasta que llegase la mejor ocasión de huir de ahí. Esperó un par de horas a que todo estuviese en silencio y durmiesen todos. Como si fuese un fantasma, transparente y sin emitir sonido alguno, salió al jardín, escondiéndose como pudo para no ser vista, saltó por un lado de la valla que sabía estaba más baja, y salió corriendo. Tras diez minutos alejándose de allí a toda la velocidad que pudo, tuvo la fortuna de que apareciese por allí un taxi, le echó el alto y subió en él.

—Lléveme rápido a Catania por favor. —Le dijo al conductor preocupado al ver a Beatrice tan sofocada. Automáticamente después cogió su teléfono móvil y llamó.

...

—¿Diga? —Respondí medio dormido y tumbado en la cama.

—¿Moisés?

—¿Beatrice?, ¿Beatrice eres tú de verdad?, ¿ocurre algo, estás bien?

—¿Dónde estás Moisés? Voy en un taxi ahora mismo tenemos que hablar, es muy importante.

—Estoy en mi estudio, ¿pero te ha ocurrido algo dime?! ¿Te espero en la puerta del monasterio Benedictino?

—Ok, no tardaré nada.

Después de que colgase, me vestí todo lo rápido que pude, cogí mis llaves del taller y salí a la velocidad del rayo hacia el monasterio.

Me encontraba esperando a Beatrice cerca de la puerta principal, bajo los pies de un viejo árbol que ya conocía, aquí cuatro meses atrás, Antonello había enterrado a Pomodoro, un hámster muy simpático que tenía de mascota, pero que desgraciadamente, falleció.

Vi aparecer al final de la calle un taxi que se aproximaba poco a poco a donde yo estaba; se detuvo y tras un minuto, salió de la puerta de atrás la bella Beatrice.

—¿Moisés! —Me gritó mientras vino corriendo hasta donde estaba... abrazándome.

—Hola Beatrice, tranquila—. Le dije a la vez que le abrigaba con mi abrazo.

—Dime ¿qué es lo que ha ocurrido?

—Será mejor que te lo diga en privado, vayámonos a tu estudio.

—¿No te preocupa que se entere Andrea? ¿Qué te hayan seguido?

—Precisamente sobre él y Muscolino es lo que te tengo que comentar, no quiero volver a ver a Andrea, ni regresaré a la Villa Gotti jamás.

Me quedé enmudecido tras escuchar esas palabras que siempre había deseado oír.

—Está bien, vamos a mi estudio.

La cogí de la mano y comenzamos a andar. Mi estudio estaba muy cerca de allí. Cuando

llegamos, levanté la reja de seguridad que tenía en la misma puerta de entrada.

Abrí y dejé pasar primero a Beatrice, la cual andaba tímida y despacio; tras ella, bajé de nuevo la reja y cerré con llave.

—Espera, encenderé la luz para que puedas ver mejor.

Cuando accioné el interruptor la luz blanca inundó el gran salón que usaba para impartir las clases, iluminando y dejando ver sobre sus paredes y apoyados a estas, un centenar de lienzos terminados y otros a medio empezar, esperaban que les diese algún uso. Mi caballete de campo montado en el centro, dejaba ver la obra en la que estaba trabajando en este momento, un lienzo de un metro y medio de alto, por uno con veinte centímetros de ancho, mostraba un óleo nocturno azulado, cuyo motivo principal era el Volcán Etna, mientras dormía a sus pies nuestra bella Catania.

Beatrice, se paseaba en silencio observando todo con minucioso detalle, acariciando con sus finos y delicados dedos, algún que otro borde de una obra mientras mostraba una pequeña sonrisa en su cara.

—Me encanta Moisés, es precioso lo que has montado aquí.

—Gracias Beatrice, no quería regresar a España.

—¿Y eso?

—Había algo que me ataba a este lugar y no podía irme sin más.

Cuando dije esta última frase Beatrice se giró sonriendo.

—Dime Beatrice, ¿qué es lo que ha pasado?, debe ser algo serio para que hayas decidido dejar todo aquello.

—Verás Moisés, justo hace un rato fue Muscolino a la Villa y... —Beatrice me contó toda la conversación que tuvo Andrea con el comisario mientras esta los escuchaba tras la puerta.

Me quedé completamente de piedra al escuchar lo que tenía que decirme. No me sorprendió el hecho de que Andrea e incluso el mismo Muscolino, tuvieran algo que ver con el asesinato y el robo en la galería, lo que me dejó de piedra fue cómo Muscolino había llegado hasta ahí, cómo había sido capaz de llegar tan lejos. En cierta medida podía comprender al comisario y empatizar con él, no sabría qué hubiese hecho yo en esa misma situación, ¿quién no haría todo lo que fuese necesario por salvar la vida de su hija?, aunque, si somos capaces de hacer cualquier cosa, también debemos ser consecuentes de nuestros actos, no siempre el fin justifica los medios y menos, si esto implica la muerte de algún ser humano.

—Debemos comunicárselo al capitán Paolo en cuanto podamos. Mañana mismo iremos a la comisaría para explicarle todo. —Le dije a Beatrice.

—Tengo miedo Moisés, no sabes de lo que son capaces los Gotti.

—Me puedo hacer una idea, ahora estás conmigo, tranquila, aquí estarás a salvo. No saben dónde está mi estudio, de hecho, ni se habrán dado cuenta de que no estás, al menos, hasta mañana. En el peor de los casos, de que mañana lo descubran, no saben siquiera que viniste a buscarme a mí. Iré a prepararte una tila, dame un par de minutos e intenta relajarte.

—Gracias Moisés, fuiste la primera persona a la que quería acudir, me siento protegida contigo. —Le sonreí, me gustó mucho lo que me dijo.

Fui a la cocina para prepararle la tila, mientras ella esperaba en el salón donde estaban mis obras. Cuando regresé, estaba de pie observando un boceto rápido que tenía colgado en la pared. Era uno de mis estudios de anatomía femenino que había hecho del natural en España. Me acerqué a ella y me puse a su lado.

—¿Quién es? —Me preguntó interesada y muy intrigada.

—No sé su nombre. —Le respondí mientras ella seguía analizando el dibujo.

—Qué suerte tiene, ¿verdad?

—¿Te refieres a la modelo? —Le pregunté extrañado.

—Sí. —Me dijo mientras con una pequeña sonrisa en sus labios continuaba mirando ese cuerpo desnudo, el cual, a través de sus curvas delicadas, mostraba lo sensual y el carácter femenino del cuerpo de esa mujer.

—¿Por qué dices que es afortunada?

Esperando una respuesta por parte de ella de repente me miró.

—Quiero que me pintes Moisés.

Me quedé helado sin poder decir palabra, no me esperaba que Beatrice me dijese tal cosa.

—¿Cómo dices? —Le pregunté con una voz vibrante, mostrando mi nerviosismo, lo cual ella notó al instante.

—Tranquilo, solo será arte, quiero ser immortalizada de esa forma tan bella y verdadera. Quiero que tú lo hagas. Quiero que me pintes.

—¿Estás segura?, ¿un retrato quieres?

—Sí.

—Pero... ¿ahora dices?

—Sí. —Me respondió rotunda.

—Está bien, no podría tener una mejor modelo, déjame preparar los pigmentos y el sitio para colocarte.

Mientras ella observaba todo, me puse mi bata que acostumbro a ponerme para pintar y empecé (como un científico en su laboratorio), a mezclar pigmentos de diferentes matices, con aceite de linaza. Cogí azul cobalto, carmín de garanza, amarillo cadmio y un blanco titán; a partir de estos, haría toda la paleta de colores que iba a necesitar para formar y plasmar la esencia de Beatrice, aunque yo sabía que no llegaría a materializar en facturas toda su belleza apolínea natural, era imposible, pero al menos, sería mi interpretación de ella.

Ubiqué en un rincón del espacio un diván de madera, sobre el cual coloqué una sábana blanca y unos cojines, apagué la luz blanca y encendí un foco de luz más tenue y anaranjada en unos de sus lados, gracias a esto me proporcionaría un buen contraste de luces y sombras.

—¿Preparada? —Le pregunté mientras veía como sus ojos agachados y su silencio, me indicaban que estaba algo nerviosa.

—Puedes sentarte ahí. Ponte cómoda, ya que tardaremos un rato y necesitare que te muevas lo menos posible.

Sin decirle nada y para mi asombro, comenzó a deslizar uno de los tirantes de sus hombros para un lado dejando que cayese a lo largo de su brazo, hasta su codo.

—¿Qué haces?! — Le pregunté alterado, ahora el que estaba nervioso era yo, no me imaginaba que ella quisiese ser pintada así.

—Te dije que quería ser pintada por ti, y quiero que lo hagas como en aquella pintura.

—Sí, pero yo pensaba que... bueno, con tu vestido se notan bien tus curvas, no es necesario que...

Sin decir más, me quedé callado al ver como dejaba caer el otro tirante lentamente. No podía estar más atento e hipnotizado, dejó que su vestido bajase por sí solo y poco a poco, su cuerpo de musa se presentaba ante mí, sin barreras, original y pura idea. Mis ojos recorrían con detalle cada centímetro de su cuerpo, admirándolo y enamorándose de nuevo de todos ellos, de ella, de Beatrice; la contemplaba y me parecía sencillamente perfecta.

Empezó a andar de forma lenta dirigiéndose hacia el diván. La luz que bañaba su piel proyectaba sobre sus curvas, unas sombras sinuosas y potentes marcando sus formas redondeadas

sobre sí misma, moviéndose sobre ella, como agua, como si estuviesen escuchando a Chopín con su Nocturne No.20 in C-Sharp minor.

Se acomodó sin mirarme a los ojos, levantó una de sus rodillas y dobló uno de sus brazos mientras el otro lo colocó de tal manera que una de sus manos casi tocaba su rostro, estaba muy sensual, estaba preciosa, si Zeus pudiese verla, seguro que se transformaría en lluvia de oro para seducirla.

Nervioso y muy alterado me dispuse a hacer el encaje, un boceto rápido con líneas largas y sin miedo alguno, tenía que ser instintivo, sin dejar paso a la reflexión, que pintase mi yo sin control, expresar todo lo que me producía el verla allí, de esa manera posando para mí.

Poco a poco conforme pasaba el tiempo, mi concentración iba en aumento, avanzando la pintura a un ritmo desenfadado mientras ella permanecía callada, me miraba. Sin pensar mezclaba colores y daba veloces pinceladas. Sin ser consciente de ello, el tiempo pasaba y la obra estaba casi acabada, una pintura rápida que sería mi mayor tesoro, pero antes de dar los últimos retoques, justo cuando estaba fijándome en la zona de su moflete, vi caer sobre este una gota, una lágrima transparente que brillaba con la luz y paré. Me quedé quieto mientras nos mirábamos mutuamente, vi que estaba llorando en silencio con la cara más bonita que he visto nunca.

—¿Estás bien? —Le pregunté preocupado.

—...

Dejé caer el pincel, me senté a su lado y la miré mientras le secaba las lágrimas que seguían cayendo por su delicada piel, a la vez que me miraba.

—Ven anda. —Le dije mientras le cogía de un brazo reincorporándola y la abracé contra mi pecho.

—Gracias Moisés, estoy bien, es solo... es solo que... me gustas mucho Moisés. Esto que haces es muy bonito, nunca he sentido nada igual.

—No seas boba anda, tú sí que eres preciosa deja de llorar, no me gusta verte así. —Le dije a la vez que le sonreía y apartándola un poco de mí, llevé mi dedo índice el cual estaba aún manchado con óleo de color verde hacia su cara y le manché la punta de la nariz intentando que sonriera ella también.

—¿Ves? Ya te he pintado. —Le dije con una amplia sonrisa.

—Moisés... Te... quiero.

Mi corazón al escuchar esto, hizo todo lo contrario que hubiese pensado, en vez de latir con gran fuerza descontroladamente, se calmó y se quedó en paz. Cogí su rostro con mis dos manos, y le di el beso más puro y verdadero que podría entregar.

Capitán Paolo

Pasamos toda la noche juntos, fue realmente especial, no quería que amaneciera por miedo a que jamás hubiese otra ocasión de ver los ojos y rostro de Beatrice mientras dormía, solo el hecho de contemplarla así, me hacía feliz.

—Despierta Beatrice, son las nueve de la mañana. —Le dije muy bajito mientras le retiraba el flequillo de su frente.

—¡Aaay, que bien he dormido! —Me dijo mientras abría sus ojitos, se estiraba bostezando y me sonreía.

—Vamos marmota, tenemos que ir a hablar con el capitán Paolo. —Le sonreí.

—Solo un poquito más Moisés, se está tan bien aquí. —Me respondió a la vez que se echaba sobre mi pecho y ronroneaba.

—Está bien, sólo un poquito más. —Le dije mientras la rodeaba con mi brazo izquierdo y la acariciaba recorriendo su espalda con mis dedos. Se estaba tan a gusto, que fue inevitable quedarnos dormidos de nuevo.

La alarma del despertador que había puesto esa misma noche antes de irnos a dormir, sonó a la hora que la programé, a las diez y media exactas. Nos levantamos, ahora sí, y decidimos salir a desayunar a algún lugar un poco escondido con el fin de evitar cruzarnos con algún conocido o en el peor de los casos, con Andrea y sus amigos si ya se percataron de la ausencia de Beatrice, lo cual, no teníamos modo alguno de saberlo.

Tomamos un rico y completo desayuno en un bar muy escondido, en una pequeña y muy estrecha calle cerca de la fiera de la ciudad, donde fuimos a continuación. Una vez en ella, aprovechamos la gran aglomeración de personas para pasar desapercibidos, después cogimos un taxi para llegar cuanto antes a la comisaría de Catania.

Tardamos menos de quince minutos en llegar y una vez allí, entramos. Me quedé maravillado por cómo este edificio conservaba la esencia del barroco en su decorado arquitectónico. Tuvimos que dejar todas nuestras pertenencias, teléfonos, cinturón, cartera, etc., en un detector de metales mientras nos observaba un carabinero de avanzada edad y nos diese el visto bueno para poder pasar. Cuando pasamos por él estaba todo perfecto, no sonó el típico pitido que te obliga a testearte de nuevo, por si algo se te había olvidado quitarte o que el mismo vigilante te registrase, de modo que, nos dio de nuevo nuestras cosas y continuamos avanzando por el vestíbulo de la comisaría hasta llegar a una especie de recepción donde preguntamos por el capitán Paolo.

—Hola señores, ¿qué desean? —Me preguntó una mujer vestida de uniforme azul que estaba sentada en una mesa enorme, llena toda ella de papeles y un ordenador.

—Buenas, queríamos hablar con el capitán Paolo, es importante. —Le respondí de buena gana. Estaba deseoso de contarle al capitán lo que sabíamos y que todo se solucionase cuanto antes.

—Está bien, pasen por esa puerta, su despacho es el sexto que encontrarán a su izquierda, fíjense bien en el cartel que hay en la entrada, ahí encontrarán su nombre y podrán llamar a la puerta, no tiene pérdida.

—Muchas gracias. —Le respondió ahora Beatrice.

Pasamos por la entrada que daba acceso a un gran espacio lleno de carabinieri que, a esa hora de la mañana, estaban en pleno rendimiento trabajando, unos leyendo montañas de papeles; quizás serían de casos que tenían que resolver, simplemente multas o tan solo, el complejo papeleo burocrático. Otros charlaban y algunos parecían nerviosos pues no paraban de ir de un lado a otro cruzándose entre ellos a un ritmo desenfrenado, el ambiente, sin exagerar, me resultaba muy estresante. Un poco más adelante pudimos ver despachos consecutivos colocados a cada lado uno del otro, los cuales entre ellos dejaban un pasillo muy ancho y muy cómodo por el que transitar.

Siguiendo las indicaciones que nos dio la mujer de la recepción, llegamos hasta la puerta que tenía el cartel donde se podía leer “*Capitán Paolo Tovar*”. Llamé tres veces golpeándola con los nudillos, pero no obtuvimos ninguna respuesta de su interior, insistí y volví a llamar esta vez con golpes algo más fuertes y más sonoros, por desgracia como en la vez anterior, sin fortuna; ninguna señal de que alguien estuviese dentro de la oficina.

—Hola, ¿puedo ayudarles? —Nos preguntó una voz masculina desde nuestra espalda, sin darnos cuenta de que alguien se había aproximado hasta donde estábamos Beatrice y yo.

Nos giramos y vimos que se trataba de un hombre de unos cuarenta años, portaba en sus manos una carpeta archivadora, era alto y delgado, rubio, de tez clara, no llevaba uniforme, pero iba muy bien vestido con unos vaqueros de color azul oscuro, zapatos marrones y una camisa blanca muy bien planchada, sobre la cual, resaltaban unos tirantes negros con hebillas doradas y una americana muy elegante; debajo de esta pude ver una pistola colgada en el lateral bajo su brazo derecho que si les soy sincero, impresionaba.

—Muy buenas, estamos buscando al capitán Paolo, pero como podrá ver, no hemos tenido suerte, ¿sabe usted dónde podríamos encontrarlo? —Le dije mientras me miraba, pero... lo raro fue que, cuando se fijó en Beatrice su expresión facial cambió, fue algo muy extraño.

—¿Se puede saber quiénes y porqué lo buscan? —Nos preguntó muy intrigado, pero esta vez, aunque estaba algo nervioso, noté que intentaba disimularlo.

—Yo soy Moisés y ella es Beatrice, lo buscamos porque tenemos información muy importante que debe saber relacionada con el asesinato ocurrido en el Castelo Ursino.

—Yo soy su compañero asignado en el cuerpo, el teniente Maurizio. Me temo que el capitán ahora mismo no se encuentra en su despacho y no sabemos dónde puede estar; si me dan ustedes un teléfono o dónde poder localizarlo, en cuanto se presente, le avisaremos para que venga a comisaría o iremos para allá para no molestarles mucho. Pasemos al despacho, síganme. —Nos dijo esta vez más calmado.

Pasamos al despacho del capitán y en él pudimos ver dos escritorios. Sobre cada uno de ellos había un pequeño letrero donde se podían leer los nombres y cargos, la mesa más grande y mejor colocada delante de un ventanal inmenso que dejaba pasar una gran luz, era la del capitán. La otra mesa pertenecía al teniente Maurizio, en esta ocasión, se notaba que era un rango menor, pues este escritorio estaba más retirado y era de menor tamaño. Le di las señas de mi estudio, donde poder localizarnos en cuanto llegase el capitán; le comenté que quería hablar con él personalmente para darle los detalles, después sin más le dimos las gracias y salimos de la comisaría.

Fuimos al estudio hasta esperar noticias del capitán y de su compañero con impaciencia. Estuvimos esperando por lo menos hora y media, mientras, tomábamos un tentempié y escuchábamos algo de música de fondo.

—¿Era raro el tipo verdad? —Le pregunté a Beatrice.

—Sí, a mí también me lo pareció, de hecho, no sé de qué, pero su cara me es familiar. —Me

respondió Beatrice intentado recordar de qué le sonaba su cara.

—Quizás de alguien parecido, a mí me confunden mucho por la calle, debo tener una cara no poco común. —Le dije mientras reía.

—¡No, no puede ser! —Dijo de repente Beatrice mientras se ponía de pie con cara de asustada.

—Tenemos que salir de aquí cuanto antes Mois...

De repente llamaron a la puerta, Beatrice asustada la miró y me frenó en seco al ver que me reincorporaba para abrir.

—¿Qué sucede Beatrice?

—Buenos días, soy el teniente Maurizio y el capitán Paolo, venimos para retomar la conversación que tuvimos en la comisaria. —Se escuchó una voz detrás de la puerta.

—No abras Moisés ya sé dónde he visto a ese tal Maurizio. —Me dijo Beatrice preocupada.

—¿De qué lo recuerdas? —Le pregunté muy intrigado e inquieto, ¿por qué querría que no abriese puerta?

—Lo vi en la Villa hace tiempo en una ocasión, creo que fue a hablar con Andrea. Después de que se metiera en casa salieron a dar un paseo por el jardín, parecían muy amigos. Los pude ver bien desde mi ventana. No me fio de él Moisés, no abras la puerta por favor, no contestes.

—Pero viene con el capitán Paolo, no creo que haya peligro, tranquila no pasará nada malo.

—¿Hay alguien? —Volvimos a escuchar esa voz de Maurizio a través de la puerta.

—Soy el capitán Paolo, abran por favor, me han dicho que tienen información importante.

—¿Ves Beatrice?, tranquila no pasa nada, todo se va a solucionar. —Le dije al escuchar otra voz diferente intentando calmar a Beatrice mientras me dirigía a abrir la puerta.

Quité el cerrojo con cadenilla que tenía la puerta en su parte superior y la abrí con llave pues estaba cerrada a cal y canto. Les diré que fue quizás el mayor error que haya cometido nunca, desde entonces todas las puertas de entrada en las que he vivido siempre han tenido su mirilla. Nada más abrir un centímetro la puerta, escuché y noté que alguien por el otro lado la había golpeado dándome un fuerte impacto en la cara con ella desplazándose hacia atrás al menos metro y medio, dejándome con la nariz sangrando.

—¡Vaya, vaya, aquí estabas! —Dijo una voz muy familiar, se trataba de Andrea. Beatrice como siempre llevaba toda la razón, ese granuja del teniente resultó ser un esbirro de los Gotti, era un topo encubierto en el cuerpo.

—¡Serás desgraciado Maurizio, eres un farsante! —Le dije enfadado, con mucha rabia.

—De algo hay que vivir. —Me dijo sonriendo alardeando cogiendo de la solapa de su americana.

—¡Déjanos en paz! —Le gritó Beatrice a Andrea que se aproximaba a ella.

—¡Calla! —Le chilló mientras le propinaba una sonora bofetada en la cara.

—¡Serás cabrón, hijo de puta, ni se te ocurra tocarla una vez más!, ¡¿me oyes malnacido?! —Le increpé furioso, mientras iba a por él de cabeza, con el puño cerrado y preparado para golpearle con todas las fuerzas que tenía; juro que tenía ganas de matarlo allí mismo y lo hubiese hecho, si no me hubiesen cogido los dos matones de Andrea que fuertemente me agarraron por detrás de los brazos, inmovilizándome. Imagino que uno de ellos fue el que se hizo pasar por el comisario, lo habían planeado todo desde el principio.

—Admiro tu valentía Moisés créeme, pero creo que no estás en muy buena situación para hacerte el héroe en este momento, ¿no crees? —Me dijo Andrea mientras se dirigía hacia mí y cuando se cruzó a Maurizio, le levantó un poco la americana y sacó de su interior una pistola.

—Veamos que tenemos que hacer contigo... Al parecer no te quedó claro con las costillas

rotas, quizás de este otro modo, desaparezcas de una vez por todas. —Dijo mientras levantaba su brazo y colocaba la boca de la pistola justo entre mis ojos.

—¡Para por favor Andrea! ¡Detente de una vez..., por favor te lo pido! —Le rogó Beatrice llorando.

Se hizo un silencio. Parecía que el tiempo se había parado. Andrea bajó el arma y miró a Beatrice.

—¿Por qué debería hacerlo, dime? Ha intentado quitarme lo que más quiero en este mundo; creo que es justo que lo liquide aquí mismo. —Y de nuevo levantó su brazo, apuntándome a la cabeza.

—Me iré contigo, esta vez será para siempre créeme, te lo prometo, pero no le hagas daño. Vámonos a casa y déjalo en paz, por favor te lo pido Andrea.

De nuevo el silencio más absoluto inundó la sala.

—Tienes suerte, escoria... Maurizio, llévate a Beatrice fuera y quedaros en el coche, vosotros dos, esperadme en el coche también, voy en dos minutos, quiero hablar algo con nuestro querido Moisés antes de despedirnos.

—No me iré hasta que no me des tu palabra de que no le tocarás un pelo. —Le requirió Beatrice a Andrea que parecía estar más calmado.

—Está bien Beatrice, ve al coche. Tienes mi palabra.

—¡No, no lo hagas Beatrice, da igual lo que me pase a mí, pero no te vayas con él, por favor! —Le pedí a Beatrice, y con los ojos llorosos... me dijo adiós en silencio. Comenzó a andar, y salió por la puerta, desapareciendo de mi vista.

—Bien, gusano; ahora escucha bien lo que voy a decirte, solo te lo diré una vez. Sobre lo ocurrido en la galería mantén el pico cerrado. He prometido no hacerte daño alguno y cumpliré mi promesa, pero te lo advierto, si tanto te importa Beatrice, desaparece de aquí cuanto antes, no quiero verte nunca más o te juro que no me temblará el pulso y haré desaparecer del mapa a nuestra preciosa Beatrice, ¡lo has entendido?!

—¡No te atreverás, cabrón, si le haces algún daño, juro que no descansaré hasta matarte!

—Ponme a prueba y verás de lo que soy capaz de hacer, no tienes ni idea de con quién estás hablando Moisés. —Me dijo mientras se daba la vuelta y se dirigía a la calle.

—¡Suerte Moisés! —Y con estas dos simples palabras, cerró la puerta tras de sí y me dejó solo... solo y desbastado.

14

Cartas

El tiempo pasaba y yo no sabía qué hacer, la cabeza me iba a explotar. Me quedé sentado en una silla durante horas muy preocupado, dándole vueltas a todas las posibilidades que podría tener para ir a buscarla. Tenía que pensar algo que funcionase y rápido. No podía permitir que Beatrice se sacrificase de esta manera, no me fiaba de Andrea y no me perdonaría jamás si a ella le ocurriese algo malo.

Por fin pensé un plan que creí podría funcionar, aunque el riesgo que conllevaba era muy elevado. Les escribí a Antonello y a Sara para que viniesen al estudio tan rápido como pudiesen. Mientras tanto, escribí unas líneas sobre dos hojas de papel en blanco y cuando acabé, las metí en el interior de dos sobres que posteriormente cerré.

No llegó a la media hora cuando el timbre de la puerta de mi estudio sonó.

— ¡Moisés, ábrenos, somos nosotros, Sara y yo! —Gritó Antonello desde la calle.

Fui a abrirles la puerta mientras colocaba sobre la mesa, los dos sobres que acababa de terminar de escribir y cerrar.

—Pasad chicos.

—He llamado a Sara en cuanto he leído tu mensaje para venir todo lo rápido que hemos podido, nos has asustado.

—Moisés, ¿qué ocurre, te pasa algo, estás bien? —Me preguntó Sara muy agitada y preocupada.

—Sentaos por favor, tengo algo que deciros.

—Pero dinos qué pasa, el por qué de ese mensaje que nos has enviado. De verdad que me estás asustando amigo. —Me dijo Antonello.

Se sentaron los dos donde les indiqué. Cogí los dos sobres y colocando una silla delante de ellos, me senté.

—Me tenéis que perdonar, pero por ahora no puedo contaros nada, solo confiad en mí por favor y no me hagáis preguntas. Solo haced esto que os voy a pedir, mi vida depende de ello. —Les dije a los dos, mientras me escuchaban con mucha atención y preocupación.

—Moisés, o me dices qué ha ocurrido o no lo haré. —Me dijo Sara un poco enfadada.

—Estoy muy preocupada Moisés y de verdad que me estás asustando muchísimo.

—Tranquila Sara, solo te pido que confies en mí. —Le dije, mientras me levantaba y le entregaba uno de los sobres, el cual tenía pegado a él, un escrito en un recorte de papel más pequeño.

—¿Y esto?

—Dadme un segundo y os diré que tenéis que hacer con él, tened paciencia. —Concreté a la vez que le entregaba el otro sobre a Antonello.

—¿Qué demonios se supone que debemos de hacer con esto Moisés? —Me preguntó esta vez enfadado Antonello.

—No os enfadéis por favor, escu...

—¿Cómo no vamos a enfadarnos si nos estás asustando? —Me increpó Sara interrumpiéndome.

—Perdonadme. Os voy a pedir el mayor favor que jamás creo que pediré a nadie. Os he entregado a cada uno una carta, pegado a ella encontraréis a quienes tenéis que entregarlo, no permitáis que nadie abra el sobre si no es el destinatario en concreto, esto es muy importante y tenéis que hacerlo antes de que llegue la noche. Perdonadme que os pida tan difícil tarea en tan poco tiempo, pero necesito que lo hagáis sí o sí, estoy en vuestras manos.

—Pero, ¿qué nos estás contando Moisés, ¿cómo que estás en nuestras manos y que tu vida depende de ello, estás en peligro? —Me preguntó Antonello muy alterado.

—Ahora como veis estoy bien, tranquilízate Antonello, si hacéis eso que os pido todo irá bien, de verdad, os lo prometo.

Nos quedamos en silencio por un minuto mientras nos mirábamos los tres. Mis compañeros muy preocupados me miraban y leían el destinatario de las cartas.

—Está bien Moisés, haré lo que me pides. Espero que sepas bien lo que haces, confío en ti. —Me dijo Sara más animada.

—Muchas gracias Sara, no esperaba menos de ti, te lo agradeceré siempre.

—Te juro Moisés que como algo salga mal, yo mismo te daré una paliza en cuanto te vea. Le entregaré la carta a quien me indicas, pero ten mucho cuidado, ¿vale? Algo me dice que te vas a meter en problemas, mira que te lo advertí aquella vez en el jardín.

—¿Qué pasó y de qué jardín habláis? —Preguntó Sara extrañada.

—No te preocupes Sara, no es nada importante, ten paciencia por favor. Si todo sale como he previsto, mañana te contaré todo con detalles. —Le dije, intentando que no continuara con sus preguntas. No les di toda la información, pues no quería meterles en mayores problemas; la familia Gotti es muy peligrosa y no quería inmiscuirles por saber más de lo debido sobre el comisario, los Gotti y el caso de Vincitore.

—Bien Moisés, nosotros nos encargaremos, marchamos ahora mismo a cumplir con tu demanda, te prometo que antes de que llegue la noche estarán entregadas. —Me dijo Antonello dándome más confianza y ánimo.

—¡Eso es, déjalo en nuestras manos! vámonos Antonello. —Me sonrió Sara.

—Gracias chicos sois geniales, mañana nos vemos, ¿ok? —Les dije subiendo el pulgar arriba.

—¡Hasta mañana Moisés! —Dijeron mis dos amigos a la par, saliendo por la puerta.

A continuación, decidí prepararme y esperar a que llegase la noche. Había decidido ir a por Beatrice y sacarla de allí, pasase lo que pasase nada me importaba más, solo ella.

15

¡agárrate!

Llegó la hora exacta en que había pensado dirigirme a Taormina, para lo cual, llamé a un taxi citándolo en la puerta de mi estudio a las doce y media de la noche. Cuando salí ahí estaba, enfrente de mi puerta esperando que me subiese y recibir órdenes para saber el destino al que dirigirse.

—Buenas noches caballero, ¿dónde quiere que le lleve? —Me preguntó el taxista con una sonrisa en la cara muy educadamente.

—Lléveme a Taormina cerca de la famosa Villa Gotti, cerca de la calle Madonna Delle Grazie, por favor.

—Estupendo, pues para allá vamos.

Arrancó el motor y empezamos a movernos. EL conductor parecía ser un hombre muy agradable, pues durante todo el recorrido no paraba de intentar sacar tema de conversación, preguntándome cosas y opinando sobre otras. Cuando pasaron unos cincuenta minutos ya casi estábamos llegando al lugar exacto al que le indiqué. Cuando llegamos por fin, le pagué y bajé del vehículo y se fue sin decirme nada más, ni un simple adiós. Creo que se llevó una mala impresión sobre mí y no le culpo de ello, pues mis pensamientos durante todo el viaje estaban en otro lugar, provocando que no le prestase mucha atención a lo que me preguntaba o me decía y simplemente le respondía con respuestas muy escuetas con un sí, no, y ¡ah!, ¡qué bien!

A esa hora de la noche muy pocos automóviles pasaban por la zona y menos aún en esa calle, que no conectaba a ninguna otra. Al final de ésta, se encontraba mi destino, la lujosa Villa Gotti.

Se escuchaba a los grillos cantar y muy pocas luces se veían alrededor, excepto la luz anaranjada de unas pocas farolas que iluminaban la carretera y alguna que otra bombilla más que alumbraban a escondidas detrás de una valla con setos, pertenecientes a algunas de las casas lujosas que estaban a cada lado de la calle.

Empecé a andar con paso firme en dirección al final de la calle y una vez allí, pensar el modo de entrar sin ser detectado, quizás saltaría por donde entré la última vez que me colé, pues me cazaron dentro y no cómo llegué a entrar. Aunque también era muy probable que después de lo ocurrido, revisasen la zona para averiguar cómo lo hice y ponerle una solución, en tal caso, tendría que encontrar otro modo para hacerlo.

Escuché, mientras iba caminando, a un coche aproximándose por detrás de mí, iba con el volumen de la música muy alto y por el sonido grave de su motor, deduje que debía de ser de un coche potente. Me giré para verlo y rápidamente tuve que esconderme detrás de un banco que había al lado de la carretera. Se trataba de un coche negro que, cuando cruzó por delante de mi vista, descubrí que se trataba de Andrea que iba a toda velocidad hacia la Villa.

—Bien. —Me dije a mí mismo.

Cuando dejé de verlo me puse en pie y continué haciendo el mismo recorrido que hizo él. Pasados unos diez minutos por fin pude ver a lo lejos la Villa Gotti, ahí estaba como en aquella ocasión del baile, iluminada toda ella de farolas de forja bien decoradas, con su precioso jardín que hacía de antesala al palacete y árboles frondosos que casi ocultaban el enorme edificio.

Como en aquella ocasión, me acerqué con cuidado de no ser visto y rodeé su perímetro

intentando localizar el lugar exacto por donde entré la última vez. Esta vez me resultaba más complicado encontrar justo el lugar debido a que la noche ya estaba muy avanzada y no quería encender ninguna luz, tenía que evitar que descubrieran mi presencia a toda costa.

—¡Premio, creo que fue por aquí, sí, aquí está la gran roca! —Me dije a mi mismo con un tono apenas perceptible.

Me subí a ella como aquella vez y de un gran salto alcancé su parte alta para colarme sin ningún problema.

—Debo aproximarme a la habitación donde pude ver a Beatrice la otra vez, espero que pueda dar con ella sin ser visto y dar la alarma.

Continué acercándome, teniendo un inmenso cuidado de los guardas que patrullaban el patio y el jardín. Pude llegar a aquel seto podado con forma de cubo, me coloqué detrás y miré hacia el ventanal donde se encontraba la habitación de Beatrice, aunque las luces sí estaban encendidas, esta vez no sonaba ningún piano. Justo esa zona estaba siendo vigilada por un guarda que tenía una apariencia de brabucón que no dejaba de ir de un lado a otro, con un paso firme y tranquilo. Yo que lo observaba intentando buscar un punto débil en ese circuito, miraba mi reloj.

Como una serpiente, me tumbé en el suelo y decidí acercarme arrastrándome con movimientos suaves y no producir sonido alguno hasta estar bajo el balcón de Beatrice. Mirando a mí alrededor, vi que no había peligro, me levanté y comencé a escalar como el mejor de los alpinistas, agarrándome a todo lo que podía, jamás había hecho nada igual. Imagino que la adrenalina que tenía por mi estado alterado de nerviosismo, me dio las fuerzas necesarias para conseguirlo, poco a poco, en apenas unos segundos sin llegar al minuto, estaba metiendo mis piernas por encima del poyete de mármol y logré poner los pies dentro del balcón.

Me asomé con mucho cuidado por el ventanal y ahí estaba ella, tumbada en la cama boca abajo con los pies en alto y cruzados, su medio torso superior levantado y con sus manos agarraba un libro que estaba leyendo. Si pudiera parar el tiempo justo ahora, volvería a pintarla de esa forma tan natural y bella.

Golpeé muy despacio la cristalera tres veces con los nudillos.

—¿Pero ¿qué...? —Miró abriendo los ojos como platos, asombrándose al verme.

Rápidamente se levantó dejando sin cuidado alguno el libro sobre la cama y vino a abrirme rápido.

—Pero, ¿qué haces aquí Moisés, te has vuelto loco? —Me preguntó mientras tiraba muy fuerte de mí hacia dentro de la estancia.

—No quiero separarme de ti. —Le dije a la vez que le cogía la cara con mis manos, dándole un beso que parecía tener vida propia, la anhelaba con desesperación. Después Beatrice, me sonrió.

—¡Prepárate, nos vamos de aquí!

—¡Pero Moisés todo está plagado de guardias!

—Sí, lo sé. Tranquila, siguen un patrón, he estado observándolos con detenimiento mientras me colaba hasta aquí, tenemos vía libre durante tres minutos hasta llegar a tu coche una vez estemos debajo de tu balcón. Coge tus llaves, tenemos que llegar hasta él y salir pitando.

—Está bien Moisés, vamos a hacerlo. —Me dijo valiente.

Cogió sus llaves y salimos con cuidado agachados al balcón. Nos asomamos por encima del poyete para ver en qué lugar exacto se encontraba el guarda de seguridad.

—Escúchame bien Beatrice, bajaré por aquí tal y como he subido, y te esperaré abajo. Estate atenta y cuando te dé la señal, tienes que bajar por donde yo lo haga ahora. No tengas miedo, te prometo que yo cuidaré de ti desde abajo.

—Ok, ten cuidado.

—No te preocupes, todo saldrá bien. —Le dije mientras le acariciaba su moflete derecho.

Fijándome donde se encontraba el guarda, vi justo el momento que quería y aproveché para ponerme en pie y deslizarme hasta llegar abajo, me quedé pegado a la pared y de nuevo observaba al vigilante hasta encontrar el momento justo para darle la señal a Beatrice.

—¡Ahora! —Le dije sin sonido alguno, solo con el movimiento de los labios y haciéndole una señal con la mano a Beatrice.

Beatrice, como una verdadera experta de la escalada, no necesitó mi ayuda para nada, es más, bajó el doble de rápido que yo; de verdad que esta chica me sorprendía a cada momento, era increíble.

—Perfecto, quedémonos aquí pegados a la pared hasta que te diga, ¿ok?

—Sí.

De nuevo observé al vigilante y cuando empezó a dirigirse hacia el fondo, nos movimos con sumo cuidado de no hacer ruido, teníamos unos tres minutos para alcanzar el coche, pero cuando íbamos a medio camino, escuchamos una voz gritar.

—¡Alto! ¡Deteneos! —Nos gritó el vigilante que nos había visto desde el fondo mientras comenzó a correr hacia nosotros.

—¡Vamos corramos! —Le grité a Beatrice.

—¡Aquí el número tres, señorito Gotti, Beatrice intenta escapar con Moisés tal y como predijo! —Gritaba a través de su walkie mientras corría.

A toda velocidad llegamos al coche que ya había abierto Beatrice en carrera, y nos metimos dentro. Arrancó rápidamente y, sin poner las luces, metió la primera y salimos pitando de allí, teníamos que hacerlo antes de que cerrasen las puertas que estaban siendo custodiadas uno a cada lado por otros dos vigilantes.

—¡Cerrad las puertas, estúpidos! —Le gritó a distancia el guarda número tres a los otros dos que parecían no saber qué estaba pasando.

De repente, vimos como comenzaron a cerrarse. Beatrice manejaba el volante con verdadera maestría, haciendo giros y esquivando los diferentes obstáculos que nos encontrábamos en dirección a la salida.

—¡Písale a fondo Beatrice!

—¡Eso estoy haciendo!, ¿no me ves? ¡Agárrate! —Me gritó muy concentrada pisando fuerte el acelerador.

Pasamos como un relámpago al lado de aquella fuente que no olvidaría jamás, la dejamos atrás y justo cuando estaba la puerta a la mitad de cerrarse, Beatrice consiguió salir por ella golpeando el coche por unos de sus laterales. Al fin habíamos conseguido salir de allí gracias a la destreza de Beatrice.

—¡Panda de estúpidos abrir la puerta, rápido! —Ordenó Andrea que corría hacia su coche.

Una vez en éste, encendió el motor a toda velocidad y salió tras nosotros.

Gracias amigos

Las farolas, árboles y carteles pasaban a toda velocidad. Beatrice aceleraba en cada curva y recta que nos encontrábamos en el camino como si fuese un piloto profesional de fórmula uno. Habían pasado apenas cuatro minutos desde que salimos de la Villa Gotti y miré por el retrovisor.

—Parece que no nos persigue nadie.

—Con que teníamos tres minutos, ¿eh? —Me preguntó Beatrice de forma irónica.

—Eso creía. —Le dije mientras le sonreía de una forma misteriosa.

Miré de nuevo por el retrovisor y pude ver dos luces que se aproximaban a toda velocidad hacia nosotros.

—¡Ahí está! —Pensé para mí.

—¡Acelera Beatrice! Al parecer Andrea es un tipo muy cabezón, dirígete hasta el viejo teatro griego, tengo un plan.

—¿Un plan?! ¿Y cuándo pensabas contármelo? —Me recriminó Beatrice alterada.

—Confía en mí, acelera a tope y dirígete allí.

—Ok Moisés, espero que todo salga bien. —Me respondió mientras empujaba más el pedal y el indicador de velocidad subía por segundos.

Lo teníamos difícil pues el coche de Andrea era muy potente y cada vez estaba más cerca de nosotros.

—¡Nos va a alcanzar, Moisés! —Me gritó Beatrice asustada.

—¡Tranquila, ya se ve el teatro allí, en lo alto, dale un poco más!

El coche de Andrea se puso a nuestro lado con las ventanillas bajadas, sonando el claxon intentaba que detuviésemos el coche.

—¡Parad, para Beatrice, digo que os paréis de una maldita vez, no sabéis lo que habéis hecho! —Pude escuchar gritar a Andrea muy agresivo y enfadado.

De repente vimos un poco más adelante una curva muy cerrada.

—¡Beatrice, frena o me temo que nos la vamos a pegar!

—Tranquilo. —Me soltó calmada como que tenía todo controlado.

Cuando íbamos a adentrarnos en ella, se abrió en su pared una callejuela muy estrecha, pero lo suficiente como para poder entrar por ahí con el coche muy ajustado. Beatrice, demostrando su habilidad al volante y con un brusco volantazo consiguió meternos de lleno en dicha callejuela.

—¿Ves? Te dije que estuvieses tranquilo, me conozco Taormina muy bien. —Me dijo con una pequeña sonrisa en la cara.

—Casi me matas de un susto. —Le contesté pegado al sillón y agarrado a todo lo que podía con fuerza, pensaba que nos matábamos ahí mismo.

—¡Qué pesado es!, pensaba que lo había perdido al meterme por aquí.

Miré por el retrovisor, ahí continuaba detrás nuestro y acercándose muy rápido, tanto que, en apenas unos segundos el morro de su coche estaba empujándonos por detrás, con pequeñas y fuertes embestidas intentando que parásemos.

—¡Sólo un poco más, aguanta mi pequeño ya casi estamos! —Esta vez se dirigió Beatrice a su Modus, al que le tenía un gran aprecio.

Por fortuna para nosotros la callejuela se abría apenas a cien metros más adelante, abriéndose para nosotros la carretera principal que subía directamente al teatro y digo por fortuna, porque no sé cuánto tiempo hubiésemos aguantado las embestidas de Andrea.

Por fin, conseguimos salir a ese espacio más abierto. El ruido de los dos motores, era tremendo. Beatrice de nuevo pisó todo lo fuerte que podía el acelerador y subimos rápidamente la recta hasta frenar casi en seco justo en la entrada del teatro.

Nos bajamos del vehículo y cogí la mano de Beatrice dirigiéndonos corriendo hacia dentro del monumento, menos mal que tenían las puertas abiertas.

—Qué suerte hemos tenido, están abiertas. —Me dijo Beatrice jadeante.

—Sí, vamos a escondernos, rápido, ¡sígueme!

Entramos por una de las puertas que daban acceso al escenario, bajamos de un salto a la zona de la orquesta y nos escondimos en uno de los vomitorios que tenían estos teatros.

—¡Beatrice, sal de donde estés ahora mismo! ¡Si no lo haces, juro que os mataré a los dos aquí mismo! —Gritó Andrea intentando intimidarnos.

—Beatrice.... —Miré sus ojos asustados.

—¿Confías en mí? —Le pregunté sonriéndole.

—¿Qué estás insinuando?

—Dime, ¿confías en mí? —Le acaricié la cara intentando tranquilizarla.

—Claro que sí Moisés, siempre confiaré en ti.

—Bien, ahora haz lo que yo te diga, todo saldrá bien ya verás. Voy a salir ahí y a hablar con Andrea.

—¡Ni hablar! —Me dijo agarrándome del brazo.

—¡Dónde estáis, he dicho que salgáis de una vez! —Insistía de nuevo Andrea muy violento.

—Tranquila, déjame ir y tú quédate aquí. Vendré a por ti en nada y prometo no separarme de ti nunca más, ¿vale?

—... ¡cúmplela! —Me dijo mientras soltaba mi brazo.

Me levanté, dejé a Beatrice detrás de mí, y me dirigí al escenario donde Andrea me esperaba.

Mientras iba hacia donde me esperaba ese malnacido, no paraba de pensar en si volvería a verla.

—¡Vaya! siempre he admirado tu valentía, pero tu locura, Moisés, te va a costar la vida.

—Solo quiero hablar contigo Andrea.

—¿Hablar?, no tenemos nada de qué hablar. Dime dónde está Beatrice o prometo liquidarte ahora mismo. —Me amenazó mientras sacaba su pistola, una Colt negra de nueve milímetros con la que me apuntó con mano firme sin temblar.

—¿Crees que me vas a matar como hiciste con Vincitore y salir de rositas como en aquella ocasión?

—Pero que jodidamente listo eres Moisés.

—El capitán Paolo le dijo a Valentina que el casquillo que encontraron pertenecía a unos nueve milímetros y estoy seguro que, esa bala que asesinó a Vincitore, salió de esa misma arma que tienes en la mano, ¿me equivoco?

—Verás Moisés, viendo lo poquito que te queda en este mundo, te voy a explicar un poco todo para que te vayas en paz y veas que al menos soy piadoso, en realidad no fue del todo así. —Me dijo mientras se calmaba un poco y seguía apuntándome. Yo me acercaba poco a poco.

—El bueno de Vincitore, podría haber continuado con vida, si el imbécil no hubiera seguido los caminos morales que la sociedad nos quiere meter a la fuerza en la cabeza. Le propusimos un

negocio, una compensación si se marchaba y nos dejaba vía libre. Tan sólo tenía que hacer como los tres monos oír, ver, y callar. Digo propusimos, porque conmigo estaba el bueno de tu jefe, el educado e inepto Muscolino que nos debía a mi padre y a mí un gran favor. Como comprenderás, Moisés, esta era la ocasión perfecta para que me lo devolviese, no podía dejarla escapar.

—¿Metisteis al comisario también en esto?!

—Digamos que no lo metí, esto lo planeamos mucho antes de hacer la exposición, ya te he dicho que me debía un gran favor y tenía que sacarle partido a este erudito.

—¡Eres un malnacido! —Le grité mientras cerraba los puños con fuerza.

—En fin Moisés, ahora te toca a ti, no puedo dejar cabo suelto, ya me entiendes. Te prometo cuidar muy bien de Beatrice, estate tranquilo, será rápido.

—Solo una cosa más Andrea, si eres tan amable de concederme un segundo más de tu valioso tiempo.

—Qué calmado estás de repente, Moisés. En realidad, quiero confesarte que me caes bien, te daré ese segundo que me pides.

—Solo quiero decir en alt... ¡Ya!

El sonido de un disparo sonó por todo el teatro retumbando por todas las bóvedas del mismo, provocando un estruendo casi imposible de soportar por el oído humano. Enfrente de mí, Andrea tumbado en el suelo presentaba una pierna bañada en sangre y su pistola había salido disparada lejos de allí.

—Pero... pero... ¿qué ha pasad...

—Estate tranquilo Andrea no vas a morir hoy—. Le dije, interrumpiéndole mientras me acercaba hasta su lado y de pie continué:

—Ahora te explicaré yo todo. Verás, cuando te llevaste a Beatrice de mi estudio. Tuve que pensar en cómo sacarla de la Villa y hacer que vinieses detrás de nosotros hasta aquí. Para eso calculé bien un par de números, pero que, gracias a una pequeña mentira, logré que tu vigilante te diera la señal de alarma y como pez que muerde el anzuelo, caíste. Antes de todo eso, había escrito dos cartas que entregué a dos amigos de confianza, pues mi vida dependía de ello. En ellas había indicaciones perfectamente detalladas que tenían que seguir al dedillo si querían cazar a la familia Gotti. Una, debía ser entregada al capitán Paolo, el cual seguramente sea quien te haya disparado. La otra, iba dirigida a los medios de comunicación, que escuchando ahora el alboroto cada vez más fuerte, creo que mi compañera, llevó a buen puerto su misión. ¡Ah!, antes de marcharme, quiero que sepas que vas a pasar largos años en la cárcel, todo, absolutamente todo, ha sido grabado y escuchado. ¿Ves aquella camarita de allí? —Le dije, mientras me agachaba a su lado y dirigiendo mi dedo índice a una de las esquinas del Skene del teatro, le señalé una cámara con un piloto en rojo que indicaba que estaba encendida.

—Estamos rodeados de ellas... hasta nunca Andrea, yo cuidaré de Beatrice, no tú. Ciao.

—¡Cabrón, te mataré, juro que te mataré! —Me gritaba desesperado Andrea y retorciéndose de dolor mientras me veía alejarme.

De repente al menos cincuenta carabinieri entraron en el teatro, donde por supuesto, ya sabían que estábamos y uno de ellos el capitán Paolo, se dirigió hacia mí.

—Gracias Moisés, es un honor conocerte en persona. En principio no quería creer a Antonello, pero, después de tanta insistencia de tu amigo, no quedó más remedio que, al menos confiar, teníamos mucho que ganar y poco que perder. Llevo años persiguiendo a esta familia sin fortuna.

—Gracias a usted capitán, sin su ayuda yo no estaría aquí hablando ahora mismo. —Le dije estrechándole la mano.

—Ahora mismo, otro de mis equipos acaba de detener en la Villa Gotti a Carlo, Giorgio Gotti y su mujer, además del resto de los que llaman ellos su familia.

—¿Qué le pasará a la señora Giusi capitán?

—Se le tratará como tal si ha estado implicada en todo. —Me respondió de manera sobria.

—¿Puedo pedirle un favor?

—Sí claro, dígame qué favor necesita.

—Intente ayudar en lo que pueda a la señora Gotti, créame si le digo que no es una mala mujer. Lo ha pasado realmente mal en esa familia y quizás haya tenido que hacer cosas sin haberlo querido.

—Está bien Moisés, intentaré ayudarla en lo que pueda sin garantizarle nada, lo siento.

—Está bien capitán, sólo hable con ella detenidamente, no creo que esté implicada en todo de manera directa. Ahora si me disculpa, tengo que ir a buscar a alguien. —Le dije marchándome sin mirar atrás, solo quería llegar a donde estaba Beatrice escondida y decirle que todo había terminado.

Entré por el vano del Vomitorio donde estaba Beatrice, seguro que estaría muy asustada y yo deseaba verla ya.

—¿Beatrice?

—¿Moisés?, ¿Moisés eres tú?! —Dijo dudando si era yo, hasta que pudo verme bien y corriendo vino hacia mí dándome un fuerte abrazo.

—Escuché un disparo, sirenas, mucho ruido y pensé lo peor, pensé que te había perdido para siempre, ¿qué ha pasado?

—Tranquila, te lo contaré todo en el estudio. —La cogí de la mano y nos dirigimos... bueno, nos dirigimos simplemente hacia adelante, juntos.

FIN

Epílogo

Muchos años han pasado, nos hemos amado y hemos formado una preciosa familia. Después de todo aquello que nos pasó en Catania, decidimos marchar a vivir a Ávila, una preciosa ciudad que nos encantó desde la primera vez que tuvimos la ocasión de visitarla. Su completa y maravillosa muralla nos fascinó, al igual que sus preciosas calles, la amabilidad de su gente y su tranquilidad.

Aquí nació nuestra preciosa hija Gadea, a la cual le dejo este legado, esta historia que he escrito desde hace al menos dos años. Espero que, llegado el momento, la lea, y entienda todo por lo que tuvimos que pasar su madre y yo, pero que, a pesar de todos los obstáculos, nunca nos dimos por vencidos, queriéndonos a más no poder. Sólo deseo que ella sea tan afortunada como nosotros, que tuvimos la suerte de haber sentido algo tan auténtico y verdadero.

No te conformes con menos Gadea, la vida no solo tiene grises, busca el color que más te guste y enamórate, enamórate de él, vívelo con todo tu ser y alma, que te haga sentir especial; de ese modo, encontrarás el sentido de la vida, pues serás la persona más feliz del mundo. Al menos tú sentirás eso y sabrás que es verdad, que no sólo sucede en las películas ni en los libros, sino que tú misma puedes ser la protagonista, la más importante y que la vida es espectacular.

Mi bella Beatrice me dejó hace dos años. Lo que siento en este momento no es más que felicidad, sólo sé que siempre la querré hasta el fin de mis días, tan solo puedo agradecerle haberme dado la posibilidad de conocer este sentimiento que las personas desde la antigüedad llaman amor.

Ahora que estoy escribiendo el final, quiero contaros un poco más de como fue nuestra vida después de todo aquello que nos pasó en Sicilia, pues ya me siento débil y creo que mi desenlace está próximo.

Yo seguí dedicándome al arte, de hecho, gracias a esto he podido ganar lo suficiente, para poder sacar a mi familia adelante. Abrimos una academia que funcionó maravillosamente bien todos estos años. Hice infinidad de exposiciones y hasta fui reconocido en vida, algo que jamás he buscado. Pinto por necesidad de crear lo que me inspira, no por nada más. He tenido la suerte de dedicarme a lo que me gusta y para mí un día de trabajo, es un día de disfrute y gozo.

Beatrice siguió con sus estudios de piano y gracias a ello, tuvimos una gran idea: en la academia, además de dar clases de pintura, ella impartiría lecciones de piano, algo que resultó funcionar a la perfección, pues siempre hemos tenido numerosos alumnos.

Pasaron los años y nueve años después en el 2015, pudimos ver por primera vez el fruto de nuestro amor, nuestra preciosa e inteligente Gadea.

Hemos sido una familia muy feliz, hacíamos lo que imagino que hacían el resto de las familias, con nuestras particularidades, claro está. Compramos una caravana para poder salir de ruta y ver las estrellas bajo un cielo no contaminado, siempre que podíamos. Nos encantaba también ir al río Adaja y disfrutar de unos refrescantes baños en familia. Beatrice y yo continuamos viendo espectáculos como los que vimos en Catania, nos seguía gustando ir al teatro, museos, musicales, conciertos, etc., eso sí, siempre juntos, todo lo que hacíamos lo hacíamos sin separarnos y si nos separábamos, siempre estábamos pensando el uno, en el otro.

Discutíamos, claro que sí, como cualquier pareja, pero nada de eso podía romper lo que nos unía, algo siempre nos atraía como imanes, éramos solo uno.

Gadea, solo quiero decirte que, ahora que ya no estoy, deseo que sepas que te hemos educado

y querido tanto como hemos podido. Estoy orgulloso de la mujer en la que te has convertido y las grandes cosas que llegarás a hacer, estoy convencido de ello, no me cabe duda alguna. Me encanta lo independiente que eres. Sé libre como el viento y buena como tu madre, pues la maldad nunca llega a buen puerto y nunca trae nada virtuoso. Confío en que disfrutarás la vida, date cuenta de que estamos de paso y hay que vivirla con todas tus ganas y fuerzas cada día. Y sin más, espero que esto, que me he esforzado en transmitirte, te sirva de consuelo cuando ya no estemos y puedas siempre recordarnos, juntos.

Te quiere, papá.



Sobre el autor

Nacido en 1984, en Ciudad real. Este manchego romántico, desde siempre ha tenido inquietudes y curiosidad por el mundo que le rodea, admirándolo, analizándolo y preguntándose el porqué de todo lo que observa. Ya desde muy joven se expresaba a través de un lápiz, plasmando con él personajes y situaciones que marcaron su infancia. Fue a la universidad de Castilla-la Mancha donde se licenció en Historia del Arte, además de realizar un máster de secundaria y otro sobre investigación, especializándose en la comprensión de la expresión plástica de la muerte de Don Quijote de la Mancha, de tal manera que conexió arte y literatura. Muy influenciado por esta, sus obras pictóricas presentan una temática muy amplia sobre el libro de Cervantes y su personaje, además de otros motivos.

En su trabajo podemos ver la evolución a través de sus viajes a Alemania, Irlanda, Inglaterra y en especial Italia, lugar que le marcó de por vida. Su pintura es potente, rápida y colorista, muy influenciado por el impresionismo y fovismo, actualmente se expone en diferentes puntos de la geografía española, estando también presente en colecciones privadas de Alemania y EEUU. Además de su férrea afición a la astronomía, ahora nos presenta su primera obra literaria “Un Rincón de Catania. Dos corazones y un elefante”, donde intenta plasmar la vida social en Catania y su entorno, incidiendo en algunas vivencias que le marcaron para el resto de su vida, mientras permaneció en esta ciudad, y la recordaría siempre con amor.

Agradecimientos

Sin tener más que decirles, aprovecho en esta página para escribir las que serán mis últimas palabras que trazo en este libro. Escritas estas para mostrar mi gratitud, a todas esas personas que me han apoyado y acompañado desde el minuto uno en esta maravillosa aventura de crear desde la nada, mi primera novela. Destacar a mis maravillosos lectores cero, que me han permitido presentar una obra mejor acabada y refinada. A mi familia por aguantarme todo este largo periodo de escritura. Y a ustedes en particular, por tener la paciencia de leerla y que espero al menos, haya sido de su agrado. Y sobre todo debo agradecerse a la idea misma, por serla promotora y causante de todo, de ponerla en mi mente y que me hizo tener la necesidad de crearla y dejarla salir, para que llegue a su inevitable destino, al corazón.

Table of Contents

[Prólogo](#)

[Destino](#)

[Intérprete](#)

[Dulce helado de pistacho](#)

[Día perfecto](#)

[Cuarto de baño](#)

[Aviso](#)

[Doble visita sorpresa](#)

[Miedo](#)

[Libreta de dibujo](#)

[Nuevo proyecto](#)

[MALAS NOTICIAS](#)

[Musa](#)

[Capitán Paolo](#)

[Cartas](#)

[¡agárrate!](#)

[Gracias amigos](#)

[Epílogo](#)

[Sobre el autor](#)

[Agradecimientos](#)